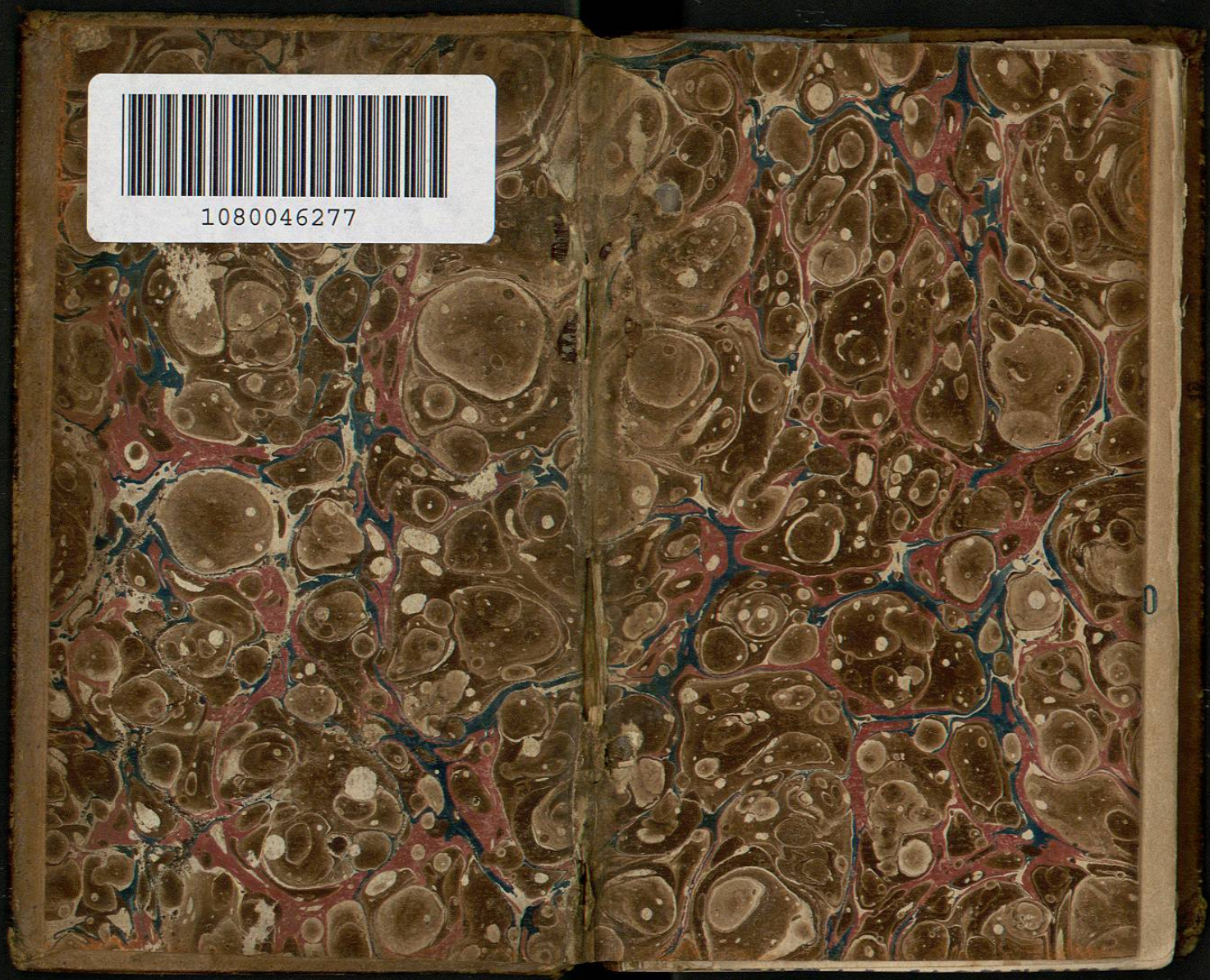
BT430
L52
c.1


1080046277

E#4 B#89

243

RELOJ
DE LA PASION,

O SEA REFLEXIONES AFECTUOSAS SOBRE LOS PADECIMIENTOS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, POR EL BIENAVENTURADO OBISPO

SAN ALFONSO LIGORIO;

TRADUCIDO DEL ITALIANO

POR EL ABATE J. GAUME,

Canónigo de Nevers,

Y VERTIDO AL CASTELLANO

POR EL

D. D. IGNACIO RUFINO FERNANDEZ,

Canónigo de la santa iglesia de Pamplona.

SEGUIDO DEL

LIBRO DE LA VIDA,

JESUCRISTO,

POR

SANTA ÁNGELA DE FOLIÑO.

3.ª edicion corregida.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA.—1859.

LIBRERÍA RELIGIOSA,

IMPRENTA DE PABLO RIERA.

110400

37997

248
BT430
L52

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

AL PIADOSO LECTOR.

Ocho son las impresiones que de este precioso libro se han hecho en el vecino reino de Francia, sin que hasta ahora se haya conocido entre nosotros una sola, que yo sepa, en medio de la multitud asombrosa de otras traducciones francesas de que nos hallamos abrumados. El mérito de la que te ofrezco se conoce bastantemente por la favorable acogida que ha tenido en aquel reino, cuya octava edicion se hizo ya el año de 1838, y es la que me ha servido para la presente version. En ella he procurado conservar cuanto me ha sido posible la energía de las afec-

tuosas aspiraciones de su santo Autor ; pudiendo asegurarte que su continua lectura causa en mi alma una sensibilidad siempre nueva, de que por lo comun carecen otras semejantes producciones. ¡Plegue á Dios que te sea tan provechosa como yo deseo!

PREFACIO

DEL TRADUCTOR FRANCÉS.

Hase dicho de las Visitas al santísimo Sacramento *de san Alfonso Ligorio, que parece haber sido escritas sobre el corazon abrasado del Salvador ; y cuando se ha leido y meditado su* Reloj de la Pasion, *se puede decir que ha sido compuesto sobre el monte Calvario, al pié de la cruz, y escrito con la sangre todavía caliente del divino Redentor. Este es uno de aquellos libros que solo la fe de los Santos pudo dictar á su caridad. Vivo y tierno á la vez, el amor habla en él con una libertad y familiaridad que admira y arrebata ; á estas afectuosas efusiones se reune constantemente el profundo sentimiento de aquella inefable tristeza, que se encuentra en el fondo de todos los dogmas cristianos, y en particular en aquel drama terrible que comenzó en el huerto de Gethsemaní, se continuó en Jerusalen, y terminó sobre el Calvario.*

Apenas hay una sola de las mas pequeñas circunstancias de tan diversos tormentos y de tan diferentes situaciones, como se agolparon en los últimos momentos de la vida de Jesús, que se haya ocultado al amante corazon del santo Autor, y que no haya sido explicada por el amor.

Su libro es con efecto un reloj. Aquí se hallan contadas una por una todas las horas de aquella larga agonía, en que se cumplieron uno á uno hasta la última jota los numerosos oráculos de los Profetas, y se apuraba gota á gota el amargo cáliz en cuyo fondo estaba la muerte del Hombre-Dios y la vida del género humano.

Explicando así cada una de las páginas de este libro divino, en el que se gloriaba el Apóstol haber bebido toda su ciencia [1], *el nuevo Francisco de Sales de la Italia abre á las almas afligidas y amantes una fuente inagotable de amor y de consuelo. ¿Y quién contará el número de estos corazones enfermos en unos dias tan amargos, en los que todo conduce al disgusto de la vida? Vengan, pues, á leer en este libro de dolores, vengan á beber en las fuentes del Salvador cuantos con el alma fatigada de sí misma y del mundo se encuentran como abru-*

[1] *I Cor.* II, 2.

mados con el peso de un indecible tédio; y encontrarán en él no solo el esfuerzo necesario, sino tambien el reposo y la vida, porque hallarán el amor, y el amor padeciendo por ellos.

En cuanto á esta traduccion, el principal mérito que hemos procurado darle, es el de la exactitud. Persuadidos además que la uncion que respira en esta obrita, está vinculada especialmente á la sencillez con que se ha escrito, todos nuestros esfuerzos se han dirigido á conservar en la copia esta calidad del original.

Si no hemos traducido todos los pasajes latinos intercalados en el texto, es lo primero porque la mayor parte de ellos se hallan á lo menos en sustancia traducidos y fundidos ya en el cuerpo de la obra; y lo segundo porque nos hemos creido obligados á respetar y seguir el ejemplo del santo Autor: quien aunque escribia para los simples fieles, extraños en su mayor parte tanto en Italia como en Francia á la lengua latina, no siempre creyó oportuno descorrer el velo que oculta los pensamientos de los Autores sagrados y de los Padres; mostrándose en esto el santo Obispo experimentado conocedor de las necesidades del alma suplicante, é imitador ilustrado de la Iglesia. Con efecto,

aquellas palabras desconocidas que á las veces interrumpen la relacion de estos inefables dolores, difunden sobre tan interesantes lecturas cierta cosa misteriosa y sagrada, que sirve maravillosamente á la oracion, y que no contribuye poco á formar en el alma un sentimiento de respeto y de religiosa tristeza siempre en armonía con los impenetrables y lúgubres misterios, que son en esta obra el objeto constante de sus meditaciones.

N. B. Cediendo no obstante á las observaciones que se nos han hecho, hemos traducido y colocado al fin de las páginas la mayor parte de los textos latinos en la segunda edicion[1]*. A pesar de eso, hemos conservado por entero el prefacio de la primera, que expresa nuestro modo de ver, y nos parece manifiesta la razon que tuvo el santo Autor para adoptar el método que sigue.*

[1] *En la octava edicion que tengo presente no se hallan traducidos los textos latinos.* T.

RELOJ

DE LA PASION.

INVOCACION

Á JESÚS Y Á MARÍA.

¡Oh Salvador del mundo! ¡oh amor de las almas! ¡oh Señor! objeto el mas digno de toda nuestra ternura. Vos habeis venido á conquistar nuestro corazon por vuestra pasion, en la que habeis hecho brillar el inmenso amor que nos teneis, consumando la obra de una redencion que para nosotros ha sido un océano de bendiciones, y para Vos un océano de dolores y de ignominias. Habeis principalmente instituido el santísimo Sacramento del altar con el fin de perpetuar su memoria. Para que la memoria de un tan gran beneficio, dice santo Tomás, permaneciera viva y constante entre nosotros, él ha

dejado su cuerpo en comida á los fieles [1]. Y mucho tiempo antes habia dicho san Pablo: «Todas las veces que comiéreis este pan, «anunciaréis la muerte del Señor [2].» Con tantos prodigios de amor habeis obtenido ya de tantas almas santas que, consumidas en las llamas de vuestra caridad, renunciaran á todos los bienes de la tierra para consagrarse enteramente á amaros á Vos solo, ¡oh Señor, el mas amable de los señores! ¡Ah! haced, pues, ó Jesús mio, que me acuerde siempre de vuestra pasion; y que yo miserable pecador, vencido, en fin, por tantas finezas de amor, llegue á amaros y daros con mi pobre amor algunas señales de gratitud por el amor excesivo que me habeis manifestado, Vos, Dios mio y Salvador mio. Acordaos, Jesús mio, que yo soy una de aquellas tiernas ovejas vuestras, por cuya salud habeis venido á la tierra para sacrificar vuestra vida divina. Yo sé que despues de haberme redimido con vuestra muerte no habeis cesa-

[1] Ut autem tanti beneficii jugis in nobis maneret memoria, corpus suum in cibum fidelibus dereliquit. (*Div. Thom. Opusc.* 57).

[2] Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, mortem Domini annuntiabitis. (*I Cor.* XI, 26).

do de amarme, y que al presente me teneis el mismo amor que por vuestra bondad me tuvísteis al morir por mí. No permitais que yo viva mas tiempo siéndoos ingrato, mi Dios, que tanto mereceis el ser amado, y tanto habeis hecho para ser amado de mí.

Y Vos, santísima Vírgen María, que tan grande parte tuvísteis en la pasion de vuestro Hijo, ¡ah! por los méritos de vuestros dolores obtenedme la gracia de experimentar alguna parte de aquella compasion que tanto afligió á vuestra alma en la muerte de Jesús, y pedid para mí una centella de aquel amor que hizo todo el martirio de vuestro corazon condolido.

«Os suplico, Señor mio Jesucristo, que la «fuerza de vuestro amor, mas ardiente que «el fuego, mas dulce que la miel, absorba «mi alma, á fin de que yo muera por el amor «de vuestro amor, ya que os habeis dignado «morir por el amor de mi amor [1].»

[1] Absorbeat, quaeso, Domine Jesu Christe, mentem meam ignita et melliflua vis amoris tui, ut amore amoris tui moriar, qui amore amoris mei dignatus es mori. (*Orat. S. Francisc. Ass.*).

dejado su cuerpo en comida á los fieles [1]. Y mucho tiempo antes habia dicho san Pablo: «Todas las veces que comiéreis este pan, «anunciaréis la muerte del Señor [2].» Con tantos prodigios de amor habeis obtenido ya de tantas almas santas que, consumidas en las llamas de vuestra caridad, renunciaran á todos los bienes de la tierra para consagrarse enteramente á amaros á Vos solo, ¡oh Señor, el mas amable de los señores! ¡Ah! haced, pues, ó Jesús mio, que me acuerde siempre de vuestra pasion; y que yo miserable pecador, vencido, en fin, por tantas finezas de amor, llegue á amaros y daros con mi pobre amor algunas señales de gratitud por el amor excesivo que me habeis manifestado, Vos, Dios mio y Salvador mio. Acordaos, Jesús mio, que yo soy una de aquellas tiernas ovejas vuestras, por cuya salud habeis venido á la tierra para sacrificar vuestra vida divina. Yo sé que despues de haberme redimido con vuestra muerte no habeis cesa-

[1] Ut autem tanti beneficii jugis in nobis maneret memoria, corpus suum in cibum fidelibus dereliquit. (*Div. Thom. Opusc.* 57).

[2] Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, mortem Domini annuntiabitis. (*I Cor.* XI, 26).

do de amarme, y que al presente me teneis el mismo amor que por vuestra bondad me tuvísteis al morir por mí. No permitais que yo viva mas tiempo siéndoos ingrato, mi Dios, que tanto mereceis el ser amado, y tanto habeis hecho para ser amado de mí.

Y Vos, santísima Vírgen María, que tan grande parte tuvísteis en la pasion de vuestro Hijo, ¡ah! por los méritos de vuestros dolores obtenedme la gracia de experimentar alguna parte de aquella compasion que tanto afligió á vuestra alma en la muerte de Jesús, y pedid para mí una centella de aquel amor que hizo todo el martirio de vuestro corazon condolido.

«Os suplico, Señor mio Jesucristo, que la «fuerza de vuestro amor, mas ardiente que «el fuego, mas dulce que la miel, absorba «mi alma, á fin de que yo muera por el amor «de vuestro amor, ya que os habeis dignado «morir por el amor de mi amor [1].»

[1] Absorbeat, quaeso, Domine Jesu Christe, mentem meam ignita et melliflua vis amoris tui, ut amore amoris tui moriar, qui amore amoris mei dignatus es mori. (*Orat. S. Francisc. Ass.*).

CAPÍTULO PRELIMINAR.

De cuán útil sea la meditacion sobre la pasion de Jesucristo.

1. El amante de las almas, nuestro amabilísimo Redentor, ha declarado que su fin principal al venir al mundo y hacerse hombre era el de encender en todos los corazones el fuego de su santo amor [1]. Y ¡qué llamas de caridad tan bellas no ha encendido en tanto número de almas, con las penas de muerte que quiso sufrir, á fin de mostrarnos la inmensidad de su amor á los hombres! ¡Oh! ¡cuántos corazones dichosos se han penetrado del fuego del amor de Jesús en sus llagas como en unas hogueras ardientes, de tal suerte que no han rehusado consagrarle totalmente los bienes, la vida, y aun á sí mismos; venciendo con un valor generoso todas las dificultades que encontraban en la observancia de la divina ley por amor de aquel Señor que, siendo Dios, quiso sufrir tanto por su amor!

[1] Ignem veni mittere in terram: et quid volo nisi ut accendatur? (*Luc.* XII, 49).

Este fue puntualmente el consejo que nos ha dado el Apóstol, no solo para no desfallecer, sino para correr con mas ligereza en los caminos del cielo [1].

2. Por eso san Agustin, en los transportes de su amor, puesto en presencia de Jesús cubierto de llagas y enclavado en la cruz, hacia esta tierna oracion: «Grabad, Señor y «amabilísimo Salvador mio, grabad en mi «corazon todas vuestras llagas, á fin de que «yo lea siempre en ellas vuestro dolor y vues«tro amor; el dolor para sufrir por Vos todo «dolor, y el amor para menospreciar por Vos «todo amor [2].» Sí, porque teniendo delante de la vista la grandeza del dolor que por mí habeis sufrido, sufriré yo con paciencia todas las penalidades que me sucedieren; y mirando al amor que me habeis mostrado en la cruz, no amaré ya ni podré amar otra cosa que á Vos.

[1] Recogitate eum qui talem sustinuit adversus semetipsum à peccatoribus contradictionem, ut ne fatigemini animis vestris deficientes. (*Hebr.* XII, 3).

[2] Scribe, Domine, vulnera tua in corde meo, ut in eis legam dolorem et amorem: dolorem, ad sustinendum pro te omnem dolorem: amorem, ad contemnendum pro te omnem amorem.

3. ¿Y de dónde han sacado los Santos el valor y constancia necesarios para sufrir las torturas, el martirio, la muerte, sino de las llagas de Jesús crucificado? El capuchino san José de Leonisa viendo que se le queria atar con cordeles para sufrir una operacion dolorosa que el cirujano debia hacerle, tomó en las manos su Crucifijo y exclamó: «¡Qué «cordeles! ¡ah! ved aquí mis cordeles: mi «Señor atravesado con clavos por mi amor; «este es el que con sus dolores me ata y obli«ga á sufrir toda suerte de penas por su «amor.» Y de este modo sufrió la operacion sin quejarse, viendo á Jesús que, como un tierno cordero bajo la mano de quien le esquila, «enmudecia y no abria su boca [1].» ¿Quién jamás podrá decir que sufre injustamente mirando á Jesús despedazado todo por nuestros delitos [2]? ¿Quién podrá jamás excusarse de obedecer á pretexto de alguna incomodidad, «habiéndose hecho Jesús obedien«te hasta la muerte [3]?» ¿Quién jamás podrá

1 Quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum. (*Isai.* LIII, 7).

2 Attritus est propter scelera nostra. (*Isai.* LIII, 5).

3 Factus obediens usque ad mortem. (*Phil.* II, 7).

rehusar las ignominias viendo á Jesús tratado como un insensato, como un rey de burla, como un malhechor, abofeteado, azotado, cubierto de salivas y clavado en un infame madero?

4. ¿Quién podrá en adelante amar otro objeto que á Jesús, viéndole que para cautivar nuestro amor muere entre tantos dolores y menosprecios? Un piadoso solitario pedia á Dios que le enseñara qué era lo que podia hacer para llegar á amarle perfectamente. El Señor le reveló que para llegar á un perfecto amor de Dios, no habia ejercicio mas útil que el de meditar con frecuencia en su pasion. Santa Teresa se lamentaba amargamente de ciertos libros que le habian aconsejado que dejase de meditar la pasion, como si esta fuera un obstáculo para la contemplacion de la Divinidad, sobre lo cual exclama la Santa: «¡Oh Señor de mi alma y bien mio Jesucris«to crucificado! no me acuerdo vez de esta «opinion que tuve, que no me dé pena; y «me parece que hice una gran traicion, aun«que con ignorancia... ¿Es posible, Señor «mio, que cupo en mi pensamiento ni una «hora, que Vos me habíades de impedir pa-

«ra mayor bien? ¿De dónde vinieron á mí «todos los bienes, sino de Vos?» En seguida añade: «Veo yo claro y he visto despues, «que para contentar á Dios y que nos haga «grandes mercedes, quiere sea por manos «desta humanidad sacratísima, en quien dijo «su Majestad se deleita.» (*Vida, cap.* XXII, n.° 3).

5. En conformidad de esto, el bienaventurado Baltasar Álvarez decia, que la ignorancia de los tesoros que tenemos en Jesucristo era causa de la ruina de los cristianos. Por tanto, el punto mas favorito y mas ordinario de sus meditaciones era la pasion de Jesús, en la que meditaba especialmente estos tres grandes padecimientos: su pobreza, sus humillaciones y sus dolores; y exhortaba á sus penitentes á meditar frecuentemente la pasion del Salvador, diciéndoles, que no creyesen haber hecho progreso alguno, si no llegaban á tener grabado siempre en el corazon á Jesús crucificado.

6. El que quiere, dice san Buenaventura, adelantar siempre en virtud y gracia, debe meditar siempre en la pasion del Señor [1].

[1] Si vis, homo, de virtute in virtutem, de gratia in gratiam proficere, quotidie mediteris Domini passionem. (*S. Bonav.*).

Y añade: «Que no hay un ejercicio mas útil «para santificar el alma, que la frecuente «meditacion de las penas de Jesucristo [1].»

7. Además, san Agustin (*apud Bernard. de Bustis*) decia, que una sola lágrima vertida en memoria de la pasion de Jesús aprovecha mas que una peregrinacion á Jerusalen y que un año de ayunos á pan y agua. Así es que, con efecto, no ha sufrido tanto nuestro amable Salvador, sino para hacernos considerar sus muchos padecimientos, y porque es imposible pensar en ellos sin encenderse en el amor divino: «La caridad de Je«sucristo nos estrecha,» dice san Pablo [2]. Jesucristo solo es amado de un pequeño número, porque tambien es pequeño el número de los que meditan las penas que por nosotros ha sufrido; mas el que las medita con frecuencia no puede vivir sin amar á Jesús, porque «la caridad de Jesucristo nos estrecha.» Se sentirá tan obligado por su amor, que no

[1] Nihil enim in anima ita operatur universalem sanctificationem, sicut meditatio passionis Christi. (*S. Bonav.*).

[2] Caritas enim Christi urget nos. (*II Cor.* v, 14).

le será posible negarse á amar á un Dios tan amante, y que tanto ha sufrido para ser amado.

8. Por eso decia el Apóstol, que «no que-«ria saber otra cosa que á Jesús, y Jesús cru-«cificado [1],» es decir, el amor que nos ha manifestado en la cruz. Y á la verdad, ¿en qué otros libros podemos aprender mejor la ciencia de los Santos, que es la ciencia de amar á Dios, que en Jesús crucificado? Al gran siervo de Dios, el hermano Bernardo de Corleon, capuchino, no sabiendo leer, querian enseñarle sus hermanos los religiosos. Al punto vuela á tomar consejo del Crucifijo; mas Jesús le responde desde la cruz: «¡Qué! libros! ¡qué! leyendas! Solo yo soy «vuestro libro, en el que podeis leer siempre «el amor que os he tenido.» ¡Oh! este es el mas grande tema de meditacion durante toda la vida y por toda la eternidad! ¡un Dios muerto por nuestro amor! un Dios muerto por nuestro amor! ¡oh! tema grande á la verdad!

9. Pagando un dia santo Tomás de Aqui-

1 Non judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. (*I Cor.* II, 2).

no la visita á san Buenaventura, le preguntó ¿de qué libro se habia valido para consignar en sus obras tan bellos pensamientos? San Buenaventura le mostró la imágen de Jesús crucificado, todo gastado por los muchos besos que le habia dado, diciéndole: «Ved aquí el libro, del cual he sacado «todo cuanto yo he escrito; este es el que «me ha enseñado lo poco que he aprendido.» Todos los Santos sin excepcion han aprendido á amar á Dios estudiando el Crucifijo. El hermano Juan de Avernia, cada vez que ponia los ojos en Jesús cubierto de heridas, no podia contener las lágrimas. El hermano Jacobo de Tuderto, oyendo leer la pasion del Salvador, no solo lloraba á lágrima viva, sino que tambien prorumpia en profundos sollozos, oprimido por el amor en que se abrasaba hácia su tierno Maestro.

10. La dulce escuela del Crucifijo es la que hizo á san Francisco un serafin sobre la tierra. Cuando meditaba en las penas de Jesucristo lloraba tan continuamente, que cási llegó á perder la vista. Cierto dia se le encontró que daba gritos lastimosos, y preguntado lo que tenia: «¡Ah! respondió, ¿qué

«puedo tener yo? Lloro por los padecimien-«tos y afrentas de mi Salvador; y mi dolor, «añadió, se aumenta viendo la ingratitud de «los hombres que no le aman, y viven sin «pensar en él.» Siempre que oia balar un cordero, se sentia conmovido hasta derramar lágrimas, por el pensamiento de la muerte de Jesús, cordero sin mancilla, inmolado sobre la cruz por los pecados del mundo. Y abrasado todo de amor, no sabia este Santo recomendar nada á sus hermanos con tanto encarecimiento como la frecuente memoria de la pasion del Salvador.

11. Jesús crucificado: tal es el libro en el que nos leerémos frecuentemente á nosotros mismos. En él aprenderémos por una parte á temer el pecado, y de otra á abrasarnos de amor á un Dios tan amante; leyendo en sus llagas aprenderémos la malicia del pecado, que ha condenado á Dios á sufrir una muerte tan cruel para satisfacer á la Justicia divina, y tambien el amor que nos ha mostrado el Salvador queriendo sufrir tanto, para hacernos comprender lo que nos amaba.

12. Pidamos á la divina María que nos

alcance de su Hijo la gracia de entrar nosotros mismos en estos hornos de amor donde tantos corazones se abrasan dulcemente; á fin de que renunciando á todos nuestros deseos terrenos, podamos tambien abrasarnos en estas dichosas llamas que hacen á las almas santas en la tierra y bienaventuradas en el cielo. Así sea.

CAPÍTULO I.

Del amor que Jesucristo nos ha manifestado, queriendo satisfacer él mismo á la Justicia divina por nuestros pecados.

1. La historia refiere un rasgo de amor tan prodigioso que será la admiracion de todos los siglos. Un rey, señor de muchos reinos, tenia un hijo único tan bello, tan santo y tan amable, que su padre hallaba en él todas sus delicias y le amaba como á sí mismo. Pero este jóven príncipe tenia á uno de sus esclavos un amor tan grande, que habiendo cometido este un delito, por el que fue condenado á muerte, el príncipe se ofreció á morir en su lugar; y el padre, celoso de los derechos de la justicia, consintió en condenar á muerte á su hijo muy amado, á fin de que el esclavo se librase del suplicio que habia merecido. La sentencia fue ejecutada: el hijo murió en un cadalso, y el esclavo quedó libre.

2. Pues este rasgo de amor que jamás ha tenido ni tendrá semejante en el mundo, está consignado en el Evangelio. En él se lee

que el Hijo de Dios, el Señor del universo, viendo al hombre condenado por su pecado á la muerte eterna, ha querido tomar la naturaleza humana y pagar, sufriendo la muerte, las penas debidas por el hombre [1]. Y el Padre eterno le ha condenado á morir en una cruz para salvarnos á nosotros miserables pecadores. «Él no ha perdonado á su propio «Hijo, sino que lo ha entregado por todos «nosotros [2].» ¿Qué te parece, alma devota, de este amor del Hijo y del Padre?

3. Así, ¡mi amable Redentor, vuestra muerte ha sido el sacrificio que habeis querido ofrecer para alcanzarme el perdon! ¿Y qué os daré yo en reconocimiento? Vos me habeis obligado con demasiados títulos á amaros, y yo seria demasiado ingrato si no os amara con toda la efusion de mi corazon. Vos habeis dado por mí vuestra vida divina; yo, aunque miserable pecador, os doy la mia. Sí, al menos todo lo que me resta de vida quiero emplearlo únicamente en amaros, en serviros y agradaros.

[1] Oblatus est quia ipse voluit. (*Isai.* LIII, 7).

[2] Proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum. (*Rom.* VIII, 32).

4. ¡Oh hombres! ¡oh hombres! amemos á este Redentor, que siendo Dios no se ha desdeñado de cargarse con nuestros pecados, á fin de librarnos por sus padecimientos del castigo que habíamos merecido [1]. San Agustin dice que en la creacion nos ha formado Dios por la virtud de su poder; pero que en la redencion nos ha salvado de la muerte por medio de sus dolores [2]. ¡Cuánto os debo, ó Jesús Salvador mio! Aunque yo diera mil veces toda mi sangre por Vos, aunque os sacrificara mil vidas, todo seria poco. ¡Oh! quien siempre pensara en el amor que nos habeis mostrado en vuestra pasion, ¿cómo pudiera amar otra cosa que á Vos? ¡Ah! por este mismo amor con que me habeis amado en la cruz, concededme la gracia de amaros con todo el corazon. Yo os amo, bondad infinita, yo os amo sobre todo otro bien, y no os pido mas que vuestro santo amor.

5. Mas ¿cómo se explica esto? prosigue el mismo san Agustin, ¿cómo vuestro amor,

[1] Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit. (*Isai.* LIII, 4).

[2] Condidit nos fortitudine sua, quaesivit nos infirmitate sua. (*S. Aug.*).

ó Salvador del mundo, ha podido llegar hasta el punto de que yo haya cometido la culpa y que Vos hayais pagado la pena [1]? ¿Y qué os importaba, añade san Bernardo, que nosotros nos perdiéramos, que fuéramos castigados como lo habíamos merecido? ¿por qué habeis querido cargar sobre vuestra inocente carne la pena de nuestros pecados? ¿Y para librarnos de la muerte, Señor, habeis querido morir [2]? ¡Oh milagro que ni ha tenido ni tendrá jamás ejemplo! ¡oh gracia que nosotros no pudimos nunca merecer! ¡oh amor que jamás podrémos nosotros comprender!

6. Isaías habia predicho que nuestro Redentor seria condenado á muerte, y «conducido al matadero como un manso cordero [3].» ¡Qué objeto de admiracion debió ser para los Ángeles el ver á su inocente Señor conducido como una víctima para ser sacrificado sobre el altar de la cruz por el amor

[1] Quo tuus attigit amor? Ego inique egi, tu poena mulctaris. (*S. Aug.*).

[2] O bone Jesu! quod tibi est mori? nos debuimus, et tu solvis! nos peccavimus, et tu luis! opus sine exemplo, gratia sine merito, caritas sine comprehensione! (*Quodl.* 5).

[3] Sicut ovis ad occisionem ducetur. (*Isai.* LIII, 7).

del hombre! y ¡qué terror debió imprimir al cielo y al infierno la vista de un Dios ajusticiado como un malhechor sobre un infame madero por los pecados de sus criaturas!

7. «Cristo nos ha redimido de la maldi-«cion de la Ley, haciéndose por nosotros ob-«jeto de maldicion, porque escrito está: Mal-«dito todo el que está suspendido en el ma-«dero, á fin de que la bendicion de Abrahan «se extendiera á las naciones por el Cristo «Salvador [1].» Sobre lo cual dice san Ambrosio: Él ha querido ser maldito sobre la cruz, para que nosotros fuéramos benditos en el reino de Dios [2]. Así ¡oh mi dulce Salvador! para alcanzarme la bendicion divina, habeis consentido en someteros á la ignominia de parecer en la cruz á la vista del mundo como un objeto de maldicion, y abandonado en los tormentos hasta de vuestro eterno Padre, nuevo tormento que os obligó á lanzar este grande grito: «¡Dios mio! Dios mio! ¿por

[1] Christus nos redemit de maledicto Legis, factus pro nobis maledictum (quia scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno), ut in gentibus benedictio Abrahae fieret in Christo Jesu. (*Galat.* III, 13, 14).

[2] Ille maledictum in cruce factus, ut tu benedictus esses in regno. (*S. Ambr. ep.* 47).

«qué me habeis abandonado [1]?» Con efecto, segun el comentario de Simon Casio, Jesús fue abandonado en medio de los tormentos, para que nosotros no quedáramos abandonados en nuestros pecados [2]. ¡Oh prodigio de misericordia! ¡oh exceso del amor de un Dios para con los hombres! Y ¿cómo, ó Jesús mio, puede hallarse una sola alma que crea esto, y que no os ame?

8. Él «nos amó, y nos lavó de nuestros «pecados en su sangre [3].» Ved aquí, pues, ó hombres ingratos, hasta dónde ha llegado el amor de Jesús para con nosotros, á fin de limpiarnos de las suciedades de nuestros pecados: él ha querido disponer para nosotros un baño de salud en su propia sangre. Él ha ofrecido una sangre que clama mejor aun que la de Abel: la de Abel pedia justicia, la de Jesús pide misericordia. Mas aquí exclama san Buenaventura: «¡Oh buen Jesús! «¿qué habeis hecho? ¿á dónde os ha llevado

[1] Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? (*Matth.* XXVII).

[2] Ideo Christus derelictus est in poenis, ne nos derelinquamur in culpis. (*Sim. de Cass.*).

[3] Dilexit nos: et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo. (*Apoc.* 1, 5).

«el amor? ¿qué habeis visto en mí que ha-
«ya podido inspiraros tanto amor? ¿por qué
«habeis querido sufrir tanto por mí? ¿quién
«soy yo para que hayais querido comprar á
«tan grande precio mi amor [1]?» ¡Ah! ya lo veo, todo ha sido efecto de vuestro infinito amor! Por siempre seais alabado y bendecido.

9. «¡Oh vosotros todos los que pasais por «el camino, atended y mirad si hay dolor «como mi dolor [2]!» El seráfico Doctor considerando estas palabras de Jeremías, como dichas por el Salvador cuando estaba en la cruz muriendo por nuestro amor, exclama: «¡Ah Señor! antes bien yo consideraré y ve-«ré si hay un amor como vuestro amor [3].» Como si dijera: ya veo y comprendo, ¡oh mi amabilísimo Maestro! cuánto habeis sufrido en este infame madero; pero lo que me estrecha mas á amaros, es el ver la ternura que me habeis mostrado con tantos pa-

1 O bone Jesu! quid fecisti? quid me tantum amasti? quare, Domine, quare? quid sum ego?

2 O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus. (*Thren.* I, 12).

3 Imo, Domine, attendam et videbo si est amor sicut amor tuus. (*Doct. Seraph.*).

decimientos sufridos para obtener mi amor.

10. Lo que mas abrasaba á san Pablo en el amor de Jesús era el pensamiento de que no solamente habia querido morir por todos los hombres en general, sino tambien por él en particular. «Él me ha amado, decia, y «se ha entregado á sí mismo por mí [1].» Cada uno de nosotros puede decir otro tanto, porque asegura san Crisóstomo que Dios ama tanto á cada hombre en particular, como amó á todo el mundo [2]. Así que, no está menos obligado cada uno de nosotros á Jesucristo por haber padecido por todos, que si solo por él hubiera padecido. Pues bien, hermano mio, si Jesús muriera por tí solamente dejando á todos los demás en su perdicion original, ¿qué obligacion no le tuvieras? Con todo, debes saber que todavía le debes estar mas obligado por haber muerto por todos. Si solo hubiera muerto por tí, ¿qué pena seria la tuya al pensar que tus mas allegados, tu padre y tu madre, tus hermanos y ami-

1 Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me. (*Galat.* II, 20).

2 Adeo singulum quemque hominem pari caritatis modo diligit, quo diligit universum orbem. (*S. Chrys.*).

gos perecerian eternamente, y que despues de esta vida estarias para siempre separado de ellos? Si tú y toda tu familia hubiérais caido en esclavitud, y alguno llegara á rescatarte á tí solo, ¿cuánto le suplicarias que rescatase tambien contigo á tus padres y hermanos? ¿y cuánto se lo agradecerias si lo hiciera así por complacerte? Decid, pues, todos á Jesús: ¡Ah, mi dulce Salvador! Vos habeis hecho esto por mí sin habéroslo yo rogado; y no solo me habeis rescatado á mí de la muerte á precio de vuestra sangre, sino tambien á mis parientes y amigos, de manera que yo puedo esperar que reunidos todos juntos nos gozarémos con Vos para siempre en el cielo. Señor, yo os lo agradezco, yo os amo, y espero agradecéroslo y amaros eternamente en aquella bienaventurada patria.

11. ¿Quién, pues, pregunta san Lorenzo Justiniano, podrá explicar el amor que el Verbo divino tiene á cada uno de nosotros? porque este amor excede al de un hijo para con su madre, y al de una madre para con su hijo [1]. Es tan grande, que, como el Sal-

1 Praecellit omnem maternum ac filialem affectum

vador reveló á santa Gertrudis, estaba dispuesto á morir tantas veces cuantas son las almas condenadas, si todavía fueran capaces de redencion [1]. ¡Oh Jesús! ¡oh bien mas amable que todo otro bien! ¿por qué os aman tan poco los hombres? ¡Ah! hacedles conocer lo que Vos habeis padecido por cada uno de ellos, el amor que les profesais, el deseo que teneis de ser amado de ellos, los hermosos títulos que teneis á su amor. Daos á conocer, ¡oh Jesús mio! haceos amar.

12. «Yo soy el buen Pastor, dice Jesús; «el buen Pastor da su vida por sus ovejas [2].» Pero, Señor, ¿dónde se hallarán en el mundo pastores semejantes á Vos? Los demás pastores dan la muerte á sus ovejas por conservar ellos su vida: mas Vos, Pastor amantísimo, habeis querido dar vuestra vida divina por la de vuestras amadas ovejas. ¡Oh dicha inefable! yo soy, sí, yo soy por mi suerte ¡oh amabilísimo Pastor! una de estas ovejas.

Verbi Dei intensa caritas, neque humano valet explicari eloquio, quo circa unumquemque moveatur amore. (*S. Laur. Justin.*).

1 Toties morerer quot sunt animae in inferno.

2 Ego sum pastor bonus; bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis. (*Joan.* x, 11).

¿Cuánta es, pues, mi obligacion de amaros, y de emplear toda mi vida en serviros, pues que Vos habeis muerto por amor mio en particular? ¿y qué confianza no debo yo tener en vuestra sangre preciosa, sabiendo que ha sido derramada para pagar mis deudas? «Y «tú dirás en un dia: Yo te alabaré, Señor: «hé aquí mi Dios, mi Salvador; obraré con «confianza y nada temeré [1].» ¿Y cómo pudiera yo en adelante desconfiar de vuestra misericordia, ó Redentor mio, mirando vuestras llagas? Apresurémonos, pues, pecadores, y recurramos á Jesús, que sobre la cruz, como sobre un trono de misericordia, ha aplacado la Justicia divina irritada contra nosotros. Si habemos ofendido á Dios, él ha hecho penitencia por nosotros: basta que nos arrepintamos de ello.

13. ¡Ah! mi buen Salvador, ¡á qué no os han reducido la compasion y el amor que me teneis! ¡El esclavo peca, y Vos, Señor, pagais la pena! Si pienso en mis pecados, debo temer el castigo que merezco; mas pen-

[1] Et dices in illa die: Confitebor tibi, Domine, ecce Deus salvator meus, fiducialiter agam, et non timebo. (*Isai.* XII, 1, 2).

sando en vuestra muerte, tengo mas motivo para esperar que para temer. ¡Ah! sangre de Jesús, tú eres toda mi esperanza!

14. Mas esta sangre al darnos una total confianza, nos obliga tambien á ser enteramente de nuestro Salvador. «¿No sabeis, de«cia el Apóstol, que no sois vuestros, porque «comprados fuísteis por grande precio [1]?» No, yo no puedo ¡oh mi Jesús! sin injusticia disponer ya de mí ni de lo que me pertenece: yo he venido á ser propiedad vuestra, porque Vos me habeis comprado con vuestra muerte. Mi cuerpo, mi alma, mi vida no es ya mia, es toda vuestra, y solo para Vos. Solo en Vos quiero yo esperar, solo á Vos quiero yo amar, ¡oh Dios mio, crucificado y muerto por mí! Ninguna otra cosa tengo que ofreceros, sino esta alma rescatada con vuestra sangre: yo os la ofrezco: permitidme que os ame, porque yo nada quiero ya sino á Vos, mi Salvador, mi Dios, mi amor y mi todo. Hasta aquí he sido agradecido á los hombres, solo he sido ingrato para con Vos; al presente yo os amo, y nada me aflige mas que el ha-

[1] An nescitis quoniam... non estis vestri? empti enim estis pretio magno, (*I Cor.* VI, 20).

beros ofendido. ¡Oh mi Jesús! dadme confianza en vuestra pasion, y apartad de mí toda afeccion que no sea por Vos. Yo no quiero amar sino á Vos que mereceis todo mi amor, y que con tantos títulos me habeis obligado á amaros.

15. ¿Y quién podrá en adelante excusarse de amaros, viéndoos á Vos, Hijo predilecto del Padre eterno, terminar voluntariamente por nosotros vuestra vida con una muerte tan amarga y tan cruel? ¡Oh María! ¡oh Madre del amor hermoso! ¡ah! por los méritos de vuestro corazon abrasado todo de amor, alcanzadme la gracia de no vivir sino para amar á vuestro Hijo, que siendo por sí mismo digno de un amor infinito, ha querido comprar á tanto precio el amor de un miserable pecador como yo. ¡Oh amor de las almas! ¡oh Jesús mio! yo os amo, yo os amo, yo os amo; pero todavía os amo demasiado poco: concededme Vos mismo un amor mas grande y de unas llamas tan encendidas, que me hagan vivir abrasado siempre en vuestro amor: yo en verdad no lo merezco, mas Vos lo mereceis, bondad infinita. Amen. Así lo espero. Así sea.

CAPÍTULO II.

Jesús ha querido sufrir mucho por nosotros, para hacernos comprender la grandeza del amor que nos tiene.

1. Dos cosas, dice Ciceron, hacen conocer al que ama: hacer bien al amado, y padecer tormentos por él: y esta última es la mayor señal de un verdadero amor [1]. Ya habia hecho Dios resplandecer su amor al hombre con tantos beneficios de que le habia colmado; mas creyó, dice san Pedro Crisólogo, que el ser solamente bienhechor del hombre era demasiado poco para su amor, si no hallaba todavía el medio de mostrarle cuanto le amaba, sufriendo tambien los mayores tormentos y muriendo por él, como lo ha hecho tomando la naturaleza humana [2]. ¿Y qué otro medio mas propio podia Dios escoger para manifestar el amor inmenso que nos tiene, que el de hacerse hombre y padecer por nos-

[1] Duo sunt quae amantem produnt: amato benefacere, et pro amato cruciatus ferre; et hoc est majus.

[2] Sed parum esse credidit, si affectum suum non etiam adversa sustinendo monstraret.

beros ofendido. ¡Oh mi Jesús! dadme confianza en vuestra pasion, y apartad de mí toda afeccion que no sea por Vos. Yo no quiero amar sino á Vos que mereceis todo mi amor, y que con tantos títulos me habeis obligado á amaros.

15. ¿Y quién podrá en adelante excusarse de amaros, viéndoos á Vos, Hijo predilecto del Padre eterno, terminar voluntariamente por nosotros vuestra vida con una muerte tan amarga y tan cruel? ¡Oh María! ¡oh Madre del amor hermoso! ¡ah! por los méritos de vuestro corazon abrasado todo de amor, alcanzadme la gracia de no vivir sino para amar á vuestro Hijo, que siendo por sí mismo digno de un amor infinito, ha querido comprar á tanto precio el amor de un miserable pecador como yo. ¡Oh amor de las almas! ¡oh Jesús mio! yo os amo, yo os amo, yo os amo; pero todavía os amo demasiado poco: concededme Vos mismo un amor mas grande y de unas llamas tan encendidas, que me hagan vivir abrasado siempre en vuestro amor: yo en verdad no lo merezco, mas Vos lo mereceis, bondad infinita. Amen. Así lo espero. Así sea.

CAPÍTULO II.

Jesús ha querido sufrir mucho por nosotros, para hacernos comprender la grandeza del amor que nos tiene.

1. Dos cosas, dice Ciceron, hacen conocer al que ama: hacer bien al amado, y padecer tormentos por él: y esta última es la mayor señal de un verdadero amor [1]. Ya habia hecho Dios resplandecer su amor al hombre con tantos beneficios de que le habia colmado; mas creyó, dice san Pedro Crisólogo, que el ser solamente bienhechor del hombre era demasiado poco para su amor, si no hallaba todavía el medio de mostrarle cuanto le amaba, sufriendo tambien los mayores tormentos y muriendo por él, como lo ha hecho tomando la naturaleza humana [2]. ¿Y qué otro medio mas propio podia Dios escoger para manifestar el amor inmenso que nos tiene, que el de hacerse hombre y padecer por nos-

[1] Duo sunt quae amantem produnt: amato benefacere, et pro amato cruciatus ferre; et hoc est majus.

[2] Sed parum esse credidit, si affectum suum non etiam adversa sustinendo monstraret.

otros? «No habia ningun otro [1],» dice á este propósito san Gregorio Nazianceno. ¡Oh mi amabilísimo Jesús! Vos habeis hecho demasiado para mostrarme vuestra ternura é inflamarme de amor en vuestra bondad. Muy grande seria la injuria que yo os hiciera si os amara poco, ó si amara jamás otra cosa que á Vos.

2. ¡Ah! mostrándosenos Dios cubierto de llagas, crucificado y espirando por nosotros, nos ha dado, dice Cornelio Alápide *(in I Cor.)*, la mas grande prueba que podia de su amor [2]. Y antes habia dicho san Bernardo, que Jesús en su pasion nos ha hecho conocer, que su amor á los hombres no podia ser mayor [3]. El Apóstol escribe que despues que Jesús quiso morir por nuestra salud, se manifestó hasta dónde llegaba el amor de Dios hácia nosotros sus miserables criaturas [4]. ¡Ah! mi amantísimo Maestro, ya lo comprendo, todas vuestras llagas me descubren vuestro amor.

1 Non aliter Dei amor erga nos declarari poterat.

2 Summum Deus in cruce ostendit amorem.

3 In passionis rubore maxima et incomparabilis ostenditur caritas. (*De Pass.* c. 41, 2).

4 Apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri Dei. (*Tit.* III, 4).

Y despues de tantas pruebas de vuestra caridad ¿quién pudiera dispensarse ya de amaros? Con mucha razon decia santa Teresa: «¡Oh amabilísimo Jesús! el que no os ama «demuestra bien que no os conoce.»

3. Bien podia Jesucristo salvarnos sin padecer nada, pasando en la tierra una vida tranquila y dichosa; mas no fue así, porque como dice san Pablo [1]: Menospreció las riquezas, los placeres, los honores de la tierra, y escogió por nosotros una vida pobre y una muerte llena de dolores y de oprobios. ¿Y por qué? Pues qué, ¿no bastaba el que pidiese al Padre eterno que perdonara al hombre, con una simple oracion que, siendo de un valor infinito, era suficiente para salvar al mundo y á una infinidad de mundos? ¿Por qué, pues, ha preferido tantas penas y una muerte tan cruel, que con razon dice un autor, que solo el dolor que sintió separó de su cuerpo el alma de Jesús [2]? ¿Á qué fin tantos gastos para salvar el hombre? San Juan

1 Proposito sibi gaudio sustinuit crucem. (*Hebr.* XII, *v.* 2).

2 Inter agones purus dolor animam è corpore sejunxit. (*Contens. Theolog. tom.* 2, *lib.* 10, *diss.* 4).

Crisóstomo responde que aunque una sola oracion de Jesús era á la verdad bastante para salvarnos, mas no bastaba para mostrar el amor que Dios nos tiene [1]. Lo que confirma santo Tomás diciendo: Padeciendo Jesucristo por nuestro amor ha pagado á Dios mas de lo que exigia la reparacion de la ofensa del género humano [2]. Por cuanto Jesús nos amaba mucho, queria tambien ser amado mucho de nosotros, y por eso ha hecho todo lo que ha podido, hasta padecer la muerte para conciliarse nuestro amor, y para hacernos comprender que ya nada mas podia hacer para obtenerlo. Quiso padecer mucho, dice san Bernardo, á fin de imponer al hombre una obligacion grande de amarle [3].

4. ¿Y qué mayor prueba de amor, dice nuestro mismo Salvador, puede dar un amigo que la de dar su vida por el amigo [4]? Pero

1 Quod sufficiebat redemptioni non sufficiebat amori. (*Serm.* 128).

2 Christus ex caritate patiendo, magis Deo exhibuit quam exigeret recompensatio offensae humani generis. (2 *part. quaest.* 48, *art.* 2).

3 Multum fatigationis assumpsit, quo multae dilectionis hominem teneret.

4 Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. (*Joan.* xv, 13).

Vos, amable Salvador, dice san Bernardo, habeis hecho todavía mas, puesto que habeis querido dar vuestra vida por nosotros, que no éramos amigos vuestros, sino enemigos, sino rebeldes [1]. Y esto mismo quiso recordar el Apóstol, cuando dijo: Dios ha hecho resaltar su amor hácia nosotros, pues que cuando aun éramos pecadores, Cristo ha muerto segun el tiempo por nosotros [2]. Así, ó mi Jesús, Vos habeis querido morir por mí, siendo yo vuestro enemigo; ¿y podré ya resistir á tanto amor? Héme aquí, y puesto que deseais tan ardientemente que os ame, y que os ame sobre todas las cosas, yo repudio léjos de mí todo otro amor, y no quiero amar sino á Vos solo.

5. San Juan Crisóstomo dice que el fin principal de Jesús en su pasion fue el de revelarnos cuán grande era su amor, y atraer de este modo hácia sí nuestros corazones con la memoria de los trabajos sufridos por nosotros [3]. Santo Tomás añade que por la pa-

1 Tu majorem habuisti, Domine, caritatem, ponens animam pro inimicis.

2 Commendat autem caritatem suam Deus in nobis: quoniam cum adhuc peccatores essemus, secundum tempus Christus mortuus est. (*Rom.* v, 8).

3 Haec causa prima fuit Dominicae passionis, quia

sion de Jesús conocemos mejor el gran amor que tiene al hombre [1]. Y san Juan habia dicho ya antes: ¡Ah, Jesús mio! cordero inmaculado, inmolado por mí sobre la cruz! lo que me hace conocer la caridad de Dios es, que él ha dado su vida por nosotros [2]. ¡No sean, pues, perdidos para mí tantos padecimientos sufridos por mí [3]! Dignaos aplicarme el fruto de tantas penas. Aprisionadme fuertemente con las dulces cadenas de vuestro amor, á fin de que ya no os deje mas y no me separe mas de Vos [4].

6. San Lucas refiere que estando Moisés y Elías hablando con Jesucristo en el monte Tabor acerca de su pasion, la llamaron exceso [5]. «Sí, dice san Buenaventura, con ra-«zon es llamada un exceso la pasion de Jesu-«cristo, puesto que ella fue un exceso de do-

sciri voluit quantum amaret hominem Deus, qui plus amari voluit quam timeri.

1 Per hoc enim homo cognoscit quantum Deus hominem diligat.

2 In hoc cognovimus caritatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit. (*I Joan.* III, 16).

3 Tantus labor non sit cassus.

4 Deus dulcissime, ne permittas me separari à te.

5 Dicebant excessum ejus quem completurus erat in Jerusalem. (*Luc.* IX, 31).

«lor y un exceso de amor [1].» Y un piadoso autor añade: ¿Qué mas ha podido padecer que no haya padecido? El exceso de su amor ha llegado hasta sus últimos límites [2]. ¿Y cómo no? La ley de Dios no manda á los hombres amar á su prójimo sino como á sí mismos; pero Jesús ha amado á los hombres mas que á sí mismo, dice san Cirilo [3]. Así que, ó mi amantísimo Redentor, os diré con san Agustin: Vos habeis llegado hasta amarme mas que á Vos mismo, pues por salvarme á mí habeis querido dar vuestra vida divina; vida infinitamente mas preciosa que la vida de todos los hombres y de todos los Ángeles juntos [4].

7. «¡Oh Dios infinito! exclama el abad «Guerrico, Vos habeis llegado á ser por el «amor del hombre, si así puede decirse, un «pródigo de Vos mismo [5]. ¿Y por qué no,

1 Excessus doloris, excessus amoris.

2 Quid ultra pati potuit et non pertulit? ad summum pervenit amoris excessus. (*Contens.* lib. 1).

3 Magis hos quam seipsum amavit.

4 Dilexisti me plus quam te, quoniam mori voluisti pro me.

5 O Deum, si fas est dici, prodigum sui prae desiderio hominis!

«añade, pues habeis querido dar no solo vues-«tros bienes, sino á Vos mismo por rescatar «al hombre perdido [1]?» ¡Oh prodigio, oh exceso de amor, digno solamente de una bondad infinita! ¿Y quién, Señor, dice santo Tomás de Villanueva, podrá jamás formar una idea aunque confusa de la inmensidad de vuestro amor por nosotros? ¡Tanto habeis amado á unos pobres gusanillos que habeis querido morir por ellos y morir en una cruz [2]! ¡Ah! semejante amor, concluye el Santo, excede toda medida y toda inteligencia [3].

8. Es cosa muy dulce ser amado de algun alto personaje, especialmente si puede elevarnos á una gran fortuna. Pues bien: ¿cuánto mas dulce debe ser y mas precioso el ser amado de Dios, que nos puede elevar á una fortuna eterna? En la ley antigua podia el hombre dudar si Dios le amaba con ternura; mas despues de haberle visto clavado á

[1] An non prodigum sui, qui non solum sua, sed seipsum impendit ut hominem recuperaret?

[2] Quis amoris tui cognoscere vel suspicari posset à longe caritatis ardorem, quod sic amares ut te ipsum cruci et morti exponeres pro vermiculis?

[3] Excedit haec caritas omnem modum, omnem sensum.

un madero derramar toda su sangre y morir, ¿cómo pudiéramos dudar si nos ama con toda la ternura de su amor? ¡Ah! alma mia, mira á tu amante Jesús que pende de la cruz todo cubierto de llagas: héle aquí como por sus heridas te demuestra el amor de su corazon abrasándose todo por tí [1]. Sí, dulce Jesús mio, yo me aflijo de veros espirar á violencia de tantos dolores sobre ese infame madero; pero al leer en vuestras llagas el amor que Vos me teneis, esto me consuela y me enamora. Serafines del cielo, ¿qué pensais del amor de mi Dios que me ha amado tanto y que se ha entregado á la muerte por mí [2]?

9. San Pablo dice que los gentiles, al predicarles á Jesús crucificado por el amor de los hombres, miraban esto como una increible necedad [3]. ¿Y cómo, decian ellos, será posible creer que un Dios omnipotente, que de nadie tiene necesidad para ser lo que es, infinitamente feliz, para salvar á los hombres

[1] Patet arca cordis per foramina corporis. (*S. Bern.*).

[2] Qui dilexit me et tradidit semetipsum pro me. (*Galat.* II, 5).

[3] Nos autem praedicamus Christum crucifixum, judaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam. (*I Cor.* 1, 23)

ha querido hacerse hombre y morir sobre una cruz? Esto seria, decian, lo mismo que creer en un Dios que se ha hecho loco por amor de los hombres [1]. Por eso rehusaban creerle. Mas esta grande obra de la Redencion, que los gentiles creian y llamaban locura, sabemos por la fe que Jesús la ha acometido y cumplido. Nosotros hemos visto, dice san Lorenzo Justiniano, la Sabiduría eterna, el Hijo único de Dios, hecho, por decirlo así, loco por el excesivo amor que tiene á los hombres [2]. Sí, porque no parece sino una locura de amor, añade el cardenal Hugo, el que un Dios haya querido morir por el hombre [3].

10. El B. Diacopone, este hombre que tanto se ha distinguido en el mundo por su saber, haciéndose franciscano, parecia haberse vuelto loco por el amor que tenia á Jesucristo. Un dia se le apareció Jesús, y le dijo: Diacopone, ¿por qué haces esas locuras? —¿Por qué las hago? respondió: porque Vos me las habeis enseñado. Si yo soy loco, Vos

1 Gentibus autem stultitiam.

2 Agnovimus sapientem nimietate amoris infatuatum.

3 Stultitia videtur quod mortuus fuerit Deus pro salute hominum.

lo sois todavía mas, en haber querido morir por mí [1]. Del mismo modo santa Magdalena de Pazzi, arrebatada en éxtasis, exclama: ¡Oh Dios de amor! ¡oh Dios de amor! es demasiado grande, Jesús mio, el amor que teneis á los hombres. *(In vita, cap. 11)*. Y un dia, transportada fuera de sí misma, tomó un Crucifijo, y comenzó á correr por el convento gritando: ¡Oh amor! ¡oh amor! jamás dejaré, Dios mio, de llamaros amor. En seguida, acercándose á sus religiosas, les dijo: ¿No sabeis, mis amadas hermanas, que mi Jesús no es sino amor, y todavía mas, un loco de amor? Sí, loco de amor digo que sois Vos ¡oh Jesús mio! y siempre lo diré. Añadia la misma Santa que al llamar á Jesús *amor*, quisiera ser oida de todo el mundo, á fin de que el amor de Jesús fuera conocido y amado de todos los hombres; y á las veces se ponia á tocar una campana para que todas las naciones vinieran, si fuera posible, como ella lo deseaba, á amar á su Jesús.

11. Sí, dulce Redentor mio, permitidme decíroslo; aquella vuestra tierna esposa tenia mucha razon en llamaros loco de amor;

1 Stultus sum, quia me stultior fuisti.

¿y no parece una locura el que Vos hayais querido morir por mí, por un gusano de la tierra tan ingrato como yo, y cuyos pecados y perfidias conocíais ya de antemano? Pero si Vos, Dios mio, habeis llegado á ser como loco de amor por mí, ¿cómo no llegaré yo á ser loco de amor por un Dios? Despues de haberos visto morir por mí, ¿cómo puedo yo pensar en otra cosa, ni ¿cómo puedo yo amar otra cosa que á Vos? Sí, ¡oh mi Señor, mi bien soberano y soberanamente amable! yo os amo mas que á mí mismo. Yo os prometo no amar en adelante sino á Vos, y pensar siempre en el amor que me habeis mostrado muriendo por mí entre tormentos.

12. ¡Oh azotes! oh espinas! oh clavos! oh cruz! oh llagas! oh dolores! oh muerte de mi Jesús! vosotros me estrechais demasiado, vosotros me forzais demasiado á amar á aquel que me ha amado tanto. ¡Oh Verbo encarnado! oh Dios amante! mi alma está inflamada de amor por Vos. Yo quisiera amaros hasta el punto de no hallar otro placer que el de complaceros, ¡oh mi amabilísimo Maestro! y pues que Vos deseais tan ardientemente mi amor, yo protesto que so-

lo quiero vivir para Vos. Sí, yo quiero hacer todo lo que quisiéreis de mí. ¡Ah Jesús mio! ayudadme, haced que yo os agrade enteramente y por siempre, en el tiempo y en la eternidad. María madre mia, interceded á Jesús por mí, á fin de que me conceda su amor; porque yo no deseo en esta vida ni en la otra sino amar á Jesús. *Amen.*

CAPÍTULO III.

Jesús por nuestro amor ha querido sufrir desde el principio de su vida los dolores de la pasion.

1. El Verbo eterno para hacerse amar del hombre vino al mundo y tomó la naturaleza humana. Por eso vino con tan grande sed de padecer por nuestro amor, que no quiso existir un momento sin sufrir á lo menos con la aprension. Apenas fue concebido en el seno de su madre, ya se representó todos los tormentos de su pasion, y para alcanzarnos el perdon y la gracia divina se ofreció al Padre eterno, á fin de satisfacer con sus sufrimientos por todos los castigos debidos á nuestros pecados; y desde entonces comenzó á padecer todo lo que mas tarde sufrió en su dolorosa muerte. ¡Ah! mi amable Redentor! ¿y qué he hecho yo hasta aquí? ¿qué he sufrido por Vos? Si por mil años sufriera yo por Vos los tormentos que han pasado todos los mártires, aun seria poco todo esto en comparacion de aquel solo primer momento en

que os ofrecísteis y comenzásteis á padecer por mí.

2. Es verdad que los mártires sufrieron grandes dolores y grandes ignominias; pero no los sufrieron sino en el tiempo de su martirio. Mas Jesús padeció siempre, desde el primer instante de su vida, todas las penas de su pasion; porque tuvo siempre delante de sus ojos aquella escena horrible, en que debia sufrir de parte de los hombres tantos tormentos y tantas afrentas. Así dice él por boca del Profeta: Mi dolor está siempre presente á mis ojos [1]. ¡Ah Jesús mio! Vos sois por mi amor tan ávido de sufrimientos que los habeis querido padecer antes de tiempo; ¡y yo tan ávido de los placeres de la tierra! ¡Cuántos desagrados os he causado yo por contentar mi cuerpo! Señor, por los méritos de vuestros sufrimientos arrancad de mi corazon toda aficion á los placeres de la tierra. Por vuestro amor tomo ya la resolucion de abstenerme de esta satisfaccion. *(Nombradla)*.

3. Usando Dios de compasion con nosotros, no nos ha dado á conocer las penas que nos aguardan antes del tiempo destinado á

[1] Dolor meus in conspectu meo semper. (*Ps.* XXXVII, 18).

sufrirlas. Si un reo que espira en un cadalso hubiera conocido por revelacion, desde su infancia, el suplicio que le esperaba, ¿hubiera podido jamás experimentar ningun gozo? Si desde el principio de su reinado hubiese tenido presente Saul la espada que debia atravesarle; si Judas hubiera visto de antemano el cordel que habia de ahorcarle, ¡cuán amargas fueran sus vidas! Pues nuestro amable Redentor, desde el primer instante de la suya, tuvo siempre presentes los azotes, las bofetadas, las espinas, la cruz, los ultrajes de su pasion, la muerte dolorosa que le esperaba. Cuando veia las víctimas ofrecidas en el templo, se le representaban como otras tantas figuras del sacrificio que él mismo, cordero sin mancilla, debia consumar en el altar de la cruz: cuando veia la ciudad de Jerusalen, sabia bien que allí era donde debia perder la vida en un mar de dolores y de oprobios: cuando fijaba la vista sobre su tierna madre, se imaginaba verla ya agonizando de dolor al pié de la cruz en que él mismo habia de espirar. Así, ¡oh Jesús mio! la vista horrible de tantos males os tuvo en un tormento y en una afliccion continua mucho

tiempo antes del momento de vuestra muerte, ¡y Vos habeis aceptado y sufrido todo esto por mi amor!

4. La sola vista ¡oh Jesús paciente! de todos los pecados del mundo, especialmente de aquellos con que preveíais que os habia yo de ofender, hizo vuestra vida la mas afligida y mas dolorosa de todas las existencias pasadas y futuras. Mas, ¡oh Dios! ¿en qué ley la mas bárbara se halla escrito que un Dios ame á una de sus criaturas hasta este punto; y que despues de esto viva esta sin amar á su Dios? ¿qué digo? le contriste, y aun le ultraje? ¡Ah! Señor, hacedme conocer la grandeza de vuestro amor, para que deje ya de ser ingrato. ¡Ah si yo os amara, Jesús mio! si yo os amara verdaderamente, ¡qué dulce me seria el sufrir por Vos!

5. Se apareció un dia Jesús crucificado á sor Magdalena Orsini, que desde mucho tiempo se hallaba atribulada, y la exhortaba á sufrir con resignacion. La sierva de Dios respondió: Señor, Vos no habeis estado sino tres horas en la cruz, cuando ha muchos años que yo padezco esta pena. Jesús, reprendiéndola, le dijo: ¡Ah ignorante! ¿qué dices? desde el

primer momento que estuve en el seno de mi Madre, ya sufria en mi corazon lo que mas tarde he padecido sobre la cruz. Y yo, amantísimo Redentor, en vista de todo lo que habeis sufrido por mi amor durante vuestra vida, ¿cómo puedo quejarme de estas cruces que Vos no me enviais sino para mi bien? Yo os doy gracias por haberme redimido á precio de tanto amor y de tanto dolor. Para animarme á sufrir con paciencia las penas de esta vida, habeis querido cargaros con todos nuestros males. ¡Ah Señor! recordadme frecuentemente vuestros dolores, á fin de que yo acepte y desee siempre sufrir por vuestro amor.

6. Vuestro dolor es grande como el mar[1]. Así como las aguas de este son todas saladas y amargas, así la vida de Jesús fue toda llena de amarguras y privada de todo consuelo, como se lo dijo él mismo á santa Margarita de Cortona. Además, como en el mar se reunen todas las aguas de la tierra, así en Jesucristo se reunieron todos los dolores de los hombres. Por esto dice por boca del Salmista[2]: Salvadme, ¡oh mi Dios! porque las tri-

[1] Magna est velut mare contritio tua. (*Thren.* II, 13).

[2] Salvum me fac Deus: quoniam intraverunt aquae

bulaciones han entrado hasta lo íntimo de mi alma, y he quedado sumergido por una tempestad de oprobios y dolores interiores y exteriores. ¡Ah! mi tierno Jesús, mi amor, mi vida, mi todo, si miro vuestro sagrado cuerpo, yo no veo sino llagas: si entro despues en vuestro corazon desolado, yo no hallo en él sino amarguras y tristezas que os hacen sufrir las agonías de la muerte. ¡Ah mi divino Maestro! ¿quién sino Vos, que sois una bondad infinita, podia llegar á sufrir hasta este punto, y morir por vuestra criatura? Mas porque Vos sois Dios, amais como Dios, con un amor que ningun otro puede igualar.

7. San Bernardo dice: Para redimir al esclavo, el Padre no ha perdonado al Hijo, y el Hijo no se ha perdonado á sí mismo[1]. ¡Oh caridad infinita de Dios! por una parte el Padre eterno manda satisfacer á Jesucristo por todos los pecados de los hombres[2]; y por otra, Jesús para salvar á los hombres, del modo

usque ad animam meam.... veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me. (*Psalm.* LXVIII, 2).

[1] Ut servum redimeret, nec Pater Filio, nec Filius sibi ipsi pepercit. (*Serm. fer.* 4).

[2] Posuit in eo iniquitatem omnium nostrum. (*Isai.* LIII, 6).

mas amoroso que podia, quiso tomar sobre sí y pagar con todo rigor á la Justicia divina las satisfacciones que le eran debidas; de donde infiere santo Tomás que se cargó con todos los dolores y todos los ultrajes en el mas alto grado [1]. Por eso le llama Isaías el hombre de dolores y el mas menospreciado de los hombres [2]; y con mucha razon, porque mientras Jesús era atormentado en todos sus miembros y en todos sus sentidos, experimentaba unos dolores mayores aun en todas las potencias de su alma, excediendo inmensamente sus penas interiores á sus dolores exteriores. Vedle, pues, desgarrado, desangrado, medio muerto, tratado de seductor, de hechicero, de loco, abandonado aun de sus mismos amigos, y perseguido en fin de todos, hasta terminar su vida sobre un infame madero.

8. ¿Sabeis lo que he hecho por vosotros [3]? Sí, yo sé muy bien, Señor, todo lo que habeis hecho y sufrido por mi amor; mas Vos

1 Assumpsit dolorem in summo, vituperationem in summo.

2 Despectum et novissimum virorum, virum dolorum. (*Isai.* LIII, 3).

3 Scitis, quid fecerim vobis? (*Joan.* XIII, 12).

sabeis tambien que hasta aquí no he hecho yo nada por Vos. Jesús mio, ayudadme á sufrir alguna cosa por vuestro amor antes que llegue la muerte. Yo me avergüenzo de parecer delante de Vos, pero no quiero ser ya, como lo he sido por tanto tiempo, ingrato para con Vos. Vos os habeis privado de todo placer por mí: yo renuncio por vuestro amor á todos los placeres de los sentidos. Vos habeis padecido tan grandes dolores por mí; yo quiero padecer por Vos todas las penalidades de mi vida y de mi muerte, segun mas os agradare. Vos habeis sido abandonado, yo consiento en que todos me abandonen, con tal que no lo sea yo de Vos, mi único y mi soberano bien. Vos habeis sido perseguido, yo acepto toda especie de persecuciones. En fin, Vos habeis muerto por mí, yo quiero morir por Vos. ¡Ah! Jesús mio, mi tesoro, mi amor, mi todo, yo os amo, concededme mas y mas amor. *Amen.*

CAPÍTULO IV.

Del gran deseo que tuvo Jesús de padecer y morir por nuestro amor.

1. ¡Cuánta ternura y amor! ¡cuantos títulos á nuestra caridad hay envueltos en aquella revelacion que hizo nuestro divino Redentor de los motivos de su venida sobre la tierra, cuando dijo que habia venido para traer á las almas el fuego del divino amor, y que no tenia otro deseo que el de ver encenderse esta santa llama en todos los corazones de los hombres[1]! En seguida añadió, que deseaba ser bautizado en el bautismo de su propia sangre; no para lavar sus propios pecados, pues era impecable, sino los nuestros que habia venido á expiar con sus padecimientos. La pasion de Jesucristo, dice san Buenaventura, es llamada bautismo, porque nosotros somos purificados en su sangre[2]. Y despues de esto, nuestro amable Jesús para hacernos

[1] Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? (*Luc.* XII, 49).

[2] Passio Christi dicitur baptisma, quia in ejus sanguine purificamur. (*S. Bonav.*).

comprender todo el ardor del deseo que tenia de morir por nosotros, dice con las expresiones mas dulces del amor, que experimentaba vivas angustias porque se dilataba el tiempo en que debia cumplirse su pasion: ¡tan grande era su deseo de padecer por nuestro amor! Ved aquí sus amorosas palabras: «Hay un «bautismo en el que debo yo ser bautizado, «¡y cuánta es mi angustia hasta que se per«feccione[1]!»

2. ¡Ah! Dios abrasándose de amor por los hombres! ¿qué mas podíais Vos decir y hacer para ponerme en la necesidad de amaros? ¿Y qué bien tan grande debia, Señor, procuraros mi amor, para que por obtenerle, hayais querido morir y deseado tanto la muerte? Si uno de mis criados hubiera solo deseado morir por mí, se adquiriria seguramente mi amor: ¡y podré yo vivir sin amaros con todo el amor de mi corazon, á Vos mi Rey y mi Dios, que habeis muerto por mí, y con un tan gran deseo de morir por conseguir mi amor!

3. Sabiendo Jesús que era llegada su ho-

[1] Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usquedum perficiatur! (*Luc.* XII, 50).

ra de pasar de este mundo á su Padre, habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin [1]. San Juan dice que Jesús llamó hora suya la hora de su pasion, porque como escribe un piadoso comentador, este fue el momento de la vida mas ardientemente deseado por nuestro divino Redentor, el momento en que, sufriendo y muriendo por el hombre, queria hacerle comprender el inmenso amor que le tenia. Para el que ama es muy dulce la hora en que padece por el objeto amado [2], porque el padecer por el amigo es el medio mas propio para manifestar el amor del que ama, y para cautivar el amor del objeto amado. ¡Ah! mi tierno Jesús, es pues para mostrarme la grandeza de vuestro amor el que no hayais querido confiar á ningun otro sino á Vos la obra de mi redencion. ¿Tanto os interesaba mi amor, que habeis querido sufrir hasta este punto para obtenerle? ¿Y qué mas hubiérais podido hacer si tuviérais que ganar el amor de vuestro divino Padre? ¿Qué mas

[1] Sciens Jesus quia venit hora ejus, ut transeat ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos... in finem dilexit eos. (*Joan.* XIII, 1).

[2] Amantis illa hora est qua pro amico patitur. (*Barr. apud Spon.*).

hubiera podido padecer un criado para captarse el afecto de su señor, que lo que Vos habeis sufrido para ser amado de mí, esclavo vil é ingrato?

4. Pero, ved aquí á nuestro amable Jesús en la víspera de ser sacrificado sobre el altar de la cruz por nuestra salud. En esta noche venturosa que precedió á su pasion, oigamos lo que dice á sus discípulos en la última cena que tuvo con ellos. Yo he deseado con un deseo ardiente comer esta Pascua con vosotros [1]. Examinando san Lorenzo Justiniano estas palabras, asegura que todas ellas fueron expresiones del amor [2]. Como si nuestro amable Redentor hubiera dicho: Ó hombres, sabed que esta noche en la que comenzará mi pasion, es el tiempo mas deseado de mi vida y por el que mas he suspirado, porque este es puntualmente el tiempo en que por mis padecimientos y por mi cruel muerte os haré conocer cuánto os amo; y por esto os obligaré á amarme con el mayor amor que sea posible. Dice un autor que en la pasion

[1] Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum. (*Luc.* XII, 15).

[2] Desiderio desideravi, caritatis est vox haec.

de Jesús la omnipotencia divina se unió con el amor. El amor quiso amar al hombre con toda la extension de la omnipotencia, y la omnipotencia quiso ayudar al amor con toda la extension de su deseo.

¡Oh Dios infinito! Vos mismo os habeis entregado todo á mí, ¿y cómo despues de esto puedo yo no amaros con todas las potencias de mi ser? Yo creo, sí, yo creo que Vos habeis muerto por mí: ¿y cómo os amo yo tan poco que me olvide tan frecuentemente de Vos, y de todo lo que habeis padecido por mí? ¡Ah! ¿por qué, Señor, contemplando vuestra pasion no me veo inflamado del todo en vuestro amor? ¿Por qué no soy ya todo de Vos como tantas almas santas, que considerando vuestras penas han llegado á ser la dichosa conquista de vuestro amor, y se han entregado del todo á Vos?

5. La esposa de los Cantares decia que todas las veces que su esposo la introducia en la bodega de la pasion, se sentia tan acometida del amor divino, que lánguida toda de amor se veia precisada á buscar algun alivio á su corazon herido [1]. ¿Y cómo es posible que

[1] Introduxit me in cellam vinariam: ordinavit in me

considerando la pasion de Jesucristo no quede el alma herida, como de unas flechas de amor, por aquellos dolores, por aquellas angustias que tan cruelmente hicieron padecer al alma y al cuerpo de su muy amado, y no se vea forzada con una dulce violencia á amar á quien tanto la ha amado?

¡Oh Cordero sin mancha! yo os miro sobre esa cruz descarnado, ensangrentado y desfigurado; mas ¡cuán bello y cuán amable me pareceis! Sí, porque todas esas llagas que veo en Vos, son para mí otras tantas señales y pruebas ciertas del grande amor que me teneis. ¡Ah! si todos los hombres os contemplasen frecuentemente en aquel estado en que un dia fuísteis presentado en espectáculo á toda Jerusalen, ¿quién podria dejar de enamorarse de vuestro amor? Amable Maestro mio, aceptad mi amor: yo os consagro todos mis sentidos y toda mi voluntad. ¿Y cómo puedo yo negaros ninguna cosa, puesto que Vos no me habeis negado ni vuestra sangre, ni vuestra vida, ni todo lo que sois?

6. El deseo que tenia Jesús de padecer

caritatem: fulcite me floribus, stipate me malis: quia amore langueo. (*Cant.* II, 4).

por nosotros era tan grande, que en la noche que precedió á su muerte, no solo fué voluntariamente al huerto donde ya sabia que los judíos debian ir á prenderle, sino que sabiendo tambien que el traidor Judas se acercaba con una tropa de soldados, les dice á sus discípulos: Levantaos, vamos; hé aquí se acerca el que me ha de entregar [1]. Quiso además salir él mismo á su encuentro, como si ellos hubieran venido, no para arrastrarle al suplicio de la cruz, sino para hacerle subir al trono de un grande imperio. ¡Oh mi dulce Salvador! ¿por qué caminais delante de la muerte con tan gran deseo de morir por nosotros? Para mostraros, dice, el amor que os tengo. ¿Y yo no tendré deseo de morir por Vos, ó Dios mio, para demostraros tambien el amor que os tengo? Sí, Jesús mio, muerto por mí, yo tambien deseo morir por Vos. Hé aquí mi sangre, mi vida, todo os lo ofrezco. Vedme aquí dispuesto á morir por Vos cuándo y cómo os agradare. Aceptad este pequeño sacrificio que os hace un miserable pecador, que hasta este momento os ha ofen-

[1] Surgite, eamus: ecce qui me tradet prope est. (*Matth.* XXVI, 46).

dido, pero que ahora os ama mas que á sí mismo.

7. San Lorenzo Justiniano considera aquel *sitio* que pronunció Jesús al morir sobre la cruz, y dice que esta sed no provenia de necesidad, sino del amor encendido que Jesús nos tenia [1]. Así que, con aquella palabra no tanto quiso manifestarnos la sed de su cuerpo, como el deseo que tenia de morir por nosotros, demostrándonos con tantos padecimientos no solo su amor, sino el deseo que tenia de ser amado de nosotros. Santo Tomás dice tambien: Por esta palabra *tengo sed*, se manifiesta el ardiente deseo de la salud del género humano [2]. ¡Ah Dios de amor! ¡es posible que un tal exceso de bondad quede sin correspondencia por nuestra parte! Dícese vulgarmente que el amor se paga con amor: pero vuestro amor, ¿con qué otro amor será jamás pagado? Para compensar el amor que os llevó hasta morir por nosotros, seria necesario que otro Dios muriera por Vos. Pues bien, Señor, ¿cómo habeis podido decir que

[1] Sitis haec de ardore nascitur caritatis.

[2] Per hoc *sitio* ostenditur ardens desiderium de salute generis humani. (*In cap.* 19, *lect.* 3).

vuestras delicias eran el estar con los hombres, cuando no recibís de ellos sino injurias y malos tratamientos? El amor, pues, ha trocado para Vos en delicias los dolores y los ultrajes que habeis sufrido por nosotros.

8. ¡Oh mi amabilísimo Redentor! yo no quiero resistir mas á vuestras finezas, yo os doy todo mi amor. Entre todas las cosas Vos sois y habeis de ser siempre el único objeto querido de mi alma. Os habeis hecho hombre, á fin de tener una vida que dar por mí: yo quisiera tener mil vidas que sacrificar por Vos. Yo os amo, bondad infinita, y quiero amaros con todas mis fuerzas. Yo quiero hacer todo cuanto pueda por agradaros; Vos, inocente, habeis sufrido tanto por mí: yo, pecador, que he merecido el infierno, quiero sufrir por Vos cuanto os agradare. Ayudad, Jesús mio, por vuestros merecimientos este deseo que Vos mismo me habeis dado. ¡Oh Dios infinito! yo creo en Vos, yo espero en Vos, yo amo á Vos. María, madre mia, interceded por mí. *Amen.*

CAPÍTULO V.

Del amor que Jesús nos ha manifestado legándosenos á sí mismo en alimento antes de su muerte.

1. Sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin [1]. Sabiendo nuestro amable Redentor en la última noche de su vida que era ya llegado el tiempo de morir por el hombre, por el que tanto habia suspirado, no pudo su amoroso corazon consentir en dejarnos solos en este valle de lágrimas. Para no separarse, pues, de nosotros ni aun por la muerte, quiso quedarse y dársenos á sí mismo en alimento en el Sacramento del altar, haciéndonos entender con esto, que despues de este don infinito nada mas tenia ya que darnos para probarnos su amor. Hasta el fin los amó [2]. Cornelio Alápide, con san Crisóstomo y Teofilacto, ex-

[1] Sciens Jesus quia venit hora ejus, ut transeat ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos,... in finem dilexit eos. (*Joan.* XIII, 1).

[2] In finem dilexit eos.

plica segun el texto griego la expresion *hasta el fin*, y dice: Es como si hubiera querido decir, los amó con un amor sin fin y sin medida [1]. Jesús en este Sacramento hizo el último esfuerzo de amor para con los hombres, como dice el abad Guerrico [2].

2. Pero todavía fue mejor explicado esto por el santo concilio de Trento, el que hablando del Sacramento del altar, dice que nuestro Salvador derramó en él, por decirlo así, todas las riquezas de su amor para con nosotros [3]. Tenia, pues, razon el angélico santo Tomás en llamar á este Sacramento, sacramento del amor, y prenda del amor mas admirable que un Dios pudo dar á los hombres [4]. San Bernardo lo llama amor de los amores [5]; y santa María Magdalena de Pazzi decia que el alma despues de la comunion podia decir: Todo está consumado [6]; esto es,

1 Qua si dicat, extremo amore et summo dilexit eos.
2 Omnem vim amoris effudit amicis.
3 Divitias sui erga homines amoris velut effudit. (*Sess.* 13, *c.* 2).
4 Sacramentum caritatis, summae caritatis pignus est. (*Opusc.* 18, *c.* 25).
5 Amor amorum.
6 Consummatum est. (*Joan.* XIX, 30).

dándoseme Dios á sí mismo en esta comunion, nada mas tiene que darme. Preguntando un dia esta Santa á una de sus novicias en qué habia pensado despues de la comunion, ella le respondió: *En el amor de mi Jesús. Sí*, replicó la Santa, *cuando se piensa en este amor, en ninguna otra cosa se puede pensar; sino que es una necesidad el detenerse en él.*

3. ¡Oh Salvador del mundo! ¡y qué pretendeis obtener de los hombres, llevando el amor hasta daros á Vos mismo en su alimento! ¿Qué mas os resta que darnos en adelante, despues de la institucion de este Sacramento, para obligarnos á amaros? ¡Ah! Dios infinitamente bueno! ilustradme y hacedme conocer cuánto es este exceso de bondad que os ha reducido á ser mi alimento en la santa comunion. Si, pues, os habeis dado todo á mí, justo es que yo me dé tambien todo á Vos. Sí, Jesús mio, yo me doy todo á Vos. Yo os amo mas que á todo otro bien, y deseo recibiros para mas amaros en adelante: venid, pues, y venid con frecuencia á mi alma, y haced que ella sea ya para solo Vos. Dichosos los que con verdad puedan decir, como san Felipe Neri decia en los transportes de su

amor, cuando comulgó por modo de Viático: *¡ Ved aquí mi amor! ved aquí mi amor! dadme á mi amor!*

4. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él [1]. San Dionisio Areopagita dice que el amor propende siempre á la union con el objeto amado, y por cuanto el alimento viene á hacerse una misma cosa con el que le come, por eso quiso el Salvador hacerse nuestro alimento, á fin de que recibiéndole en la santa comunion vengamos á ser una misma cosa con él. Tomad y comed, dice Jesús, este es mi cuerpo [2]. Como si hubiera querido decir, observa san Juan Crisóstomo: ¡Oh hombres! alimentaos de mí, para que de vosotros y de mí se haga una misma cosa [3]. Así como de dos pedazos de cera fundidos, dice san Cirilo de Alejandría, se hace uno solo; así el alma que comulga se une de tal suerte con Jesús, que Jesús está en ella, y ella en Jesús. ¡Oh mi tierno Salvador! exclama aquí san Lorenzo Justiniano,

[1] Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo. (*Joan.* VI, 57).

[2] Accipite et comedite, hoc est corpus meum. (*Matth.* XXVI, 26).

[3] Dixit: Me comede, ut summa unio fiat. (*Hom.* 15).

¿cómo habeis podido llegar á amarnos hasta querer unirnos de tal modo á Vos, que de vuestro corazon y del nuestro se haga un solo corazon [1]?

5. Tenia, pues, razon san Francisco de Sales en decir, hablando de una santa comunion: El Salvador no podia ser considerado en ningun otro misterio ni mas amable ni mas tierno que en este, en el que se aniquila, por decirlo así, y se da en comida para entrar en nuestras almas, y unirse al corazon de los fieles; por manera que, como dice san Juan Crisóstomo, á este Señor, en quien los Ángeles no se atreven á poner sus ojos, es á quien nosotros nos unimos [2]. ¿Qué pastor, añade este mismo Santo, alimenta sus ovejas con su propia sangre? Pero ¿qué digo pastor? Muchas madres entregan sus hijos á otras nodrizas; mas Jesús no ha consentido esto, sino que nos alimenta en este Sacramento con su propia sangre, y se une á nosotros [3]. En su-

[1] Oh! quam mirabilis est dilectio tua, Domine Jesu, qui tuo corpori taliter nos incorporari voluisti, ut tecum cor unum haberemus! (*De divin. amor.* c. 5).

[2] Huic nos unimur, et facti sumus unum corpus, una caro.

[3] Quis pastor oves proprio pascit cruore? et quid dico

ma, concluye el Santo, porque él nos ama ardientemente ha querido hacerse nuestro alimento, y una misma cosa con nosotros [1].

¡Oh amor infinito, digno de un amor infinito! ¿cuándo os amaré yo, Dios mio, como Vos me habeis amado? ¡Oh alimento divino! oh Sacramento de amor! cuando me atrajéreis enteramente á Vos, ya nada mas os restará que hacer para ser amado de mí. Siempre quiero comenzar á amaros, siempre os lo prometo, y nunca comienzo; mas esto es hecho, ya principio desde hoy á amaros verdaderamente: ayudadme, ilustradme, inflamadme, desasidme de la tierra, y no permitais que yo resista por mas largo tiempo á todos los esfuerzos de vuestro amor. Yo os amo con todo mi corazon, y por esto yo quiero renunciarlo todo para no agradar ya mas que á Vos, ¡oh mi vida, mi amor, mi todo! Yo quiero unirme frecuentemente á Vos en este Sacramento, á fin de desasirme de todo, y de no amar sino á Vos. Dios mio, yo es-

pastor? matres multae sunt quae filios aliis tradunt nutricibus: hoc autem ipse non est passus, sed ipse nos proprio sanguine pascit. (*Hom.* 60).

[1] Semetipsum nobis immiscuit ut unum quid simus: ardenter enim amantium hoc est. (*Hom.* 51).

pero de vuestra bondad que me daréis fuerzas para cumplir mis promesas.

7. Hemos visto, dice san Lorenzo Justiniano, á un Dios que es la Sabiduría misma, hecho como loco por el excesivo amor que nos tiene [1]. Pues qué ¿no parece una locura, escribe san Agustin, el que un Dios se deje comer de sus criaturas [2]? Pero si todavía hay alguna cosa mas que pueda decir una criatura á su Criador nos atreverémos aun á decirlo [3], con san Dionisio (*lib. V, de Div. Nom.* 1, 4), quien llega á decir que Dios, por la grandeza de su amor, se ha colocado como fuera de sí mismo, puesto que siendo Dios se ha hecho hombre, y hasta alimento de los hombres. Pero, Señor, un exceso semejante no convenia á vuestra majestad. Sin duda, responde Jesús por boca de san Juan Crisóstomo; mas el amor cuando quiere hacer bien, y manifestarse á su amado, no considera lo que conviene, no se dirige á donde

[1] Vidimus Sapientem amoris nimietate infatuatum.

[2] Nonne insania videtur dicere: Manducate meam carnem, et bibite meum sanguinem?

[3] Audebimus et loqui quod auctor omnium prae amatoriae benignitatis magnitudine extra se sit.

le llama la razon, sino á donde le impele el ardor de su deseo [1].

¡Ah mi Jesús! ¡cuánto me avergüenzo de mí mismo, al pensar que habiendo tenido la felicidad de conoceros, ó bien infinito, infinitamente amable, y tan enamorado de mi alma, me haya dejado yo llevar del amor de los bienes viles y despreciables, prefiriéndolos á Vos! Yo os suplico, Dios mio, que cada dia me descubrais mas y mas la grandeza de vuestra bondad, á fin de que me abrase mas y mas en vuestro amor, y haga los mayores esfuerzos para agradaros. ¡Ah mi divino Maestro! ¿qué objeto mas bueno, ni mas bello, ni mas santo, ni mas amable que Vos, puedo yo hallar para amar? Yo os amo, bondad infinita, mas que á mí mismo, y no quiero vivir sino para amaros á Vos, que mereceis todo mi amor.

8. San Pablo nos hace considerar el tiempo en que Jesús nos hizo este don de la Eucaristía, don que excede á todos los que puede hacer un Dios omnipotente [2], como dice

[1] Amor ratione caret, et vadit quo ducitur, non quo debeat. (*Serm.* 145).

[2] Donum transcendens omnem plenitudinem.

san Clemente, añadiendo san Agustin que aunque omnipotente, Dios no podia dar mas [1]. El Apóstol, pues, se expresa de este modo: El Señor Jesús, en la noche que fue entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió y dijo: Tomad y comed, este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros [2]. Sucedió, pues, esto aquella noche, en la que los hombres en sus consejos preparaban á Jesús los mayores tormentos y la misma muerte; la misma noche en que este Redentor infinitamente bueno acordó por su parte darse á sí mismo á los hombres en este Sacramento, á fin de hacerles comprender que su amor era tan grande, que en vez de entibiarse con tanta ingratitud, era en aquel mismo momento todavía mas vivo y mas tierno que nunca para ellos. ¡Ah Señor amabilísimo! ¿cómo habeis podido amar á los hombres hasta el punto de querer permanecer con ellos en la tierra para ser su alimento, cuando estos mismos hombres os repelian con tanta ingratitud?

[1] Cum esset omnipotens, plus dare non potuit.

[2] Dominus Jesus, in qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens, fregit, et dixit: Accipite et manducate, hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur. (*I Cor.* XI, 23).

9. Ved además el deseo inmenso que tuvo el Salvador toda su vida de ver llegar esta noche, en la que habia resuelto dejarnos una prenda tan preciosa de su amor; pues que en el momento de instituir este augusto Sacramento, dice: He deseado con ardiente deseo comer esta Pascua con vosotros [1]. Palabras con las que manifiesta el vivísimo deseo y el ansia que tenia de unirse á nosotros en la Comunion, comprimido su corazon por el amor que nos tenia. Esta palabra, dice san Lorenzo Justiniano, es la expresion de la mas encendida caridad [2]. Pues este mismo deseo conserva todavía Jesús á todas las almas que le aman. Las abejas, dijo un dia á santa Matilde, no se arrojan con tanta vehemencia á las flores para extraer de ellas la miel, como yo desciendo impelido de mi amor al alma que me desea.

¡Oh amigo excesivamente amable! ya no os restan mas grandes pruebas que darme para persuadirme de vuestro amor. Yo os doy repetidas gracias por vuestra bondad. ¡Ah Jesús

[1] Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum. (*Luc.* XXII, 15).

[2] Flagrantissimae caritatis est vox haec.

mio! atraedme del todo á Vos; haced que en adelante os ame yo con toda la ternura de mi amor. Sea para otros suficiente el amaros solo con un amor apreciativo y predominante; ya sé que os contentais con eso; mas yo no me contentaré sino cuando vea que os amo con mas ternura aun que á un amigo, á un hermano, á un esposo. ¡Y dónde podré yo hallar un amigo, un hermano, un padre, un esposo que me ame tanto como Vos me amais, ó Criador mio, Salvador y Dios mio, que por mi amor habeis dado vuestra sangre y vuestra vida, y despues de eso todavía os dais todo entero á mí en este Sacramento de amor! Yo os amo, pues, ó Jesús mio, con todo mi afecto: yo os amo mas que á mí mismo; ayudadme á amaros, y nada mas os pido.

10. San Bernardo dice que Dios no nos ha amado tanto sino para ser amado de nosotros [1]. Y esto mismo protesta nuestro Salvador diciéndonos que no ha venido á la tierra sino para hacerse amar [2]; y ¡qué llamas de amor tan santas no enciende Jesús en las almas por este divino Sacramento! El venera-

[1] Ad nihil aliud amavit Deus quam ut amaretur.

[2] Ignem veni mittere in terram.

ble P. D. Francisco Olimpio, teatino, decia que nada era mas capaz de inflamar nuestros corazones de amor en el soberano bien, que la santa Comunion. Hesiquio llamaba á Jesús en este Sacramento, *un fuego divino* [1]; y santa Catalina de Sena vió un dia, en las manos de un sacerdote, á Jesús en la santa hostia bajo la figura de una grande hoguera de amor, admirándose de que todo el mundo no estuviera abrasado ya en ella. El altar, dice el abad Ruperto con san Gregorio Niseno, es la bodega en que la esposa de Jesús se embriaga del amor de su Señor, hasta el punto de que olvidándose de la tierra se consume en los santos y deliciosos deliquios de la caridad [2].

11. ¡Oh amor de mi corazon! oh Sacramento santísimo! oh! que yo me acuerde siempre de Vos, á fin de olvidar todo lo demás, y de amaros á Vos solo siempre y sin reserva! ¡Ah Jesús mio! Vos habeis llamado tantas veces á la puerta de mi corazon que al fin habeis entrado en él, así lo espero; mas

[1] Ignis divinus.

[2] Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me caritatem: fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo. (*Cant.* II, 4).

puesto que en él habeis entrado, arrojad de él, os ruego, todas las afecciones que no se enderecen á Vos: apoderaos de tal suerte de mí, que pueda yo tambien, como el Profeta, decir en adelante con verdad: ¡Dios mio! ¿qué otra cosa deseo yo sino á Vos, ni en el cielo ni en la tierra [1]? Vos solo sois y seréis siempre el único dueño de mi corazon y de mi voluntad, y solo Vos debeis ser toda mi herencia, toda mi riqueza en esta vida y en la otra.

12. Decia el profeta Isaías: Id, y publicad por todas partes las invenciones del amor de nuestro Dios para hacerse amar de los hombres [2]. ¿Y qué invenciones no ha hallado el amor de Jesús para hacerse amar de nosotros? Sobre la cruz ha querido abrirnos en sus sagradas llagas otras tantas fuentes de gracias, que para recibirlas bástanos el pedirlas con confianza; y no contento con esto ha querido

[1] Quid mihi est in coelo, et à te quid volui super terram, Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum? (*Psalm.* LXXII, 25, 26).

[2] Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris: et dicetis in illa die: confitemini Domino, et invocate nomen ejus: notas facite in populis adinventiones ejus. (*Isai.* XII, 3).

dársenos á sí mismo enteramente en el santísimo Sacramento.

13. ¡Oh hombre! dice san Juan Crisóstomo, ¿por qué eres tan avaro de tí mismo, y por qué das con tanta reserva tu amor á este Dios, que se ha dado todo á tí sin ninguna particion [1]? Esto es precisamente, dice el angélico Doctor, lo que Jesús hace en el Sacramento del altar: Él nos ha dado todo lo que es y todo lo que tiene [2]. Ved aquí, añade san Buenaventura, que este Dios inmenso, á quien no puede contener todo el universo, viene á ser nuestro prisionero y nuestro cautivo cuando le recibimos en nuestros corazones por la santa Comunion [3]. Por eso san Bernardo considerando este exceso de amor, decia: Mi buen Jesús ha querido hacerse huésped inseparable de mi corazon [4]. Y pues que mi Dios, añadia, ha querido dárseme todo entero

[1] Totum tibi dedit, nihil sibi reliquit.

[2] Deus in Eucharistia totum quod est et habet dedit nobis. (*Opusc.* 62, *v.* 2).

[3] Ecce quem mundus capere non potest captivus noster est. (*In praep. Missae*).

[4] Individuus cordis mei hospes.

por su amor [1], es muy justo que yo me emplee todo entero en servirle y en amarle.

14. ¡Ah mi amable Jesús! decidme, ¿qué mas os resta inventar para haceros amar de mí? ¿y pudiera yo continuar en seros tan ingrato como lo he sido hasta aquí? Señor, no lo permitais. Vos habeis dicho que el que come vuestra carne en la Comunion vivirá bajo la impresion de vuestra gracia [2]. Si, pues, me permitís recibiros en la santa Comunion, haced que mi alma viva siempre con la verdadera vida de vuestra gracia. Yo me arrepiento, ¡oh mi Soberano bien! de haberla menospreciado hasta aquí, pero os doy gracias porque me concedeis tiempo para llorar los ultrajes que os he hecho, y para amaros sobre esta tierra. En lo que me restare de vida, quiero poner todo mi amor en Vos, y quiero aplicarme á agradaros todo cuanto pudiere. Socorredme, Jesús mio, no me abandoneis. Salvadme por vuestros méritos, y que mi ocupacion sea la de amaros siempre en esta vida y en la eternidad. María, madre mia, socorredme tambien Vos.

[1] Totus in meos usus expensus. — [2] Qui manducat me, et ipse vivet propter me. (*Joan.* VI, 58).

CAPÍTULO VI.

Del sudor de sangre y de la agonía de Jesús en el huerto.

1. Ved aquí, de qué modo nuestro amable Salvador, estando ya en el huerto de Gethsemaní, quiere comenzar él mismo su dolorosa pasion. Permite al temor, al tédio, á la tristeza que vengan á hacerle sufrir todos sus tormentos [1]. Comienza, pues, á sentir un grande pavor de la muerte y de las penas que muy luego debia sufrir: *coepit pavere*. Pero qué, ¿no era el mismo Jesús que antes se habia ofrecido espontáneamente á semejantes dolores [2]? ¿No era el mismo que habia deseado tan ardientemente este tiempo de su pasion, y el que poco antes habia dicho: He deseado con gran deseo comer con vosotros esta Pascua [3]? ¿Cómo, pues, se encuentra

[1] Coepit pavere, taedere, et moestus esse. (*Marc.* XIV, 33; *Matth.* XXVI, 37).

[2] Oblatus est quia ipse voluit. (*Isai.* LIII, 7).

[3] Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum. (*Luc.* XXII, 15).

ahora apoderado de un temor tan grande de la muerte que llega hasta suplicar á su Padre le libre de ella [1]? Pídele, responde el venerable Beda, que el cáliz pase léjos de él para mostrar que era verdadero hombre [2].

Aunque el buen Salvador queria morir para mostrarnos por su muerte el amor que nos tenia; mas para que los hombres no pensasen que su cuerpo era fantástico, como algunos herejes han blasfemado, ó que por virtud de la divinidad habia muerto sin experimentar dolor alguno, dirige esta súplica á su Padre, no tanto para ser oido en ella, como para hacernos comprender que moria como hombre, y que moria apoderado de un gran temor de la muerte y de los dolores que debian acompañar á la suya.

¡Oh Jesús! oh amabilísimo Jesús! Vos quisísteis cargaros con nuestra timidez, á fin de comunicarnos vuestra fortaleza para padecer los trabajos de esta vida. Seais para siempre bendecido por esta tierna compasion; y todos

[1] Pater mi, si possibile est, transeat à me calix iste. (*Matth.* XXI, 26, 39).

[2] Orat transire calicem, ut ostendat quod vere homo erat.

nuestros corazones os amen como Vos lo deseais y como Vos lo mereceis.

2. *Coepit taedere.* Comienza tambien á experimentar un gran tédio por los tormentos que le estaban preparados. Cuando él se entristece, las delicias mismas se cambian en amargura. Con un tédio semejante ¿qué angustias no debió causar á Jesús la horrible imágen, que entonces se representó á su espíritu, de todos los tormentos interiores y exteriores que durante el resto de su pasion debian martirizar tan cruelmente su cuerpo y su alma santa? Entonces se le hicieron ver distintamente todos los dolores que debia sufrir, todas las afrentas que habia de recibir de los judíos y de los romanos; todas las injusticias que le habian de hacer los jueces de su causa; y sobre todo se le hizo ver aquella desolada muerte, que debia sufrir, abandonado de todos, tanto de los hombres como de Dios, en un mar de dolores y de desprecios inauditos; y ved aquí lo que le causó un tédio tan amargo que se vió obligado á pedir socorro al Padre eterno. ¡Ah Jesús mio! yo me compadezco de vuestros padecimientos, yo os los agradezco, yo os amo.

3. «Aparécese, pues, un Ángel que le «conforta [1].» El socorro vino; pero este socorro, dice el venerable Beda, mas aumentó su pena que la disminuyó [2]. Sí, porque el Ángel no le comunicó fuerzas sino para sufrir mas y mas por amor del hombre y por la gloria de su Padre. ¡Oh! ¡qué tormento os causa, mi amable Maestro, este primer combate! En el curso de vuestra pasion los azotes, las espinas, los clavos no vinieron sino sucesivamente á haceros sufrir; mas en el huerto os asaltaron todos juntos los dolores de vuestra pasion, y los aceptásteis todos por mi amor y por mi bien. ¡Ah Dios mio! ¡cuánta es mi pena de no haberos amado en lo pasado, y de haber preferido mis placeres criminales á vuestra voluntad! yo los detesto mas que ningun otro mal, y me arrepiento de ellos con todo mi corazon. Jesús mio, perdonadme.

4. Con el tédio y la tristeza comienza Jesús á experimentar una grande angustia y afliccion de espíritu [3]. Pero Señor, ¿no sois

[1] Apparuit autem Angelus confortans eum. (*Luc.* XXII, *v.* 43).

[2] Confortatio dolorem non minuit, sed auxit.

[3] Coepit contristari et moestus esse. (*Matth.* XXVI, 37).

Vos el que dais á vuestros mártires una alegría tan grande en sus padecimientos, que llegan hasta menospreciar los tormentos y la muerte? San Agustin dice de san Vicente, que durante su martirio hablaba con tanta alegría, que parecia que uno padecia y que otro hablaba. Se cuenta de san Lorenzo que tostándole sobre las parrillas, era su consolacion tan grande, que insultaba al tirano y le decia: Vuélveme del otro lado, y come [1]. Y despues de esto, ¿cómo, ó Jesús mio, Vos que habeis dado á vuestros siervos tanta alegría en sus tormentos, habeis reservado para Vos una tristeza tan grande en los vuestros?

5. ¡Oh alegría del paraíso, que llenais de regocijo al cielo y á la tierra! ¿por qué os veo yo ahora tan afligido y tan triste, y os oigo decir que la tristeza que experimentais es capaz de daros la muerte [2]? ¡Oh Salvador mio! ¡ah! ya oigo que me respondeis, que no fueron tanto los dolores de vuestra pasion cuanto los pecados de los hombres, y los mios entre otros, los que en este momento os cau-

[1] Versa et manduca.

[2] Tristis est anima mea usque ad mortem. (*Marc.* XIV, 34).

saron un tan gran espanto de la muerte.

6. Cuanto mas amaba el Verbo eterno á su Padre, tanto mas aborrecia el pecado, del que conocia toda su malicia. Para borrar, pues, el pecado del mundo, y para no ver ya ofendido por él á su muy amado Padre, se habia hecho hombre, y se habia resuelto á sufrir una pasion y una muerte tan dolorosa. Mas, viendo asimismo que no obstante todos sus padecimientos habian de cometerse tantos nuevos pecados en el mundo, experimentó, dice santo Tomás, un dolor superior al que experimentaron jamás de sus propias faltas todos los penitentes [1]; un dolor que excedió á toda la pena con que puede ser afligido el corazon humano. La razon de esto es porque todos los padecimientos de los hombres están, al fin, mezclados de algun consuelo, mas el dolor de Jesús fue un dolor puro sin ningun lenitivo [2]. ¡Ah, si yo os amara, si yo os amara, ó Jesús mio! viendo todo lo que habeis sufrido por mí, me serian dulces todos los dolores, todos los oprobios y todos

[1] Excepit omnem dolorem cujuscumque contriti.

[2] Purum dolorem absque ulla consolationis permixtione expertus est. (*Contens.* 10, 2, *lib.* 10, *dis.* 4).

los malos tratamientos del mundo. Concededme por gracia vuestro amor, para que yo sufra con placer, ó al menos con paciencia, lo poco que Vos me hiciéreis padecer. No me hagais morir sin que os acredite mi reconocimiento por el exceso de vuestro amor. Yo propongo, en las tribulaciones que me enviáreis, deciros siempre: Jesús mio, yo abrazo esta pena por vuestro amor; yo quiero sufrirla por agradaros.

7. Se lee en la historia que algunos penitentes, ilustrados con una luz divina, murieron de dolor viendo la malicia de sus pecados. ¡Cuál deberia ser, pues, este suplicio para el corazon de Jesús, que veia todos los pecados del mundo, todas las blasfemias, todos los sacrilegios, todas las impurezas y todos los demás crímenes que habian de cometerse por los hombres despues de su muerte, viniendo á ser entonces cada uno de ellos como una bestia feroz que le desgarraba el corazon con un tormento particular! Esta es la razon por que nuestro Salvador, agonizando en el huerto, diria en su afliccion: ¿Tal es, ó hombres, la recompensa que habeis de darme por mi inmenso amor? ¡Ah! si yo viera que, penetrados de reconocimiento, habíais de dejar de pecar y empezar á amarme, ¡oh! ¡con cuánto gozo iria yo ahora á morir por vosotros! Pero al ver, despues de tantas penas mias, tantos pecados vuestros; despues de tanto amor, tanta ingratitud; esto es lo que me aflige, lo que me pone triste hasta la muerte, y lo que me hace sudar sangre. Y segun el Evangelista, este sudor fue tan copioso, que humedeció primero las vestiduras del Salvador, y despues regó con abundancia la tierra [1].

8. ¡Ah mi tierno Jesús mio! yo no percibo en este huerto ni azotes, ni espinas, ni clavos que rasguen todavía vuestra carne: ¿cómo, pues, os veo todo bañado de sangre desde la cabeza hasta los piés? Mis pecados, pues, fueron la cruel prensa, que á fuerza de afliccion y de tristeza hizo entonces brotar de vuestro corazon una tan grande abundancia de sangre. Yo fuí, pues, entonces, yo misma, uno de vuestros mas crueles verdugos, yo ayudé á atormentaros mas cruelmente con mis pecados; porque es muy cier-

[1] Et factus est sudor ejus sicut guttae sanguinis decurrentis in terram. (*Luc.* XXII, 44).

to que si yo hubiera pecado menos, Vos hubiérais sufrido entonces menos. Cuanto mas placer, pues, he tenido yo en ofenderos, tanto mas he aumentado en este momento la afliccion y las angustias de vuestro corazon. ¡Y cómo no me hace morir de dolor el pensamiento, de que yo he pagado el amor que me habeis manifestado en vuestra pasion aumentando vuestra tristeza y vuestros sufrimientos! ¡Yo, pues, he atormentado este corazon tan amable, tan tierno y que tanto me ha amado! Señor, puesto que ya no me queda en este momento otro medio de consolaros que el de afligirme por haberos ofendido, sí, Jesús mio, yo me aflijo de ello y me arrepiento de todo corazon. Dadme un dolor tan fuerte, que me haga llorar sin cesar hasta el último suspiro de mi vida las penas que os he causado, á Vos, Dios mio, mi amor y mi todo.

9. Sintiéndose Jesús rendido bajo el peso de la estrecha obligacion de satisfacer por todos los pecados del mundo, se prosterna con el rostro sobre la tierra [1], á fin de suplicar en favor de los hombres; como si tuviera ver-

[1] Procidit in faciem suam. (*Matth.* XXVI, 39).

güenza de levantar los ojos al cielo viéndose cargado con tantas iniquidades. ¡Ah mi Salvador! yo os veo todo pálido y sumergido en la tristeza por el exceso de vuestra pena. ¡Vos en las agonías de la muerte, y Vos suplicais [1]! Dios mio, decidme, ¿por quién suplicais? ¡Ah! en este momento no fue tanto por Vos como por mí por quien suplicábais, ofreciendo al Padre eterno vuestras poderosas súplicas, unidas á vuestros sufrimientos, para alcanzarme, miserable de mí, el perdon de mis ofensas [2]. ¡Oh Salvador mio! ¿cómo habeis podido amar tanto al que tanto os ha ofendido? ¿cómo habeis podido aceptar tantos padecimientos por mí, previendo desde entonces la ingratitud que yo habia de tener con Vos?

10. ¡Ah! haced que yo participe, mi buen Maestro, de aquel dolor que entonces sentísteis Vos de mis pecados; yo les tengo horror al presente, y reuno este mi horror al que Vos tuvísteis en el huerto. Yo os conjuro,

[1] Factus in agonia prolixius orabat. (*Luc.* XXII, 43).

[2] Qui in diebus carnis suae preces supplicationesque ad eum qui posset illum salvum facere à morte, cum clamore valido et lacrymis offerens, exauditus est pro sua reverentia. (*Hebr.* V, 7).

Salvador mio, que no mireis á mis pecados; el infierno seria demasiado poco para mí; considerad los padecimientos que por mí habeis sufrido. ¡Oh amor de mi Jesús! Tú eres el amor y la esperanza mia. Señor, yo os amo con toda mi alma, y quiero amaros siempre. ¡Ah! por los méritos de esta tristeza, de esta agonía que habeis sufrido en el huerto, dadme el fervor y aliento necesarios en todo lo que emprendiere por vuestra gloria. Por los méritos de vuestra agonía concededme fuerza para resistir á todas las tentaciones de la carne y del infierno. Dadme la gracia de resignarme siempre en vuestras disposiciones, y de repetir siempre con Jesucristo: Que no se haga mi voluntad, sino la vuestra [1]. *Amen.*

[1] Non quod ego volo, sed quod tu. (*Marc.* XIV, 36).

CAPÍTULO VII.

Del amor que Jesús nos ha testificado sufriendo tantos menosprecios durante su pasion.

1. Belarmino dice que los menosprecios y las ignominias causan mas pena á las almas grandes que los padecimientos del cuerpo [1]. Con efecto, si estos afligen la carne, aquellos afligen el alma, cuya pena es tanto mas grande, cuanto ella es mas noble que el cuerpo. Pero ¿quién jamás hubiera podido imaginarse, que el mas grande personaje del cielo y de la tierra, que el Hijo de Dios viniendo al mundo á hacerse hombre por amor á los hombres, habia de ser tratado con tantos menosprecios é injurias, como si fuera el último y mas vil de los mortales [2]? San Anselmo asegura que Jesucristo quiso sufrir tantas y tales afrentas, que ya no fuera posible ser mas humillado que lo fue en su pasion [3]. ¡Oh Rey del universo! Vos sois el mayor de

[1] Nobiles animi pluris faciunt ignominiam, quam doloris corporis.

[2] Vidimus eum despectum, et novissimum virorum. (*Isai.* LIII, 2, 3).

[3] Ipse tantum se humiliavit ut ultra non posset.

todos los reyes; pero habeis querido ser mas menospreciado que todos los hombres, para enseñarme á amar los menosprecios. Pues, ya que Vos habeis sacrificado vuestra honra por mi amor, yo quiero sufrir por vuestro amor todas las afrentas que se me hicieren.

2. Pero, ¡y qué suerte de afrentas no ha sufrido el Salvador en su pasion! Él se vió afrentado hasta por sus mismos discípulos; uno de ellos le hizo traicion y le vendió por treinta dineros; otro renegó de él por tres veces, protestando públicamente que no le conocia, y que se avergonzaba de haberlo antes conocido. Los demás discípulos, viéndolo preso y maniatado, huyen todos y le abandonan [1].

¡Oh Jesús abandonado! ¿quién, pues, tomará vuestra defensa si desde el principio de vuestra prision vuestros mas caros amigos se alejan y os desamparan? Mas ¡oh Dios! esta afrenta no se acabó con vuestra pasion. ¡Cuántas almas hay que despues de haberos seguido, despues de haber recibido de Vos gracias multiplicadas y señales especiales de

[1] Tunc discipuli relinquentes eum, omnes fugerunt. (*Marc.* XIV, 50).

vuestro amor, impulsadas por algun vil interés, ó por respetos humanos, ó por el amor de culpables placeres, llegan á seros ingratas y le abandonan! Quien se encuentre, pues, en el número de estos ingratos diga entre gemidos: ¡Ah mi tierno Jesús! perdonadme, yo no quiero abandonaros ya. Antes perder la vida y perderla mil veces, que perder vuestra gracia: ¡oh mi Dios, mi amor, mi todo!

3. Ved aquí á Judas que, llegando con los soldados al huerto, se adelanta, abraza á su Maestro y le besa. Jesús le permite este beso; mas conociendo su pérfido designio, no puede menos de quejársele á él mismo de esta negra traicion, y decirle: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre [1]? En el mismo instante los insolentes ministros de su crímen se precipitan sobre Jesús, le atan las manos á la espalda, y le aprisionan como á un malhechor [2].

Cielos, ¡qué es lo que veo! un Dios aprisionado! ¿y por quién? por los hombres, por unos gusanos de la tierra que él mismo ha

[1] Juda, osculo Filium hominis tradis? (*Luc.* XXII, 48).

[2] Ministri Judaeorum comprehenderunt Jesum et ligaverunt eum. (*Joan.* XVIII, 12).

criado. Ángeles del paraíso, ¿qué decís? y Vos, Jesús mio, ¿por qué os dejais atar? ¿Qué teneis Vos, pregunta san Bernardo, con las cadenas de los esclavos y de los criminales, Vos que sois el Santo de los santos, el Rey de los reyes y el Señor de los señores [1]?

Mas si los hombres os cargan de cadenas, ¿por qué no las rompeis, y os librais de los tormentos y de la muerte que estos hombres os preparan? Pero ya lo comprendo; no son, no, ó Maestro mio, esos cordeles los que os aprisionan, es solo el amor el que os cautiva y os fuerza á sufrir y morir por nosotros. ¡Oh amor divino! exclama san Lorenzo Justiniano, tú solo has podido aprisionar á un Dios y conducirle á la muerte por el amor de los hombres [2].

4. Mira, ó hombre, dice san Buenaventura, mira aquellos perros rabiosos que arrastran á Jesús, á este cordero mansísimo, que camina sin resistencia al matadero. Uno

[1] O Rex regum, ò Dominus dominantium! quid tibi et vinculis? (*De Curvit.*, c. 4).

[2] O caritas! quam magnum est vinculum tuum, quo Deus ligari potuit! (*De lig. vit.*, c. 6).

le coge, otro le ata, aquel le da empujones, este le hiere [1]. Condúcenle, pues, á nuestro dulce Salvador así maniatado, primero á la casa de Anás, y despues á la de Caifás, donde Jesús, interrogado por este mal hombre acerca de sus discípulos y de su doctrina, responde que él nada habia hablado en secreto, sino en público, y que los mismos que le cercaban sabian bien lo que habia enseñado [2]. Mas á esta respuesta uno de los criados, tratándole de descortés y atrevido, le da una gran bofetada [3]. «¡Oh Ángeles! exclama aquí «san Jerónimo, cómo callais? ¿Hasta ese «punto os ha asombrado y pasmado una tan «grande paciencia [4]?»

¡Ah mi buen Jesús! cómo, ¿una respuesta tan prudente y tan moderada merecia por ventura una afrenta tan grande en presencia

[1] Intuere, homo, canes illos trahentes, et agnum quasi ad victimam mansuetum sine resistentia sequi. Unus apprehendit, alius ligat, alius impellit, alius percutit. (*Medit.*).

[2] Ego palam locutus sum: ecce hi sciunt quid dixerim ego. (*Joan.* XVIII, 20, 21).

[3] Unus assistens ministrorum dedit alapam Jesu, dicens: Sic respondes Pontifici? (*Joan.* XVIII, 22).

[4] Angeli, quomodo siletis? Ad quid attonitos vos tenet tanta patientia? (*Hom.* 81 *in Joan.*).

de tantas gentes? El indigno pontífice, en vez de reprender á este atrevido criado por su insolencia, le alaba, ó al menos se lo aprueba con señas. Y Vos, Señor, lo sufrís todo para expiar las afrentas que yo miserable he hecho con mis pecados á la divina Majestad. Jesús mio, yo os doy gracias por ello. Padre eterno, perdonadme por los méritos de Jesús.

5. En seguida el inícuo pontífice le pregunta bajo de juramento si era verdaderamente el Hijo de Dios [1]. Jesús por respeto al nombre de Dios, afirma que así era; y rasgando entonces Caifás sus vestiduras, dice exclamando que ha blasfemado; y todos á la vez gritan que merecia la muerte [2]. Sí, con razon, ó Jesús mio, os declaran digno de muerte, puesto que habeis querido encargaros de satisfacer por mí que merecia la muerte eterna. Mas, si por vuestra muerte me habeis salvado la vida, justo es que yo emplee toda mi vida y aun la pierda por Vos si fue-

1 Adjuro te per Deum vivum, ut dicas nobis si tu es Christus Filius Dei. (*Matth.* XXVI, 63).

2 At illi respondentes, dixerunt: Reus est mortis. (*Ibid.*).

re menester. Sí, Jesús mio, yo no quiero vivir ya para mí, sino para Vos solo y para vuestro amor: venid en mi ayuda por vuestra gracia.

6. Entonces le escupieron en la cara, y le dieron de bofetadas [1]. Despues de haberle juzgado digno de muerte, y mirándole desde entonces como un hombre condenado al suplicio y declarado infame, aquella canalla se ocupó toda la noche en maltratarle, dándole bofetadas, puntapiés, arrancándole la barba, y aun escupiéndole en el semblante; y mofándose de él como de un falso profeta, le decian: Adivina, Cristo, quién te ha herido [2]. Nuestro Salvador habíalo ya predicho todo esto por Isaías: Yo he entregado mi cuerpo á los que me herian, y mis mejillas á los que me abofeteaban; no he desviado la cara de los que me injuriaban y me llenaban de salivas [3]. Segun san Jerónimo, dice el piadoso Taulero, no serán conocidas todas las

1 Tunc expuerunt in faciem ejus, et colaphis eum ceciderunt. (*Matth.* XXVI, 67).

2 Prophetiza nobis, Christe, quis te percussit? (*Ibid.*).

3 Corpus meum dedi percutientibus, et genas meas vellentibus; faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus. (*Isai.* L, 6).

penas y todos los insultos que Jesús sufrió en esta noche sino el dia del juicio universal. San Agustin, hablando de las ignominias sufridas por Jesús, dice: Si esta medicina no llega á curar el orgullo, ignoro lo que le curará [1]. ¡Ah mi Jesús! ¿cómo sois Vos tan humilde y yo tan orgulloso? Señor, ilustradme, haced-me conocer lo que Vos sois y lo que yo soy.

Entonces le escupieron en el semblante [2]. ¡Le escupieron! ¡oh Dios! ¡qué mayor ultraje que ser injuriado con esputos y salivas! El último de los escarnios, dice Orígenes, es ser escupido [3]. ¿En dónde se acostumbra escupir, sino en el lugar mas súcio? ¿Y Vos, Jesús mio, sufrís que se os escupa en el rostro? Hé aquí, pues, una turba inícua que os maltrata con bofetadas, que os ultraja con puntapiés, que os cubre de salivas la cara, que os hace todo cuanto quiere; ¡y Vos no desplegais los labios con amenazas ni reconvenciones [4]! No por cierto! sino que como un

[1] Haec medicina si superbiam non curat, quid eam curet nescio. (*Dom. 2 Quadr. serm.* 1).

[2] Tunc expuerunt in faciem ejus. (*Matth.* XXVI, 67).

[3] Ad extremam injuriam pertinet sputamenta accipere.

[4] Cum malediceretur non maledicebat, cum pateretur

cordero inocente, humilde y lleno de dulzura, lo sufre todo, aun sin quejarse, y todo lo ofrece á su Padre para alcanzarnos el perdon de nuestros pecados [1].

Meditando un dia santa Gertrudis acerca de las ignominias hechas á Jesús durante su pasion, prorumpió en alabanzas y bendiciones, y el Salvador se le manifestó tan contento de esto que se dignó darle amorosamente las mas tiernas gracias.

¡Ah! Maestro mio, objeto de tantos menosprecios! Vos sois el Rey del cielo, el Hijo del Altísimo; Vos no merecíais ser maltratado y ultrajado, sino adorado, amado y bendecido de todas las criaturas. Yo os adoro, yo os bendigo y doy gracias; yo os amo de todo mi corazon, y me arrepiento de haberos ofendido; ayudadme, tened piedad de mí.

7. Llegada ya la mañana, los judíos conducen á Jesús delante de Pilato para hacerle condenar á muerte; mas Pilato lo declara inocente [2]. Y á fin de librarse de la importu-

non comminabatur, tradebat autem judicanti se injuste. (*I Petr.* II, 23).

[1] Quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum. (*Isai.* LIII, 7).

[2] Nihil invenio causae in hoc homine. (*Luc.* XXIII, 4).

nidad de los judíos, que continuaban pidiendo la muerte del Salvador, lo remitió á Herodes. Herodes se gozó mucho de ver conducir á Jesucristo en su presencia, esperando que para librarse de la muerte haria delante de él alguno de los prodigios de que habia oido hablar; por eso le hizo muchas preguntas. Pero como no queria librarse de la muerte, y como este malvado no era digno de oir sus respuestas, Jesús guarda el mayor silencio y nada le responde. Entonces este rey soberbio con toda su corte, le hizo experimentar muchos desprecios; y haciéndole poner una vestidura blanca, para demostrar que lo consideraba como un estúpido y un insensato, lo volvió á remitir á Pilato [1]. El cardenal Hugo comenta así estas palabras: Burlándose de él como de un fatuo, le vistió con una túnica blanca [2]; y san Buenaventura: Le despreció como impotente, porque no hizo ningun milagro; como ignorante, porque no respondió ninguna palabra; como im-

[1] Sprevit autem illum Herodes cum exercitu suo, et illusit indutum veste alba, et remisit al Pilatum. (*Luc.* XXIII, 11).

[2] Illudens ei quasi fatuo, induit veste alba.

bécil y estólido, porque no se defendió [1]. ¡Oh Sabiduría eterna! ¡oh Verbo divino! ya no os faltaba otra afrenta que la de ser tratado de loco y privado del sentido comun! Tanto os estrechaba el deseo de nuestra salud, que por nuestro amor no solo quisísteis exponeros á los oprobios, sino hartaros de ellos, como lo habia profetizado Jeremías: Dará la mejilla al que le hiriere, será harto de oprobios [2]. Pero Señor, ¿cómo podeis tener tanto amor á los hombres, de quienes no habeis recibido sino ingratitudes y menosprecios? ¡Ay de mí! que yo soy uno de aquellos hombres que os han hecho mas ultrajes que Herodes! ¡Ah Jesús mio! no me castigueis como á Herodes, privándome del dulce sonido de vuestra voz. Herodes no os reconocia por lo que sois, mas yo os reconozco por mi Dios: Herodes no os amaba, pero yo os amo mas que á mí mismo. ¡Ah! no me negueis la voz de vuestras inspiraciones como por mis ofensas lo merezco. Decid qué es lo

[1] Sprevit illum tanquam impotentem, quia signum non fecit; tanquam ignorantem, quia verbum non respondit; tanquam stolidum, quia se non defendit.

[2] Dabit percutienti se maxillam, saturabitur opprobriis. (*Thren.* III, 30).

que Vos quereis de mí, porque con vuestra gracia todo lo quiero hacer.

8. Habiendo sido Jesús devuelto á Pilato, el gobernador lo presentó al pueblo para saber á cuál de los dos queria que se librase en aquella Pascua, si á Jesús, ó á Barrabás el homicida. Mas el pueblo gritó: No á este, sino á Barrabás [1]. Entonces Pilato les dijo: ¿Qué haré, pues, de Jesús [2]? Ellos respondieron: Que sea crucificado [3]. Pero, ¿qué mal ha hecho este inocente? Y ellos replicaron: Que sea crucificado [4]. Mas, ¡oh Dios! la mayor parte de los hombres continúa aun en el dia diciendo: No á este, sino á Barrabás [5], cuando prefieren un placer sensual, un punto de honor, un movimiento de cólera al mismo Jesús.

¡Ah mi divino Maestro! Vos sabeis muy bien que hubo un tiempo en que yo os he hecho la misma injuria, cuando os he pospuesto á mis malditos placeres. Jesús mio, perdonadme, que yo me arrepiento de lo pasado; en adelante quiero preferiros á Vos sobre otro cualquiera bien; yo estoy resuelto á morir mil veces antes que separarme de Vos. Concededme una santa perseverancia, concededme vuestro amor.

9. Mas adelante hablarémos de los demás ultrajes que el Salvador tuvo que sufrir hasta que al fin murió en la cruz [1]. Por ahora consideremos con cuánta exactitud se ha cumplido en nuestro Salvador lo que el Salmista habia predicho de él; á saber, que en su pasion vendria á ser el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe [2]: que moriria cubierto de ignominia, ajusticiado por mano del verdugo, sobre un madero infame, y puesto como un malhechor entre dos ladrones [3].

¡Oh Dios altísimo! exclama san Bernardo, Vos el último de los hombres! el Omnipotente hecho miserable! la gloria de los Ángeles hecho oprobio de los hombres [4]!

1 Non hunc, sed Barabbam. (*Joan.* XVIII, 40).
2 Quid igitur faciam de Jesu? (*Matth.* XXVII, 22).
3 Crucifigatur.
4 Crucifigatur. (*Matth.* XXVII, 22).
5 Non hunc, sed Barabbam.

1 Sustinuit crucem confusione contempta. (*Hebr.* XII, 2).
2 Ego autem sum vermis, et non homo; opprobrium hominum, et abjectio plebis. (*Psalm.* XXI, 7).
3 Et cum sceleratis reputatus est. (*Isai.* LIII, 12).
4 O novissimum et altissimum! ó humilem et sublimem! ó opprobrium hominum et gloriam angelorum!

10. ¡Oh gracia! ¡oh fuerza del amor de un Dios! continúa san Bernardo, ¿es así como el soberano Señor de todos los hombres viene á ser el último de todos ellos[1]? Y ¿quién ha hecho esto? añade el Santo, es el amor que Dios tiene á los hombres[2]. Dios ha hecho todo esto para mostrarnos cuánto nos ama, y para enseñarnos con su ejemplo á sufrir con paciencia los menosprecios y las injurias. Jesucristo ha padecido por vosotros, dice san Pedro, dejándoos su ejemplo, para que vosotros sigais sus huellas[3]. Preguntado san Eleázaro por su esposa cómo hacia para sufrir con tanta resignacion las injurias que se le hacian, respondió: Yo pongo la vista en Jesús menospreciado, y digo que las afrentas mias son nada en comparacion de las que él, siendo Dios, ha querido sufrir por mí. ¡Ah Jesús mio! y yo ¿cómo en vista de un Dios tan deshonrado por mi amor, no podré sufrir el mas pequeño menosprecio por vuestro

[1] O gratia! ò amoris vis! ita ne summus omnium imus factus est omnium?

[2] Quis hoc fecit? Amor.

[3] Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. (*I Petr*, II, 21).

amor? ¡Pecador y soberbio! ¿y de dónde, divino Maestro mio, puede venirme este orgullo? ¡Ah! por los méritos de las afrentas que Vos habeis pasado por mí, dadme la gracia de que yo sufra con paciencia y con alegría las afrentas y las injurias. Yo os prometo en adelante, con vuestra ayuda, de no dejarme llevar de ningun resentimiento, y de recibir con alegría todos los oprobios que puedan hacérsême. Yo, que he menospreciado á vuestra divina Majestad, y que he merecido los menosprecios del infierno, aun merecia seguramente otros mayores. Pero Vos, amabilísimo Redentor, me habeis hecho verdaderamente dulces y amables las afrentas, aceptando tantos menosprecios por mi amor. Además, propongo para agradaros, hacer todo el bien que pueda al que me menospreciare, ó al menos decir bien y rogar por él. Y desde este momento os suplico colmeis de gracias á todos aquellos de quienes he recibido alguna injuria. Yo os amo, bondad infinita, y quiero amaros siempre cuanto pudiere. *Amen*.

CAPÍTULO VIII.

Sobre la flagelacion de Jesucristo.

1. Entremos ya en el pretorio de Pilato, que ha llegado á convertirse este dia en horrible teatro de las ignominias y de los dolores de Jesús: veamos cuán injusto, ignominioso y cruel fue el suplicio que en él se ejecutó con el Salvador del mundo. Viendo Pilato que los judíos continuaban en sus conmociones y alborotos tumultuosos contra Jesús, este juez inícuo le condena á ser azotado [1]. El juez de iniquidad creyó que por este bárbaro medio le conciliaria la compasion de sus enemigos, y así le libraria de la muerte. Yo le haré, pues, castigar, dice, y le libertaré [2]. La flagelacion era un castigo reservado solo para los esclavos. Así pues, dice san Bernardo, nuestro amable Redentor no solo quiso tomar la forma de un esclavo para sujetarse á la voluntad de otro, sino tambien la de un mal esclavo para ser castigado con azotes, y

[1] Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum, et flagellavit. (*Joan.* XIX, 1).

[2] Corripiam ergo illum, et dimittam. (*Luc.* XXIII, 22).

pagar de este modo la pena merecida por el hombre hecho esclavo del pecado [1].

¡Oh verdadero Hijo de Dios, oh grande amigo de mi alma! ¿cómo Vos, Dios de una majestad infinita, habeis podido amar á un ser tan vil y tan ingrato como yo, hasta el punto de sujetaros á tantos padecimientos para librarme de las penas que me eran debidas? ¡Un Dios azotado! Mucho mas hay que admirarse de ver á un Dios sufrir la mas pequeña pena, que de ver aniquilar á todos los Ángeles y hombres. ¡Ah Jesús mio! perdonadme ahora las ofensas de que me he hecho culpable para con Vos, y castigadme despues como os agradare. Solo una cosa os pido, y es que yo os ame y que Vos me ameis, y con esto sufriré contento todas las penas que quisiéreis.

2. Llegado nuestro amable Salvador al pretorio, segun revelacion de santa Brígida, se desnuda él mismo de sus vestidos por mandado de los verdugos, abraza la columna, y despues extiende sus manos para ser atado en

[1] Non solum formam servi accipiens, ut subesset, sed etiam mali servi, ut vapularet, et servi peccati poenam solveret.

ella. ¡Oh Dios! ya comienza el cruel suplicio. ¡Oh Ángeles del cielo! venid á presenciar este doloroso espectáculo; y si no os es permitido librar á vuestro Rey del bárbaro ultraje que le preparan los hombres, venid por lo menos á llorar de compasion. Y tú, alma mia, imagínate que te hallas presente á este horrible suplicio de tu amantísimo Redentor. Mira como tu afligido Jesús sufre con la cabeza inclinada, los ojos fijos en la tierra, todo cubierto de vergüenza, aquel indigno tratamiento. Hé aquí que aquellos bárbaros, como otros tantos perros rabiosos, se arrojan armados de látigos sobre la inocente víctima. ¿Ves? el uno hiere el pecho; el otro las espaldas; este los costados; aquel las piernas. Pero ¿qué digo? ni aun su sagrada cabeza, ni su hermoso rostro son perdonados. ¡Ay de mí! Ya su sangre divina corre por todas partes: ya están llenas de sangre las disciplinas, las manos de los verdugos, la columna y hasta la misma tierra [1].

¡Ah crueles! ¿á quién os parece que ha-

[1] Laeditur, totoque flagris corpore laniatur; nunc scapulas, nunc crura caedunt; vulnera vulneribus, ac plagas plagis recentibus addunt. (*S. Petr. Dam.*).

beis apresado? ¡Deteneos, deteneos! sabed que estais engañados: este hombre á quien atormentais es un inocente, es un santo; á mí, que soy el culpable; á mí, que soy el que ha pecado, es á quien son debidos los azotes y los suplicios. Pero ¡ay! vosotros no me escuchais. Padre eterno, ¿cómo podeis permitir esta grande injusticia? ¿cómo podeis ver á vuestro muy amado Hijo sufrir así, y no socorrerle? Pues, ¿qué crímen ha cometido que por él merezca un castigo tan vergonzoso y tan cruel?

3. Es por los pecados de mi pueblo que yo le he castigado [1]. Yo sé bien, dice el Padre eterno, que este mi Hijo es inocente; mas puesto que se ha encargado de satisfacer á mi justicia por todos los pecados de los hombres, conviene que Yo le abandone al furor de sus enemigos. Así, ¡oh mi adorable Salvador! para expiar nuestros pecados, y especialmente los pecados de impureza, que son los mas comunes entre los hombres, Vos habeis querido que se rasgara vuestra carne virginal; quién, pues, no exclamará con san

[1] Propter scelus populi mei percussi eum. (*Isai.* LIII, 8).

Bernardo: ¡Oh caridad inefable del Hijo de Dios para con los pecadores [1]!

¡Oh Jesús azotado! yo os doy gracias por tanto amor, yo estoy penetrado de dolor, porque yo mismo con mis pecados he ayudado á azotaros. ¡Ah, cuántos años há que yo debería arder en el infierno! Pero ¿por qué me habeis esperado hasta aquí con tanta paciencia? Vos me habeis soportado tanto, á fin de que algun dia, vencido por todos estos excesos de amor, llegara yo á amaros dejando el pecado. Mi amantísimo Redentor, yo no quiero resistir mas á vuestro amor; yo quiero amaros en adelante todo cuanto pudiere; pero Vos conoceis mi debilidad, conoceis la perfidia de que me he hecho culpable para con Vos. Arrancad de mí todas las afecciones terrenas que me impiden el ser todo de Vos. Recordadme frecuentemente el amor que me habeis tenido, y la obligacion en que estoy de amaros. Yo pongo toda mi esperanza en Vos, mi Dios, mi amor, mi todo.

4. La sangre divina corre, exclama llorando san Buenaventura, los cardenales se añaden á los cardenales, las heridas á las he-

[1] O ineffabilem Filii Dei erga peccatores caritatem!

ridas [1]. Ya fluia de todas partes esta sangre divina, ya este cuerpo sagrado no era sino una llaga, y con todo aquellos furiosos no cesaban de añadir heridas sobre heridas, como lo habia predicho el Profeta [2]. Por último, los azotes no desgarraban ya solamente todas las partes del cuerpo, sino que arrancaban tambien grandes pedazos de carne que hacian saltar á lo léjos; y en fin las carnes fueron de tal suerte rasgadas que los huesos podian contarse [3]. Cornelio Alápide *(in capite* XXVIII *Matth.)* dice que en este tormento Jesucristo debia naturalmente morir; pero por su divina virtud quiso reservarse la vida, á fin de sufrir mayores penas aun por nuestro amor. Y antes que él habia dicho lo mismo san Lorenzo Justiniano [4].

¡Ah dulce Maestro mio! bien mereciais un amor infinito! ¡Vos no habeis padecido tan-

[1] Fluit regius sanguis, superadditur livor super livorem, fractura super fracturam.

[2] Et super dolorem vulnerum meorum addiderunt. (*Psalm.* LXVIII, 27).

[3] Concisa fuit caro ut ossa dinumerare possent. (*Cont.* loc. cit.).

[4] Debuit plane mori, sed tamen se reservavit ad vitam, volens graviora perferre.

to sino para que yo os ame! No permitais que en vez de amaros llegue jamás á ofenderos y á desagradaros. ¡Ay de mí! ¿habrá por ventura un infierno particular para castigarme á mí suficientemente, si despues de haber conocido el amor que me habeis tenido todavía me condeno miserablemente, con desprecio de un Dios menospreciado, abofeteado y azotado por mí, y que además me ha perdonado con tanta bondad despues de haberle yo ofendido tantas veces? ¡Ah Jesús mio, no lo permitais jamás! porque, ¡oh Dios! este mismo amor y la paciencia de que habeis usado conmigo serian para mí en el infierno otro infierno todavía mas espantoso.

5. Este suplicio de los azotes fue uno de los mas crueles para nuestro Redentor, bien considerado que los verdugos que le azotaron fueron en gran número; porque segun la revelacion hecha á santa Magdalena de Pazzi, no fueron aquellos menos de sesenta. (*In vita, c.* 6). Pues bien: incitados todos ellos por instigacion de los demonios, y aun mas por la de los sacerdotes, que temiendo que despues de este tormento pondria Pilato en libertad al Salvador, como lo habia prometi-

do [1], se empeñaron en hacerle espirar bajo los azotes. Además, todos los doctores convienen con san Buenaventura, en que aquellos malvados buscaron para esta ejecucion los instrumentos mas bárbaros, por manera que cada golpe hacia una llaga, como lo afirma san Anselmo, y las heridas llegaron á muchos millares; porque no le azotaron, como escribe el P. Grasset, segun la costumbre de los hebreos, á quienes el Señor habia prohibido exceder del número de cuarenta golpes [2], sino segun el uso de los romanos, que no tenian número fijo.

El mismo historiador Josefo, que vivió poco tiempo despues de Nuestro Señor, refiere que Jesús fue tan cruelmente descarnado en la flagelacion, que se le descubrieron las costillas; y esto mismo fue revelado á santa Brígida por la santísima Vírgen [3]. Á santa Teresa se le apareció Jesús azotado un dia en

[1] Corripiam ergo illum et dimittam. (*Luc.* XXIII, 22).

[2] Quadragenarium numerum non excedat, ne foede laceratus ante oculos tuos abeat frater tuus. (*Deut.* XXV, 3).

[3] Ego quae astabam, vidi corpus ejus flagellatum usque ad costas, ita ut costae ejus viderentur, et quod amarius erat, cum retraherentur flagella, carnes ipsius flagellis sulcabantur. (*Lib. I Revel.* c. 10).

la columna; y la Santa quiso que un pintor se lo dibujara tan exactamente como ella lo habia visto, y le dijo que sobre el costado izquierdo se representaba un gran pedazo de carne pendiente; mas preguntándole el pintor en seguida en cuál forma debia pintarlo, se volvió hácia el cuadro y halló el pedazo de carne ya formado. (*Cron. disc. tom.* 1, *c.* 14). ¡Oh mi amantísimo, mi adorable Jesús, cuánto habeis padecido por mi amor! ¡Ah, que tantos dolores, tanta sangre no sean perdidos para mí!

6. Mas por las Escrituras solas es fácil probar cuán inhumana fue la flagelacion de Jesucristo. Y con efecto, ¿por qué Pilato despues de los azotes lo mostró al pueblo diciendo: *¡Ecce homo, ved aquí el hombre!* sino porque nuestro Salvador estaba reducido á un estado tan lastimoso, que Pilato creyó que solo con verlo se moverian á compasion sus mismos enemigos, y no pedirian ya su muerte? ¿Por qué en el camino que Jesús anduvo despues hasta el Calvario, las hijas de Jerusalen le seguian llorando y lamentándose de él [1]? ¿Acaso porque estas mujeres se interesaban por él y le creian inocente? No, las mujeres ordinariamente participan de los sentimientos de sus maridos, y por eso ellas tambien quizá le juzgarian culpable; sino porque solo el ver á Jesús despues de la flagelacion movia á tanta compasion, que hasta se lamentaban los mismos que le aborrecian; véase por qué las mujeres de Jerusalen dejaban correr las lágrimas de sus ojos, y arrojaban tan sentidos suspiros. ¿Por qué tambien en el camino le quitaron los judíos la cruz de los hombros, y la hicieron llevar al Cireneo, segun la opinion mas probable y tan claramente apoyada en el texto de san Mateo [1] y de san Lucas [2]? ¿Acaso porque ellos se compadecian de él y querian aligerar su pena? De ningun modo, porque estos hombres inícuos le aborrecian, y trataban de hacerle padecer todo cuanto pudieran. Pero, como dice el beato Dionisio Cartujano, te-

[1] Sequebatur autem illum multa turba populi et mulierum, quae plangebant et lamentabantur eum. (*Luc.* XXIII, 27).

[1] Hunc angariaverunt ut tolleret crucem ejus. (*Matth.* XXII, 32).

[2] Et imposuerunt illi crucem portare post Jesum (*Luc.* XXVII, 26).

mian que se les muriera en el camino [1]. Veian que nuestro Salvador habia perdido cási toda su sangre en la flagelacion; y que estaba tan agotado de fuerzas que apenas podia sostenerse sobre sus piés, y andaba cayéndose en el camino bajo el peso de la cruz, por manera que á cada paso parecia estar, por decirlo así, en el momento de rendir la vida. Por eso, con el fin de conducirle vivo al monte Calvario y de verle morir en cruz, como ellos habian resuelto, para que su nombre quedase infamado por siempre: Arranquémosle, decian segun la prediccion del Profeta [2], arranquémosle de la tierra de los vivientes, y que su nombre quede olvidado para siempre; por eso obligaron á Simon Cireneo á llevar su cruz.

¡Ah Señor! ¡cuán grande es mi gozo al ver lo que me habeis amado, y al saber que ahora mismo me conservais el propio amor que me tuvísteis al tiempo de vuestra pasion! Mas tambien ¡cuán grande es mi dolor al pen-

[1] Timebant ne morereturin via. (*In cap.* XXIII *Luc.*).
[2] Eradamus eum de terra viventium, et nomen ejus non memoretur amplius. (*Jerem.* XI, 19).

sar que yo he ofendido tantas veces á un Dios tan bueno! Por los méritos de vuestra flagelacion ¡oh mi Jesús! os pido perdon. Me arrepiento del pecado mas que todo otro mal, y estoy resuelto á morir antes que ofenderos jamás. Perdonadme todas las injurias que os he hecho, y concededme la gracia de amaros siempre en adelante.

7. El profeta Isaías nos ha pintado mas claramente que otro ninguno el estado lamentable á que muy de antemano veia reducido nuestro Redentor. Él dijo que por los tormentos de su pasion su carne santísima no solo seria desgarrada, sino destrozada ó partida en pequeños pedazos [1]. Así que, el Padre eterno, continúa el mismo Profeta, para dar á su justicia una mas cumplida satisfaccion, y para hacer comprender á los hombres la suma deformidad del pecado, no quiso darse por satisfecho mientras no vió á su Hijo despedazado, y cási espirando con los azotes [2]. De suerte que el sagrado cuerpo de

[1] Ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra. (*Isai.* LIII, 5).
[2] Et Dominus voluit conterere eum in infirmitate. (*Isai.* LIII, 10).

Jesús debia llegar á ser, como el de un leproso herido de la mano de Dios, una sola llaga desde los piés á la cabeza [1].

¡Oh Jesús todo cubierto de llagas! ved aquí el estado á que os han reducido nuestras iniquidades! ¡Oh buen Jesús, exclama san Bernardo, nosotros hemos pecado, y Vos sois el castigado [2]! Para siempre sea bendecida vuestra inmensa caridad, y Vos mismo seais amado como lo mereceis de todos los pecadores, y en particular de mí que os he menospreciado mas que todos ellos.

8. Jesús azotado se apareció un dia á sor Victoria Angelini, y mostrándole su cuerpo todo rasgado, le dijo: Victoria, todas estas llagas solo demandan vuestro amor. Amemos, pues, al Esposo, dice amorosamente san Agustin, porque cuanto mas desfigurado nos parece, tanto mas digno se ha hecho del amor y ternura de la esposa [3]. Sí, mi dulce Salvador, yo os veo todo afeado y cubierto de llagas. Yo contemplo vuestro hermoso rostro; mas ¡oh Dios! ya no me parece bello, sino horrible, cárdeno, y todo súcio de sangre y de salivas [1]. Pero tambien, cuanto mas afeado os miro ¡oh Señor mio! tanto mas hermoso y mas amable me pareceis. ¿Y qué otra cosa son con efecto todas estas llagas que os desfiguran, sino otras tantas señales de la ternura de vuestro amor?

Yo os amo, Jesús mio, cubierto de llagas y desgarrado por mí. Yo tambien quisiera verme desgarrado por Vos, como tantos mártires que tuvieron esta dicha. Mas si al presente yo no puedo ofreceros ni llagas ni sangre, os ofrezco por lo menos todas las contradicciones que me sucedieren; yo os ofrezco todo mi corazon, y quiero amaros lo mas tiernamente que pudiere. ¿Y qué otra cosa debe amar en adelante mi alma con mas ternura, sino á un Dios azotado y desangrado por mí? Yo os amo ¡oh Dios de amor! yo os amo, bondad infinita! yo os amo y no quiero cesar de decir en esta vida y en la otra: Yo os amo, yo os amo. *Amen.*

[1] Et nos putavimus eum quasi leprosum et percussum à Deo. (*Ibid.* 24).

[2] O bone Jesu! nos peccavimus, et tu luis. (*S. Bern.*).

[3] Amemus sponsum, et quanto nobis deformis commendatur, tanto charior et tanto dulcior factus est sponsae.

[1] Non est ei species, neque decor; et vidimus eum, et non erat aspectus. (*Isai.* LIII, 2).

CAPÍTULO IX.

De la coronacion de espinas.

1. Mientras que rendidos ya los soldados continuaban azotando cruelmente al inocente Cordero, se refiere que uno de los asistentes se acercó á ellos, y tuvo valor suficiente para decirles : Vosotros no tenéis órden de hacer morir á este hombre, como parece lo intentais. Y al mismo tiempo cortó los cordeles con que el Salvador estaba atado [1]. Esta particularidad fue revelada á santa Brígida. Mas, apenas se acabó la flagelacion, incitados aquellos bárbaros verdugos por las instigaciones, y corrompidos con el oro de los judíos, como lo asegura san Crisóstomo, hacen sufrir al Salvador un tormento de nuevo género. Hé aquí, pues, que los soldados le desnudan otra vez de sus vestidos, y tratándole como á un rey de comedia, le arrojan sobre las espaldas un vestido de púrpura,

[1] Tunc unus concitato in se spiritu quaesivit : Numquid interficietis eum sic injudicatum ? Et statim secuit vincula ejus. (*Lib. I Revel. c.* 11).

que no era otra cosa que un pedazo rasgado de la capa llamada clámide, que usaban los soldados romanos, y le ponen en la mano una caña á modo de cetro, y un manojo de espinas sobre la cabeza en figura de corona [1].

¡Ah Jesús mio! pues qué ¿no sois Vos el verdadero Rey del cielo y de la tierra? ¿Y cómo habeis llegado á ser un rey de dolores y de oprobios? ¡Ved aquí, pues, á dónde os ha conducido el amor! ¡Oh Dios infinitamente amable! ¿cuándo llegará el dia en que yo me una con Vos de tal modo que nada pueda ya separarme de Vos ni pueda dejar de amaros? ¡Ay! Señor, mientras yo vivo en la tierra, siempre estoy en peligro de volveros la espalda, y de rehusaros mi amor, como desgraciadamente lo he hecho hasta aquí. ¡Ah Jesús mio! si Vos veis que conservándome la vida he de caer en esta espantosa desgracia, hacedme morir en este momento en el que creo estar en vuestra gracia. Por vues-

[1] Tunc milites praesidis suscipientes Jesum in praetorium, congregaverunt universam cohortem : et exuentes eum, chlamydem coccineam circumdederunt ei ; et plectentes coronam de spinis, posuerunt super caput ejus, et arundinem in dextera ejus. (*Matth.* XXVII, 27, 28, 29).

tra pasion os conjuro que no me dejeis expuesto á caer en un tan gran mal. Yo lo merezco seguramente por mis pecados; mas Vos no lo mereceis: escoged para mí cualquier otro castigo, menos este. No, Jesús mio, yo no quiero verme separado ya mas de Vos.

2. Y haciendo una corona con las espinas, se la pusieron sobre su cabeza [1]. El devoto Lanspergio observa con mucha razon que este suplicio de las espinas fue excesivamente doloroso; porque atravesaron por todas partes la sagrada cabeza del Señor, que es la parte mas sensible, como que de la cabeza descienden todos los nervios y todas las sensaciones; y porque este tormento fue el mas largo de su pasion, puesto que Jesús llevó hasta la muerte estas crueles espinas clavadas en la cabeza. Cada vez que se tocaban estas ó su cabeza, se le renovaban todos los dolores. Segun el comun sentir de los autores, y particularmente de san Vicente Ferrer, la corona fue hecha de muchos ramos de espinas entrelazados y dispuestos en forma de capillo ó redecilla; por manera que segun la

[1] Et plectentes coronam de spinis, posuerunt super caput ejus. (*Matth.* XXVII, 29).

revelacion hecha á santa Brígida, cubria toda la cabeza y descendia hasta la mitad de la frente [1]. Y segun dice san Lorenzo Justiniano con san Pedro Damiano, las puntas de las espinas eran tan largas que penetraron hasta el cerebro [2]. Y el mansísimo Cordero lleno de dulzura se dejaba atormentar á gusto de ellos sin articular una sola palabra, y sin dar un solo grito: sino que cerrando los ojos por el exceso del dolor, lanzaba frecuentemente agudos suspiros, como un hombre que se halla en la tortura á punto de espirar, como le fue revelado á la bienaventurada Águeda de la Cruz [3]. La cantidad de sangre que corria de las heridas de su cabeza por sus cabellos, ojos y barba era tanta, que su semblante parecia todo de sangre, segun la revelacion de santa Brígida [4]. Y san Buenaventura añade, que no era ya aquel hermoso rostro del Se-

[1] Corona spinea capiti ejus arctissime posita fuit, quae medium frontis descendebat. (*Lib. IV Revel. c.* 70).

[2] Spinae cerebrum perforantes. (*D. Laur. Just. de triumph. Chr. c.* 14).

[3] Saepius oculos clausit, et acuta edidit suspiria quasi morituri.

[4] Plurimis rivis sanguinis decurrentis per faciem ejus, et crines, et oculos, et barbam replentibus, nihil nisi sanguis totum videbatur. (*Lib. IV Revel. c.* 70).

ñor el que se veia, sino el de un hombre desollado [1].

¡Oh amor divino! exclama aquí Salviano, yo ignoro cómo pueda llamaros, si dulce, ó cruel; pues que Vos pareceis ser al mismo tiempo uno y otro [2]. ¡Ah Jesús mio, sí, el amor os ha hecho para nosotros la misma dulzura, abrasándoos en un amor tan apasionado por nuestras almas; mas tambien os ha hecho cruel para Vos, haciéndoos padecer tormentos tan espantosos. Vos quisísteis ser coronado de espinas para alcanzarnos una corona de gloria en el cielo [3]. ¡Oh Salvador mio dulcísimo! yo espero ser vuestra corona en el paraíso despues de haberme salvado por los méritos de vuestros dolores: yo bendeciré allí eternamente vuestro amor y vuestras misericordias [4].

3. ¡Ah espinas crueles, ingratas criaturas! ¿por qué atormentais así á vuestro Cria-

1 Non amplius facies Domini Jesu, sed hominis excoriati videretur.

2 O amor! quid te appellem nescio: dulcem an asperum! utrumque esse videris. (*Epist.* 1).

3 Coronatus est spinis, ut nos coronemur corona danda electis in patria. (*B. Dion. Cart.*).

4 Misericordias Domini in aeternum cantabo. (*Psalm.* LXXXVIII, 2).

dor? Mas ¿por qué, dice san Agustin, dirigir estas reconvenciones á las espinas? Ellas no fueron sino unos instrumentos inocentes; nuestros pecados, nuestros malos pensamientos, hé aquí las espinas malditas que hirieron la cabeza de Jesucristo [1]. Un dia que se apareció Jesús coronado de espinas á santa Teresa, se puso esta á llorar compadeciéndose de sus tormentos; mas el Señor le dijo: Teresa, no te lamentes por causa de las heridas que me hicieron las espinas de los judíos, sino mas bien por las heridas que me hicieron los pecados de los cristianos.

¡Oh alma mia! tú tambien atormentaste entonces la venerable cabeza de tu Redentor con tantos malos pensamientos en que has consentido. Abre ya tus ojos, y mira y llora amargamente el resto de tu vida el mal que has hecho abandonando con tanta ingratitud á tu Señor y tu Dios [2]. ¡Ah Jesús mio! Vos no merecíais ser tratado por mí como yo os he tratado. Yo he hecho mal, yo me he engañado, mi corazon siente ya el mayor pesar;

1 Spinae quid nisi peccata?

2 Scito, et vide quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum. (*Jer.* II, 19).

perdonadme y dadme un dolor tan grande que me haga llorar toda la vida mis injusticias para con Vos. Jesús mio, Jesús mio, perdonadme, porque ya quiero amaros siempre.

4. Y doblando la rodilla delante de él, se le burlaban diciendo: Dios te salve, rey de los judíos; y escupiéndole, tomaron una caña y con ella le herian en la cabeza [1]. San Juan añade: Y ellos le daban bofetadas [2]. Despues que aquellos bárbaros hubieron colocado sobre la cabeza de Jesús esta cruel corona, no les bastó apretarla con todas las fuerzas de sus manos, sino que se valieron de una caña como de martillo para introducir mas y mas las espinas; y en seguida comenzaron á mofarse de él, como de un rey de teatro, saludándole primero con la rodilla doblada, rey de los judíos; y levantándose despues le escupian en la cara y le daban bofetadas, con gran gritería y carcajadas de menosprecio. ¡Oh Jesús mio! ¿á qué estado tan lastimoso os habeis reducido? Si en este mo-

[1] Et genuflexi ante eum illudebant ei, dicentes: Ave, Rex Judaeorum, et expuentes in eum, acceperunt arundinem, et percutiebant caput ejus. (*Matth.* XXVII, 29, 30).

[2] Et dabant ei alapas. (*Joan.* XIX, 3).

mento hubiera casualmente pasado alguno por allí, y hubiese visto á Jesucristo tan agotado de sangre y de fuerzas, cubierto con aquel harapo encarnado, con aquel nuevo cetro en la mano, con aquella corona en la cabeza, y abofeteado y maltratado de este modo por aquel populacho; ¿por quién le hubiera tenido, sino por el hombre mas vil y mas malvado del mundo? ¡Ved aquí, pues, al Hijo de Dios hecho en este momento el oprobio de Jerusalen! ¡Oh hombres! exclama aquí el bienaventurado Dionisio Cartujano, si no queremos amar á Jesucristo solo porque es bueno y porque es Dios, amémosle al menos por tantas penas como ha sufrido por nosotros [1]. ¡Ah mi tierno Salvador! recibid á un siervo rebelde que os ha abandonado, pero que arrepentido ahora se vuelve á Vos. Cuando yo huia de Vos, y menospreciaba vuestro amor, Vos no dejábais por eso de venir tras de mí para atraerme á Vos; por lo mismo, pues, no puedo temer que me desecheis ahora que os busco, que os estimo y que os amo

[1] Si non amamus eum quia bonus, quia Deus, saltem amemus quoniam tanta pro nostra salute perpessus est. (*In cap.* XVII *Matth.*).

mas que á ninguna otra cosa; dadme á conocer lo que debo hacer para agradaros, porque estoy dispuesto á todo. ¡Oh Dios, que sois el mismo amor! yo quiero amaros verdaderamente, y no quiero desagradaros ya mas. Ayudadme con el auxilio de vuestra gracia, no permitais que jamás os abandone. María, esperanza mia, rogad á Jesús por mí. *Amen.*

CAPÍTULO X.

Del Ecce Homo.

Viendo Pilato al Salvador reducido á un estado tan digno de compasion, pensó que solo su vista enterneceria á los judíos; le condujo, pues, á una especie de galería ó balcon, levantó el pedazo de púrpura que le cubria, y mostrando al pueblo el llagado y despedazado cuerpo de Jesús, les dice: ¡Ved aquí el Hombre[1]! como si hubiera querido decir: Ved aquí el hombre á quien acusábais ante mí de que pretendia hacerse rey; por daros gusto lo he condenado, aunque inocente, á ser vilmente azotado [2]. Vedle aquí reducido ahora á tal estado que se asemeja á un hombre desollado, y que apenas puede ya vivir. Si no obstante pretendeis que le condene á muerte,

[1] Exivit iterum Pilatus foras, et dixit eis: Ecce adduco vobis eum foras, ut cognoscatis quia nullam invenio in eo causam. Exivit ergo Jesus portans coronam spineam et purpureum vestimentum, et dixit eis: Ecce Homo! (*Joan.* XIX, 4, 5).

[2] Ecce Homo non clarus imperio, sed plenus opprobrio. (*S. Aug. Tract.* XVI *in Joan.*).

mas que á ninguna otra cosa; dadme á conocer lo que debo hacer para agradaros, porque estoy dispuesto á todo. ¡Oh Dios, que sois el mismo amor! yo quiero amaros verdaderamente, y no quiero desagradaros ya mas. Ayudadme con el auxilio de vuestra gracia, no permitais que jamás os abandone. María, esperanza mia, rogad á Jesús por mí. *Amen.*

CAPÍTULO X.

Del Ecce Homo.

Viendo Pilato al Salvador reducido á un estado tan digno de compasion, pensó que solo su vista enterneceria á los judíos; le condujo, pues, á una especie de galería ó balcon, levantó el pedazo de púrpura que le cubria, y mostrando al pueblo el llagado y despedazado cuerpo de Jesús, les dice: ¡Ved aquí el Hombre[1]! como si hubiera querido decir: Ved aquí el hombre á quien acusábais ante mí de que pretendia hacerse rey; por daros gusto lo he condenado, aunque inocente, á ser vilmente azotado [2]. Vedle aquí reducido ahora á tal estado que se asemeja á un hombre desollado, y que apenas puede ya vivir. Si no obstante pretendeis que le condene á muerte,

[1] Exivit iterum Pilatus foras, et dixit eis: Ecce adduco vobis eum foras, ut cognoscatis quia nullam invenio in eo causam. Exivit ergo Jesus portans coronam spineam et purpureum vestimentum, et dixit eis: Ecce Homo! (*Joan.* XIX, 4, 5).

[2] Ecce Homo non clarus imperio, sed plenus opprobrio. (*S. Aug. Tract.* XVI *in Joan.*).

os digo que yo no puedo hacerlo, porque no encuentro razon alguna para condenarle. Pero los judíos, viendo á Jesús tan maltratado, se enfurecieron todavía mas y pidieron su muerte de cruz [1]. Conociendo, pues, Pilato que no se aplacaban, se lavó las manos á vista del pueblo, diciendo: Yo soy inocente de la sangre de este justo: allá os lo veréis [2]. Y ellos respondieron: Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos [3].

¡Oh mi amantísimo Salvador! Vos sois el mayor de todos los reyes, mas ahora os veo el mas indignamente vilipendiado de todos los hombres. Si este pueblo ingrato no os conoce, yo os reconozco y os adoro como mi verdadero Rey y Señor; yo os doy gracias, ¡oh Redentor mio! por todos los ultrajes que habeis sufrido por mí, yo os pido me hagais amar los menosprecios y sufrimientos, puesto que Vos los habeis abrazado con tanto afecto. Yo me sonrojo de haber hasta aquí amado de tal

[1] Cum ergo vidissent eum Pontifices et ministri, clamabant dicentes: Crucifige eum. (*Joan.* XIX, 6).

[2] Innocens ego sum à sanguine justi hujus: vos videritis. (*Matth.* XXVII, 24).

[3] Sanguis ejus super nos et super filios nostros. (*Matth.* XXVII, 25).

suerte los placeres y los honores, que por ellos haya llegado tantas veces á renunciar de vuestra gracia y de vuestro amor: yo me arrepiento de esto mas que de todo otro mal: yo abrazo, Señor, todas las cruces, todas las afrentas que me vinieren de vuestra mano. Concededme la virtud de la resignacion, de que tengo tanta necesidad: yo os amo, mi Jesús, mi amor y mi todo.

2. Mas como Pilato desde el balcon mostraba á Jesús al pueblo, así tambien el Padre eterno desde el cielo nos mostraba al mismo tiempo á todos nosotros su muy amado Hijo, diciéndonos igualmente: ¡Ved aquí el Hombre! ¡Ved aquí este hombre que es mi Hijo único, á quien yo amo tanto como á mí mismo [1]! Ved aquí el hombre, á vuestro Salvador, tan frecuentemente prometido por mí, y tan impacientemente esperado por vosotros. Ved aquí el hombre mas noble y mas hermoso de todos los hombres, hecho un varon de dolores; vedle aquí, ved á qué estado tan lamentable se ha reducido por amor vuestro, y para ser, al menos por compasion, amado de

[1] Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui. (*II Petr.* I, 17).

vosotros. Miradle por merced y amadle, y si sus divinas cualidades nada os mueven, que por lo menos estos dolores é ignominias que padece por vosotros os exciten á amarle.

¡Ah! Dios mio y Padre de mi Redentor, yo amo á vuestro querido Hijo que tanto sufre por mi amor; y os amo tambien á Vos, que con tanto amor le habeis entregado por mí á tantos padecimientos. ¡Ay! Yo os suplico que no mireis ya á mis pecados con los que tantas veces he ofendido á Vos y á vuestro Hijo; mirad á este vuestro Hijo único [1], cubierto de llagas y de oprobios para expiar mis iniquidades, y en nombre de sus méritos perdonadme, y no permitais que yo os ofenda ya jamás. Que la sangre de este Hombre que os es tan amado, que os ruega por nosotros y os pide misericordia, descienda sobre nuestras almas [2], y nos alcance vuestra gracia. ¡Oh mi Señor y mi Dios! yo maldigo todos los disgustos que os he dado, y os amo, bondad infinita, mas que á mí mismo. Por el amor de este vuestro Hijo concededme vuestro amor, el que me haga triunfar de todas

[1] Respice in faciem Christi tui. (*Psalm.* LXXXIII, 10).
[2] Sanguis ejus super nos. (*Matth.* XXVII, 28).

mis pasiones y sufrir toda especie de penas antes que desagradaros.

3. Hijas de Sion, salid y ved á vuestro rey Salomon con la diadema que le ha ceñido su madre en el dia de sus desposorios y en el dia de gozo para su corazon [1]. Salid, ¡oh almas rescatadas, hijas de la gracia! salid para ver á vuestro Rey lleno de dulzura en el dia de su muerte, que es el dia de su alegría, porque en él os ha hecho esposas suyas dando por vosotras su vida sobre la cruz; coronado por la ingrata Sinagoga, su madre, con una corona, no ciertamente de gloria, sino de dolor y de ignominia. Salid, dice san Bernardo, y ved á vuestro Rey con la corona de la pobreza y de la miseria [2]. ¡Oh el mas hermoso de todos los hombres! ¡oh el mejor de todos los esposos! ¿cómo os veo yo todo cubierto de heridas y de oprobios? Vos sois nuestro Esposo; pero esposo de sangre [3],

[1] Egredimini et videte, filiae Sion, regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius, et in die laetitiae cordis ejus. (*Cant.* III, 11).
[2] Egredimini et videte Regem vestrum in corona paupertatis et miseriae. (*Serm. III de Epiph.*).
[3] Sponsus sanguinum tu mihi es. (*Exod.* IV, 25).

pues que por medio de vuestra sangre y de vuestra muerte, os habeis querido desposar con nuestras almas. Vos sois nuestro Rey, pero rey de dolor y rey de amor, puesto que á fuerza de tormentos habeis querido conquistar nuestro amor.

¡Oh Esposo amantísimo de mi alma, que yo me acuerde siempre de todo lo que Vos habeis sufrido por mí, para que no cese jamás de amaros y de agradaros! Tened piedad de mí, que tanto os he costado: por premio de todo lo que habeis padecido por mí contentaos de mi amor; yo os amo, pues, amabilidad infinita, yo os amo mas que á todas las cosas, pero con todo eso yo os amo poco. Mi muy amado Jesús, dadme mas amor si quereis ser mas amado de mí. Miserable pecador como soy, yo deberia arder en el infierno desde el momento en que os ofendí mortalmente; mas Vos me habeis sufrido hasta ahora, porque no quereis que me abrase en aquellas infelices llamas de dolor, sino mas bien en las dichosas llamas de vuestro amor. Este pensamiento, ¡oh Dios de mi alma! me inflama del todo en el deseo de hacer cuanto pudiere para agradaros. Ayudad-

me, Jesús mio, y pues que ya habeis hecho tanto, acabad vuestra obra, haced que yo sea todo para Vos.

4. Entre tanto, los judíos continuando en insultar al gobernador gritaban: Quítalo, quítalo, crucifícalo; y Pilato les dice: ¡Quereis que crucifique á vuestro rey! Mas ellos responden: Nosotros no tenemos otro rey que al César [1]. Tambien los mundanos, que mas que todo aman las riquezas, los honores y los placeres de la tierra, niegan á Jesús por su rey, porque Jesús en este mundo no fue rey sino de la pobreza, de las humillaciones y de los dolores. Pero si ellos os niegan, ¡oh Jesús mio! nosotros os elegimos por nuestro único rey; y protestamos que no tendrémos otro rey que á Jesús [2]. Sí, amable Salvador, Vos sois mi rey [3]. Vos sois y habeis de ser siempre mi único Señor.

Con razon decimos que Vos sois el verdadero rey de nuestras almas, porque las habeis criado y rescatado de la esclavitud de

[1] Tolle, tolle, crucifige eum. — Regem vestrum crucifigam? — Non habemus regem nisi Caesarem. (*Joan.* XIX, 15).

[2] Non habemus regem nisi Jesum.

[3] Rex meus es tu.

Lucifer. Dominad, pues, y reinad siempre en nuestros pobres corazones; que ellos os sirvan siempre y os obedezcan [1]. Sirvan otros á los monarcas de la tierra con la esperanza de alcanzar los bienes de este mundo; que nosotros no queremos servir sino á Vos, Rey paciente y menospreciado, con la sola esperanza de agradaros y sin ninguna consolacion terrena. En adelante los sufrimientos y los oprobios nos serán ya gratos, puesto que Vos habeis querido padecerlos en tanto número por nuestro amor. Nosotros os lo pedimos, concedednos la gracia de seros fieles, y para ello otorgadnos el gran don de vuestro amor. Si nosotros os amamos, amarémos tambien los menosprecios y los sufrimientos que Vos habeis amado tanto, y no os pedirémos otra cosa que la que os pedia vuestro fiel y devoto siervo san Juan de la Cruz: Señor, sufrir y ser menospreciado por Vos [2]. María, madre nuestra, interceded por nosotros. *Amen.*

[1] Adveniat regnum tuum.

[2] Domine, pati et contemni pro te: Domine, pati et contemni pro te.

CAPÍTULO XI.

De la sentencia de muerte contra Jesucristo, y de su camino hasta el Calvario.

1. Pilato continuaba resistiéndose contra los judíos, y diciéndoles que él no podia condenar á muerte á este inocente; mas ellos le aterraron con esta sola palabra: Si tú le perdonas, no eres amigo del César [1]. Por eso este desgraciado juez sobrecogido del temor de perder la benevolencia del César, despues de haber reconocido y tantas veces declarado inocente á Jesucristo, le condena, en fin, á morir en la cruz [2]. ¡Oh mi amabilísimo Redentor! dice aquí suspirando san Bernardo, ¿y qué crímen habeis cometido para merecer ser condenado á muerte, y muerte de cruz [3]? Mas ya entiendo, responde el Santo, la causa de vuestra muerte: ya conozco el crímen que habeis cometido. Vuestro crímen es el dema-

[1] Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris. (*Joan.* XIX, 12).

[2] Tunc ergo tradidit eis illum, ut crucifigeretur. (*Joan. ib.* 16).

[3] Quid fecisti innocentissime Salvator, ut sic judicareris? quid commisisti?

siado amor que teneis á los hombres [1]; este es y no Pilato el que os condena á morir. No, yo no veo, añade san Buenaventura, otra causa fundada de vuestra muerte, ¡oh Jesús mio! que el amor excesivo que me habeis tenido [2]. ¡Ah! que un tal exceso de amor, repite san Bernardo, nos fuerce, ¡oh Dios abrasado de amor! á consagraros todas las afecciones de nuestros corazones [3]! ¡Oh mi tierno Salvador! el solo pensamiento de que Vos me amais debiera hacerme vivir olvidado de todo lo demás, para no pensar sino en amaros y complaceros en todo. Si el amor es fuerte como la muerte [4], concededme por gracia, ¡oh Maestro mio! en el nombre de vuestros merecimientos, un amor tan grande que me haga aborrecer todas las afecciones terrenas. Hacedme comprender bien que toda mi felicidad consiste en agradaros, ó Dios, todo bondad y todo amor. ¡Maldito sea el tiempo en que yo no os he amado! Yo os doy gracias por el que todavía me concedeis para

[1] Peccatum tuum est amor tuus.

[2] Non video causam mortis, nisi superabundantiam caritatis.

[3] Talis amor amorem nostrum omnino sibi vindicat.

[4] Fortis ut mors dilectio. (*Cant.* VIII, 6).

amaros. Yo os amo, Jesús mio, infinitamente amable é infinitamente amante, yo os amo con todas mis fuerzas, yo os protesto que deseo morir mil veces antes que dejar jamás de amaros.

2. Intímase la inícua sentencia de muerte al ya condenado Jesús: él la oye y la acepta sin ninguna emocion. No se queja de la injusticia del juez: no apela al César, como hizo san Pablo; sino que, lleno de dulzura y resignacion, se somete á la órden del eterno Padre, que le condena á la cruz por nuestros pecados [1]. Y por el grande amor que tiene á los hombres, se alegra de morir por nosotros [2].

¡Oh mi compasivo Redentor, cuán agradecido os estoy! y ¡cuán obligado! Yo deseo, Jesús mio, morir por Vos, ya que con tanto amor Vos habeis aceptado la muerte por mí. Mas, si no me es concedido daros mi sangre y mi vida por mano del verdugo, como á los mártires, acepto por lo menos con resigna-

[1] Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. (*Philip.* II, 8).

[2] Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis. (*Ephes.* V, 2).

XLV.

cion la muerte que me espera, y la acepto de la manera y en el tiempo que os agradare. Desde este momento os la ofrezco como un sacrificio debido á vuestra Majestad, y como á buena cuenta por mis pecados; por los méritos de vuestra muerte, os ruego me concedais la dicha de morir en vuestro amor y en vuestra gracia.

3. Pilato entrega el inocente cordero á aquellos lobos furiosos para hacer de él lo que quieran [1]. Los verdugos lo agarran con violencia, le quitan el pedazo de púrpura de las espaldas, como se lo habian aconsejado los judíos, y le ponen sus propios vestidos [2]. Esto hicieron, dice san Ambrosio, á fin de que Jesús fuera reconocido á lo menos por sus vestidos, puesto que ya su hermoso rostro estaba tan desfigurado por la sangre y por las heridas, que sin aquellos difícilmente hubiera podido conocerse quién era [3]. En seguida to-

1 Jesum vero tradidit voluntati eorum. (*Luc.* XXIII, 25).

2 Exuerunt eum chlamyde, et induerunt eum vestimentis ejus, et duxerunt eum ut crucifigerent. (*Matth.* XXVII, 31).

3 Induerunt eum vestibus, quo melius ab omnibus cognosceretur; quia cum facies ejus esset cruentata et deformata, non poterat facile ab omnibus agnosci.

man dos leños toscos, hacen de ellos apresuradamente una cruz larga de quince piés, segun el testimonio de san Buenaventura y de san Anselmo, y la ponen sobre las espaldas del Salvador.

Pero Jesús no esperó, dice santo Tomás de Villanueva, á que la cruz le fuera impuesta por el verdugo: él mismo con sus propias manos la tomó con presteza, y la puso sobre sus espaldas cubiertas de llagas [1]. Ven, dijo entonces, ven á mí, cruz amada: treinta y tres años há que suspiro por tí y que te busco: yo te abrazo, yo te estrecho contra mi corazon, pues que tú eres el altar sobre el cual he resuelto sacrificar mi vida por el amor de mis ovejas.

¡Ah mi Señor! ¿cómo habeis podido hacer tanto bien á quien os ha hecho tanto mal? ¡Oh Dios! cuando considero que habeis llegado hasta morir á fuerza de tormentos para alcanzarme la amistad divina, y que despues de esto yo la he perdido voluntariamente por mi culpa, quisiera morir de dolor. ¡Cuántas veces me habeis perdonado ya, y cuántas he

1 Non expectavit ut imponeretur sibi à milite, sed laetus arripuit. (*Con.* III, *De uno M.*).

vuelto á ofenderos de nuevo! ¿Cómo pudiera ya esperar el perdon, si no supiera que Vos habeis muerto para perdonarme? Por esta muerte, pues, que habeis sufrido por mí, espero el perdon y la perseverancia en vuestro amor. Me arrepiento, Salvador mio, de haberos ofendido. Perdonadme por vuestros merecimientos; ya prometo no desagradaros mas; ya aprecio y amo vuestra amistad mas que á todos los bienes del mundo. ¡Ah! no permitais que yo la pierda de nuevo! Imponedme, Señor, cualquiera otro castigo antes que aquel. Jesús mio, no quiero perderos ya mas, antes quiero perder la vida; quiero amaros siempre.

4. La justicia sale con los condenados, y en medio de estos camina tambien á la muerte el Rey del cielo, el Hijo único de Dios cargado con su cruz [1]. Y vosotros, Serafines bienaventurados, salid tambien del paraíso, y venid á acompañar á vuestro Señor, que va al Calvario á ser ajusticiado con dos malhechores sobre un infame madero.

¡Oh espectáculo horrible! ¡un Dios ajus-

[1] Et bajulans sibi crucem exivit in eum, qui dicitur Calvariae, locum. (*Joan.* XIX, 17).

ticiado! Ved aquí al Mesías que pocos dias antes habia sido proclamado Salvador del mundo, y recibido entre los aplausos y bendiciones del pueblo que le aclamaba: Gloria al Hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor [1]. Y vedle ahora caminar atado, abofeteado, y maldecido de todo el mundo, con la cruz sobre las espaldas á morir como un malhechor! ¡Oh exceso del amor divino! un Dios ajusticiado por los hombres! ¡y se hallará todavía algun hombre que no ame á Dios! ¡Oh eterno amigo de mi alma! he comenzado demasiado tarde á amaros: haced que mientras me dure la vida yo recobre el tiempo perdido. Bien conozco que será poco todo cuanto yo haga en comparacion del amor que me habeis tenido, pero á lo menos quiero amaros con todo mi corazon. Demasiado grande seria la injuria que os hiciera, si despues de tantos excesos de amor, yo dividiera mi corazon y diera una sola parte de él á otro cualquier objeto fuera de Vos. Yo os consagro desde ahora toda mi vida, mi voluntad, mi libertad: disponed de mí como

[1] Hosanna Filio David, benedictus qui venit in nomine Domini. (*Matth.* XXI, 9).

fuere de vuestro agrado. Os pido el paraíso, á fin de amaros en él con todas mis fuerzas. Yo quiero amaros en esta vida, á fin de amaros mucho mas por toda la eternidad. Ayudadme con el auxilio de vuestra gracia. Á nombre de vuestros merecimientos lo demando, y lo espero.

5. Imagínate, alma mia, que ves pasar á Jesús por este doloroso camino. Como un cordero es llevado al matadero, así tu amable Redentor es conducido á la muerte [1]. Tan exhausto de sangre y tan debilitado por los tormentos camina, que apenas puede mantenerse sobre los piés. Mírale todo descarnado por las heridas, con una corona de espinas en la cabeza, con un pesado madero sobre los hombros y con un verdugo que le tira de un cordel. Mírale como anda con el cuerpo inclinado, las rodillas trémulas, goteando la sangre, y caminando con tanta pena, que á cada paso parece va á rendir la vida.

Pregúntale: ¡Oh cordero divino! ¿no estais ya harto de dolores? Si con vuestros padecimientos pretendeis ganar mi amor, ¡ah! no querais sufrir ya mas, porque yo quiero

[1] Sicut ovis ad occisionem ducetur. (*Isai.* LIII, 7).

amaros como lo deseais. No, te dice él, yo no estoy contento aun, ni lo estaré sino cuando me vea muerto por tu amor. Y ¿á dónde vais ahora, ó Jesús mio? Yo voy, te responde, á morir por tí, no me lo impidas: yo no te pido ni te recomiendo sino una sola cosa: cuando me vieres ya muerto sobre la cruz por tí, acuérdate del amor que te he tenido; acuérdate de él y ámame.

¡Oh Señor mio! ¡en qué estado tan triste os veo! ¡qué caro os ha costado el hacerme comprender el amor que me habeis tenido! Mas ¿qué ventaja tan grande podia procuraros mi amor, que para obtenerlo hayais querido dar vuestra sangre y vuestra vida? ¿Y cómo obligado con tanto amor he podido yo vivir tanto tiempo sin amaros, y en tan gran olvido de vuestras bondades? Yo os doy gracias por haberme dado al presente la luz, que me hace conocer cuánto me habeis amado. Os amo, bondad infinita, mas que á ningun otro bien; quisiera sacrificaros mil vidas si pudiera, puesto que Vos habeis sacrificado vuestra vida divina por mí. ¡Ah! os conjuro me concedais para amaros aquellas gracias que me habeis merecido con tantos padeci-

mientos; comunicadme aquel fuego sagrado que habeis venido á encender sobre la tierra muriendo por nosotros. Recordadme siempre vuestra muerte, para que yo no me olvide jamás de amaros.

6. Sobre sus hombros se ve la señal de su principado [1]. La cruz, dice Tertuliano, fue el noble instrumento con que Jesucristo conquistó tantas almas, porque muriendo en ella por nosotros expió nuestros pecados, y nos rescató así del infierno haciéndonos propiedad suya [2]. Pero ¡oh Jesús mio! si Dios os cargó con todos los pecados de los hombres [3], yo os he hecho con los mios mas pesada todavía la cruz que llevásteis al Calvario.

¡Ah mi dulcísimo Salvador! bien preveíais todas las injurias que yo habia de haceros, y con todo no dejásteis de amarme y de prepararme aquellas infinitas misericordias de que habeis usado despues conmigo. Si, pues, tan amado os he sido yo, el mas vil y el mas in-

[1] Factus est principatus ejus super humerum ejus. (*Isai.* IX, 6).

[2] Qui peccata nostra ipse pertulit in corpore suo super lignum. (*I Petr.* II, 24).

[3] Posuit in eo iniquitatem omnium nostrum. (*Isai.* LIII, 6).

grato de los pecadores, que tantas veces os he ofendido; es muy justo que á su vez seais amado de mí, Vos Dios mio, bondad y hermosura infinita, que tanto me habeis amado. ¡Ah! ¡quién jamás os hubiera ofendido! ahora conozco, Jesús mio, el ultraje que os he hecho. ¡Oh pecados malditos! ¿qué es lo que habeis hecho? vosotros me habeis hecho contristar el corazon enamorado de mi Redentor, un corazon que tanto me amó. ¡Oh Jesús mio! perdonadme, porque ya me arrepiento de haberos ofendido: en adelante Vos seréis el único objeto de mi amor. Yo os amo con todo mi corazon ¡oh amabilidad infinita! y estoy resuelto á no amar otra cosa que á Vos. Señor, dadme vuestro amor, y nada mas os pido. Dadme solamente vuestro amor con vuestra gracia, y soy bastante rico [1].

7. Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo y sígame [2]. Si, pues, ¡oh Redentor mio! Vos que sois inocente vais delante con vuestra cruz, y me convidais á

[1] Amorem tui solum, cum gratia tua, mihi dones, et dives sum satis. (*S. Ignat. in Exercit.*).

[2] Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et sequatur me. (*Matth.* XVI, 24).

seguiros con la mia, yo no quiero dejaros ir solo. Si hasta aquí he rehusado seguiros, confieso que he hecho mal: dadme al presente la cruz que Vos querais, yo la abrazo cualquiera que sea, y con ella quiero acompañaros hasta la muerte [1]. ¿Y cómo pudiéramos, Señor, no amar por vuestro amor las cruces y los oprobios, cuando Vos las habeis amado tanto por nuestra salvacion?

Pues bien, ya que nos invitais á seguiros, queremos desde luego acompañaros para morir con Vos; pero dadnos la fortaleza necesaria; esta fortaleza es la que os pedimos por vuestros merecimientos, y nosotros la esperamos. Os amo, Jesús mio, digno de un amor infinito; yo os amo con toda mi alma, y no quiero ya abandonaros jamás. Demasiado tiempo he andado léjos de Vos. Ligadme ahora á vuestra cruz. Aunque he merecido perder vuestra amistad, ya me arrepiento de todo mi corazon, y la estimo mas que ningun otro bien.

8. ¡Ah Jesús mio! ¿y quién soy yo para que Vos querais tenerme por vuestro discípulo y me mandeis amaros, amenazándome con el *infierno* si no quiero? Pero ¿de qué sirve, os diré con san Agustin, amenazarme con penas eternas? ¿Qué mayor pena puede sucederme que la de no amaros, Dios mio, infinitamente amable, mi Criador, mi Redentor, mi paraíso, mi todo? Veo que por un justo castigo de mis ofensas mereceria ser condenado á no poder amaros mas; pero pues que todavía Vos me amais, continuad en mandarme que os ame, repitiéndome sin cesar al corazon: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas [1]. Os doy gracias, amor mio, por este dulce mandamiento; y por obedeceros yo os amo con todo mi corazon, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Me arrepiento de no haberos amado así en lo pasado. Al presente ya quiero sufrir cualquiera otra pena antes que la de vivir sin amaros, y me propongo buscar siempre vuestro amor en todo. Ayudadme, Jesús mio, á hacer toda mi vida actos de vuestro amor, y á salir de ella con un

[1] Exeamus extra castra improperium ejus portantes. (*Hebr.* XIII, 13).

[1] Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota mente tua. (*Marc.* XII, 30).

acto de amor, á fin de que yo vaya á veros cara á cara en el paraíso, en donde os amaré sin particion y sin interrupcion con todas mis fuerzas y por toda la eternidad. ¡Oh Madre de mi Dios! rogad por mí. *Amen.*

CAPÍTULO XII.

De la crucifixion de Jesús.

1. Hemos llegado ya á la crucifixion, al último tormento que da la muerte á Jesucristo: hemos llegado al Calvario, que es el teatro del amor divino, al Calvario en donde todo un Dios pierde la vida sumergido en un océano de dolores. Habiendo, pues, el Señor llegado con mucha pena á la cima del monte, se le arrancan por tercera vez con violencia los vestidos apegados á sus sangrientas llagas, y le arrojan sobre la cruz [1]. El divino Cordero se tiende en este lecho de dolor, presenta á los verdugos sus manos y sus piés para ser clavados, y levantando los ojos al cielo, ofrece á su Padre el gran sacrificio de su vida por la salud de los hombres. Estando ya clavada una mano, los nervios se encogieron, y fue necesario, como se le reveló á santa Brígida, que se estirase violentamente con cordeles la otra, así como tambien los piés,

[1] Et postquam venerunt in locum qui vocatur Calvariae, ibi crucifixerunt eum. (*Luc.* XXIII, 33).

acto de amor, á fin de que yo vaya á veros cara á cara en el paraíso, en donde os amaré sin particion y sin interrupcion con todas mis fuerzas y por toda la eternidad. ¡Oh Madre de mi Dios! rogad por mí. *Amen.*

CAPÍTULO XII.

De la crucifixion de Jesús.

1. Hemos llegado ya á la crucifixion, al último tormento que da la muerte á Jesucristo: hemos llegado al Calvario, que es el teatro del amor divino, al Calvario en donde todo un Dios pierde la vida sumergido en un océano de dolores. Habiendo, pues, el Señor llegado con mucha pena á la cima del monte, se le arrancan por tercera vez con violencia los vestidos apegados á sus sangrientas llagas, y le arrojan sobre la cruz [1]. El divino Cordero se tiende en este lecho de dolor, presenta á los verdugos sus manos y sus piés para ser clavados, y levantando los ojos al cielo, ofrece á su Padre el gran sacrificio de su vida por la salud de los hombres. Estando ya clavada una mano, los nervios se encogieron, y fue necesario, como se le reveló á santa Brígida, que se estirase violentamente con cordeles la otra, así como tambien los piés,

[1] Et postquam venerunt in locum qui vocatur Calvariae, ibi crucifixerunt eum. (*Luc.* XXIII, 33).

hasta el lugar de los clavos, por cuya causa los nervios y las venas se dilataron y rompieron con un dolor espantoso [1]. Así lo dice la revelacion. Por manera que se le podian contar todos los huesos, como David lo habia ya predicho [2].

¡Ah Jesús mio! ¿por quién fueron clavadas vuestras manos y vuestros piés en ese madero, si no es por el amor que habeis tenido á los hombres? Con los dolores de vuestras manos taladradas quisísteis expiar los pecados que los hombres han cometido por el tacto; y con los dolores de vuestros piés quisísteis expiar todos los pasos que nosotros hemos dado para ir á ofenderos. ¡Oh amor mio crucificado! bendecidme con esas manos traspasadas. Clavad á vuestros piés este mi corazon ingrato, á fin de que no se aleje ya mas de Vos. Quede ligada para siempre á vuestra cruz, permanezca inmoble delante de vuestro amor, esta mi voluntad que tantas veces se ha rebelado contra Vos. Haced que nada

[1] Manus et pedes cum fune trahebant ad loca clavorum, ita ut nervi et venae extenderentur et rumperentur.

[2] Foderunt manus meas et pedes meos, dinumeraverunt omnia ossa mea. (*Psalm.* XXI, 18).

me afecte ya sino vuestro amor y el deseo de agradaros. Aunque suspendido de ese madero, yo os reconozco por Señor del mundo, por verdadero Hijo de Dios y Salvador de los hombres. Por compasion, Jesús mio, no me abandoneis en toda mi vida, y especialmente en el artículo de mi muerte. En esta última agonía, en este último combate contra Lucifer, asistidme Vos mismo y ayudadme á morir en vuestro amor. Yo os amo, ¡oh amor mio crucificado! yo os amo con todo mi corazon.

2. Dice san Agustin que no hay muerte mas cruel que la muerte de la cruz [1], porque, como observa santo Tomás, los crucificados tienen agujereados los piés y las manos, miembros que, componiéndose todos ellos de nervios, de músculos y de venas, son extremamente sensibles al dolor; y porque el mismo peso del cuerpo pendiente hace que el dolor sea continuado, y vaya sin cesar aumentándose hasta la muerte. Mas los dolores de Jesús sobrepujaron todavía á todos los dolores de otros; porque segun dice el Doctor angé-

[1] Pejus non fuit in genere mortium. (*Tract. XXXVI in Joan.*).

lico, el cuerpo de Jesucristo, estando perfectamente constituido, tenia tanta mas vivacidad y mas sensibilidad para el dolor, cuanto que su cuerpo le habia sido preparado por el Espíritu Santo de intento para padecer, como lo habia predicho el mismo Salvador, y como lo atestigua el Apóstol [1]. Dice tambien santo Tomás que Jesucristo quiso experimentar un dolor tan grande, que fuera capaz de satisfacer las penas que merecian temporalmente los pecados de todos los hombres. Refiere Tippoli que en la crucifixion le fueron dados veinte y tres martillazos en las manos, y treinta y seis en los piés.

Alma mia, mira á tu Señor, mira tu vida suspendida en este madero [2]. Mírale sobre este madero infame, que pendiente de aquellos crueles garfios, no encuentra postura ni reposo. Unas veces se apoya sobre las manos, otras sobre los piés; mas en todas partes el dolor se aumenta y llega á ser insoportable. Vuelve su cabeza dolorosa ya de un lado, ya de otro; si la deja caer sobre el pecho, las

[1] Corpus autem aptasti mihi. (*Hebr.* x, 5).

[2] Et erit vita tua quasi pendens ante te. (*Deut.* xxviii, 66).

manos cansadas del peso se le rasgan mas; si la inclina sobre los hombros, estos son heridos por las espinas; si la apoya sobre la cruz, las espinas penetran mas adentro en la cabeza. ¡Ah Jesús mio, cuán cruel y cuán amarga es la muerte que Vos sufrís!

Redentor mio crucificado, yo os adoro sobre ese trono de ignominia y de dolor. Escrito veo en esa cruz que Vos sois rey: Jesús nazareno, rey de los judíos [1]. Mas, fuera de esta inscripcion puesta por menosprecio, ¿qué otra señal me dais de que Vos sois rey? ¡Ah! ¡que estas manos clavadas, que esta cabeza coronada de espinas, que este trono de dolor, que estas carnes rasgadas os dan bien á conocer por rey, pero rey de amor! Yo me acerco, pues, humillado y enternecido, para besar vuestros sagrados piés taladrados por mi amor; yo abrazo esta cruz sobre la cual, hecho víctima de amor y de obediencia, habeis querido sacrificaros por mí á la divina Justicia [2]. ¡Oh venturosa obediencia que nos has conseguido el perdon de nuestros pecados!

[1] Jesus Nazarenus, rex Judaeorum. (*Joan.* xix, 19).

[2] Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. (*Philip.* ii, 8).

¡Ay! ¿qué seria de mí, ó Salvador mio, si Vos no hubiérais pagado por mí? Yo os lo agradezco, amor mio, y por los méritos de esta sublime obediencia os pido me otorgueis la gracia de obedecer en todo á la voluntad de Dios. Yo no deseo el paraíso sino para poder amaros siempre y con todas mis fuerzas.

3. Ved aquí el Rey del cielo que, suspendido de este madero, se va ya muriendo en él. Preguntémosle, pues, con el Profeta: Decidme, Jesús mio, ¿qué son estas llagas que están en medio de vuestras manos [1]? El abad Ruperto responde por Jesús: Estas son las prendas, dice el Salvador, del grande amor que os tengo: son el precio con que os he librado de las manos de vuestros enemigos y de la muerte eterna [2]. Ama, pues ¡oh alma fiel! ama á tu Dios que tanto te ha amado; y si alguna vez dudas de su amor, mira, dice santo Tomás de Villanueva, mira esta cruz, estos dolores y esta muerte cruel que ha padecido por tí: tales son los testigos que te harán comprender bien cuánto te ama tu

[1] Quid sunt plagae istae in medio manuum tuarum? (*Zach.* XIII, 6).

[2] Sunt monumenta caritatis, pretia redemptionis.

Redentor [1]. San Bernardo añade que la cruz, y cada una de las llagas de Jesús, publican cuán sinceramente nos amó [2].

¡Oh Jesús mio, cómo puedo yo veros padeciendo y entristecido! ¡Ah! ¡qué harto motivo teneis para estarlo al pensar que Vos sufrís hasta morir de dolor en esa cruz, y que despues de esto no habrá mas que un corto número de almas que os amarán! ¡Oh Dios! ¡cuántos corazones aun de los que os están consagrados, ó no os aman, ó si os aman es demasiado poco! ¡Ah hermosa llama del amor! tú que consumaste la vida de un Dios sobre la cruz, consúmame tambien á mí, consuma todas las afecciones desarregladas que viven en mi corazon, y haz que en toda mi vida yo no ame ni suspire sino por este Dios tan amante que ha querido, siendo víctima de tantos suplicios, perder la vida por mi amor sobre un infame madero. Dulce Jesús mio, yo quiero amaros siempre, y no quiero amar sino solo á Vos, á Vos solo, á Vos solo, mi amor, mi Dios, mi todo.

[1] Testis crux, testes dolores, testis amara mors quam pro te sustinuit. (*Conc.* 3).

[2] Clamat crux, clamat vulnus quod ipse vere dilexit.

4. Vuestros ojos verán á vuestro Preceptor [1]. Habíase prometido á los hombres que verian con sus propios ojos á su divino Maestro. Toda la vida de Jesús fue un continuado ejemplo y una escuela consumada de perfeccion: mas en ninguna otra parte nos enseña mejor que desde la cátedra de la cruz las mas bellas virtudes. ¡Oh! y ¡cómo desde aquí nos enseña la paciencia, especialmente en las enfermedades, puesto que en la cruz sufria Jesús con la paciencia mas perfecta los dolores de su acerbísima muerte! Desde aquí nos enseña tambien con su ejemplo una entera sumision á las órdenes del cielo, una perfecta resignacion á la voluntad de Dios; y sobre todo nos enseña cómo se le debe amar. El P. Pablo Señeri, el jóven, escribia á una de sus penitentes, que al pié de su Crucifijo estaban escritas estas palabras: *Ved aquí cómo se ama.*

Ved aquí cómo se ama, parece decirnos á todos el Salvador mismo desde lo alto de la cruz, cuando por no sufrir alguna pena abandonamos las obras que le son agradables, y

[1] Erunt oculi tui videntes praeceptorem tuum. (*Isai.* xxx, 20).

llegamos algunas veces hasta renunciar á su gracia y á su amor. Por su parte, él nos ha amado hasta la muerte, y no ha descendido de la cruz sino despues de haber dejado en ella la vida. ¡Ah, Jesús mio! Vos me habeis amado hasta la muerte; hasta la muerte quiero yo tambien amaros. Hasta aquí os he ofendido y hecho traicion muchas veces; vengaos de mí, Señor, pero sea con una venganza de ternura y de amor. Dadme un tan grande dolor de mis pecados, que yo viva siempre contrito y afligido por los disgustos que os he causado. ¡Ah! ¿qué mayor desgracia pudiera sucederme que la de desagradaros, ó mi Dios, mi Redentor, mi esperanza, mi tesoso, mi todo?

5. Y yo, si fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré á mí. Pues bien, esto lo decia para indicar de qué muerte habia de morir [1]. Jesucristo anuncia que cuando hubiere sido elevado sobre la cruz, él atraeria por sus méritos, por su ejemplo, y por la fuerza de

[1] Et ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad meipsum. Hoc autem dicebat significans qua morte esset moriturus. (*Joan.* XII, 32).

su amor, los afectos de todas las almas [1], segun el comentario de Cornelio Alápide. San Pedro Damiano asegura lo mismo: Luego que el Señor fue suspendido en la cruz, dice, lo atrajo todo hácia sí por los vínculos del amor [2]. ¿Quién, pues, añade Cornelio, no amará á Jesús muriendo por nuestro amor [3]? Ved ¡oh almas rescatadas! nos dice la Iglesia, ved á vuestro Redentor en esta cruz, donde todo en él respira amor y todo nos convida á amarle: la cabeza inclinada para darnos el ósculo de la paz, los brazos extendidos para abrazarnos, el corazon abierto para amarnos [4].

¡Ah, mi amabilísimo Jesús! ¿cómo ha podido seros tan amada mi alma, previendo las injurias que habíais de recibir de mí? Para cautivar mi corazon Vos quisísteis darme las

[1] Omnes mundi gentes ad amorem sui merito suo et amore. (*In Joan.* XII, 30).

[2] Dominus mox ut in cruce pependit, omnes ad se per amoris desiderium traxit. (*De Invent. cruc.*).

[3] Quis enim Christum ex amore pro nobis morientem non redamet? (*De Invent. cruc.*).

[4] Omnis figura ejus amorem spirat et ad redamandum provocat, caput inclinatum ad osculandum, manus expansae ad amplexandum, pectus apertum ad diligendum. (*S. Aug. in Resp.* 1 *noct. off. Dolor. B. Virg.*)

pruebas mas extraordinarias de amor. Venid, pues, azotes, espinas, clavos y cruz, que atormentásteis el sagrado cuerpo de mi Maestro, venid á herirme el corazon. Recordadme siempre que todo cuanto bien he recibido, y todo cuanto espero recibir, me ha venido por los méritos de su pasion. ¡Oh Maestro del amor! los demás maestros enseñan con palabras, pero Vos en ese lecho del amor enseñais con padecimientos: otros enseñan por interés, y Vos solo por afecto, no queriendo otra recompensa que mi salvacion. Salvadme, pues, amor mio, y que mi salvacion sea la gracia de amaros siempre y de agradaros; el amaros es mi vida.

6. Entre tanto que Jesús estaba muriendo en la cruz de dolor, los hombres no cesaban de atormentarle con vituperios y blasfemias. Unos le decian: Á otros hizo salvos, y no puede salvarse á sí mismo [1]. Otros: Si es rey de Israel, que descienda ahora de la cruz [2]. Y Jesús, mientras ellos así le insultan

[1] Alios salvos fecit, seipsum non potest salvum facere. (*Marc.* XV, 31).

[2] Si Rex Israël est, descendat nunc de cruce. (*Matth.* XXVII, 32).

¿qué hace desde lo alto de la cruz? ¿Pide por ventura al Padre eterno que los castigue? No, sino que los perdone [1]. Sí, dice santo Tomás, para mostrar el inmenso amor que tenia á los hombres, el Salvador pidió perdon á Dios hasta por sus mismos verdugos [2]. Lo pide y lo obtiene; en tanto grado que despues de haberle visto espirar, muchos de ellos se arrepintieron de sus pecados. Volvíanse de allí golpeándose los pechos [3].

¡Ah mi dulce Salvador! héme aquí ya á vuestros piés; yo he sido uno de vuestros mas ingratos perseguidores, pedid tambien por mí á vuestro Padre que me perdone. Es verdad que los judíos y los verdugos al crucificaros no sabian lo que hacian, al paso que yo sabia muy bien que pecando ofendia á un Dios crucificado y muerto por mí. Mas tambien vuestra sangre y vuestra muerte me han merecido la misericordia divina. No puedo

1 Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. (*Luc.* XXIII, 34).

2 Ad ostendendam abundantiam caritatis suae... veniam pro persecutoribus postulavit. (*III part. quaest* 47, *art.* 4, *ad* 1).

3 Revertebantur percutientes pectora sua. (*Lucae*, XXIII, 48).

yo dudar de mi perdon viéndoos morir para alcanzármelo. ¡Ah, Redentor mio! yo os lo suplico, miradme ahora mismo con aquellos ojos amorosos con que me mirásteis al morir por mí en la cruz; miradme y perdonadme todas las ingratitudes con que he correspondido á vuestro amor. Me arrepiento ya, ó Jesús mio, de haberos menospreciado.

Yo os amo de todo mi corazon, y en consideracion á vuestro ejemplo, amo tambien por vuestro amor á todos los que me han ofendido; les deseo toda suerte de bienes, y me propongo servirles y socorrerles en cuanto pudiere por amor vuestro, Señor, que habeis querido morir por mí, aunque tanto os he ofendido.

7. *Memento mei.* Acordaos de mí, os decia desde la cruz el buen Ladron, y mereció oir de vuestra boca aquella respuesta tan consoladora: Hoy estarás conmigo en el paraíso [1].

Acordaos de mí, os diré yo tambien, acordaos de mí, Señor, que soy una de vuestras amadas ovejas por las que habeis dado vuestra vida. Consoladme tambien á mí haciéndo-

1 Hodie mecum eris in paradiso. (*Luc.* XXIII, 43).

dome conocer que me perdonaréis concediéndome un gran dolor de mis pecados. ¡Oh gran Pontífice! que os sacrificásteis á Vos mismo por el amor de vuestras criaturas, tened piedad de mí; yo os sacrifico para en adelante mi voluntad, mis sentidos, mis satisfacciones y todos mis deseos. Yo creo que Vos, Jesús mio, habeis muerto crucificado por mí; os suplico que vuestra sangre divina corra tambien sobre mí; que me lave de mis pecados, que me abrase en el divino amor, y haga que yo sea todo para Vos. Os amo, Jesús mio; y deseo morir crucificado por Vos, que habeis muerto crucificado por mí.

Padre eterno, os he ofendido; pero ved aquí á vuestro Hijo que, clavado en este madero, satisface por mí con el sacrificio de su vida divina que os ofrece. Os ofrezco sus merecimientos que son todos mios, puesto que él me los ha dado; y por el amor de este Hijo os conjuro tengais piedad de mí. La mayor misericordia que os ruego querais hacerme, es que me concedais vuestra gracia, la que tantas veces yo miserable pecador he voluntariamente menospreciado. Me arrepiento

de haberos ultrajado, y os amo; sí, os amo, mi Dios, mi todo, y para agradaros estoy dispuesto á sufrir toda suerte de males, bajo cualquier forma que se presenten, el oprobio, el dolor, la pobreza y la muerte.

CAPÍTULO XIII.

De las últimas palabras de Jesús sobre la cruz, y de su muerte.

1. Dice san Lorenzo Justiniano que la muerte de Jesús fue la mas amarga y la mas dolorosa que los hombres pueden sufrir, pues que el Salvador murió sobre la cruz sin ningun género de consuelo, aun el mas pequeño [1]. En las demás personas que sufren la pena es siempre de algun modo mitigada, á lo menos por un pensamiento consolador; mas el dolor y la afliccion de Jesús fue un dolor puro, una tristeza pura sin ningun alivio [2]. Por eso san Bernardo, contemplando á Jesús muriendo en la cruz, le dice suspirando: ¡Oh mi amado Jesús! al miraros sobre esa cruz desde los piés á la cabeza, yo no hallo sino dolor y afliccion [3].

[1] Crucifixus fuit carens omni doloris temperamento.

[2] Magnitudo doloris Christi patientis potest considerari ex doloris et tristitiae puritate. (*S. Thom.* III *p. q.* 46, *art.* 6).

[3] A planta pedis usque ad verticem capitis non invenio nisi dolorem et moerorem.

¡Oh dulcísimo Redentor! ¡oh amor de mi alma! ¿por qué habeis querido derramar toda vuestra sangre, sacrificar vuestra vida divina por un gusano de la tierra tan ingrato como yo? ¡Oh Jesús mio! ¿cuándo llegará el momento de que yo me una á Vos de tal suerte, que nada pueda ya separarme de Vos ni hacerme cesar de amaros? ¡Ah! Señor, mientras yo vivo sobre la tierra estoy expuesto á negaros mi amor y á perder vuestra amistad, como lo he hecho hasta aquí. Yo os pido, mi tierno Salvador, y os conjuro por vuestra pasion, que si permaneciendo en este mundo he de recaer en un tan gran mal, me hagais morir ahora mismo que creo estar en vuestra gracia. Yo os amo y quiero amaros siempre.

2. Jesús se lamenta por boca del Profeta, de que muriendo sobre la cruz, y buscando alguno que le consuele no lo encuentra [1]. Aun más, en el momento mismo en que iba á espirar, lanzaban todavía contra él los judíos y los romanos toda suerte de maldiciones y de blasfemias. Es verdad que María

[1] Et sustinui qui consolaretur, et non inveni. (*Psalm.* LXVIII, 21).

su santa Madre, se mantenia al pié de la cruz, á fin de procurarle algun consuelo si hubiera podido; pero esta Madre tierna y afligida, por el dolor compasivo en que estaba sumergida, contribuia á aumentar mas y mas la pena de este Hijo que tanto amaba. San Bernardo dice positivamente, que los dolores de María contribuian todos á afligir mas el corazon de Jesús [1]. Ello es cierto que el Salvador, cuando dejaba caer sus miradas hácia esta Madre tan afligida, sentia su corazon mas traspasado de los dolores de María que de los suyos, como la misma bienaventurada Vírgen se lo reveló á santa Brígida [2]. Sobre lo cual exclama san Bernardo: ¡Oh buen Jesús! Vos sufrís grandes dolores en vuestro cuerpo, pero los sufrís todavía mayores en el corazon compadeciendo los de vuestra Madre [3].

¡Qué amarguras sobre todo no debieron experimentar los enamorados corazones de

[1] Repleta Matre, ad Filium redundabat inundatio amaritudinis.

[2] Ipse videns me plus dolebat de me quam de se. (*Ap. P. Spinisc. conc.* 28).

[3] O bone Jesu, tu magna pateris in corpore, sed multo magis in corde ex compassione Matris.

Jesús y de María, cuando llegó el momento en que poco antes de espirar el Hijo se despidió de su Madre! Ved aquí las últimas palabras con que Jesús dió el postrer adios en este mundo á su Madre: Mujer, hé ahí vuestro hijo [1]; mostrándole á san Juan á quien en su lugar le dejaba por hijo.

¡Oh Reina de dolores! las recomendaciones de un hijo muy amado que está para morir son demasiado cariñosas para poderse borrar jamás de la memoria de una madre: acordaos, pues, que vuestro Hijo á quien tanto habeis amado me ha entregado á Vos por hijo vuestro en la persona de Juan. Por el amor, pues, que teneis á Jesús, apiadaos de mí. Yo no os pido los bienes de la tierra: al ver á vuestro Hijo que muere por mí en medio de tantos padecimientos; al veros á Vos, Madre mia, que siendo del todo inocente como lo sois, padeceis tambien por mí tan grandes dolores; y al ver que yo miserable, despues de haber merecido el infierno por mis pecados, nada he padecido aun por vuestro amor; quiero sufrir alguna cosa por Vos antes de morir. Os pido esta gracia, Señora, y

[1] Mulier, ecce filius tuus. (*Joan.* XIX, 26).

os digo con san Buenaventura, que si os he ofendido, es justo que yo padezca por pena, y si os he servido, es justo que yo padezca por premio [1]. Alcanzadme, ó María, una gran devocion á la pasion de vuestro Hijo y una continua memoria de sus padecimientos; y por aquella amargura que experimentásteis viéndole espirar sobre la cruz, obtenedme una buena muerte. Asistidme, ó Reina mia, en este último momento, haced que yo muera amando y pronunciando vuestros santos nombres, Jesús y María.

3. Viendo Jesús que no hallaba alguno en la tierra que le consolara, eleva sus ojos y su corazon hácia su Padre para pedirle consuelo; mas el Padre eterno viendo á su Hijo cubierto con el manto de pecador: No, Hijo mio, le dice, yo no te puedo consolar; pues que tú al presente satisfaces á mi justicia por todos los pecados de los hombres; justo es que te abandone á tus padecimientos y que te deje morir sin ningun consuelo. Entonces fue cuando nuestro Salvador lanzando un grande y lastimoso grito profirió estas senti-

[1] O Domina, si te offendi, pro justitia cor meum vulnera; si tibi servivi, pro mercede peto vulnera.

das palabras: Dios mio, Dios mio, ¿por qué tú tambien me has desamparado [1]? El bienaventurado Dionisio Cartujano explicando este pasaje, dice que Jesús profirió con grande clamor estas palabras, á fin de hacernos entender á todos cuál era el exceso del dolor y de la profunda tristeza en que moria. Y san Cipriano añade, que nuestro muy amado Redentor quiso morir privado de toda consolacion para mostrarnos su amor y arrebatar el nuestro todo entero hácia sí [2].

Pero, ¡oh mi dulce Jesús! Vos no os quejais con razon cuando decís: ¿Por qué, Dios mio, me habeis abandonado? ¡Por qué! ¿decís Vos? y ¿por qué, os diria yo, habeis querido encargaros de pagar por nosotros? ¿no sabíais que nosotros merecíamos por nuestros pecados ser abandonados de Dios? con razon, pues, os ha abandonado vuestro Padre, y os ha dejado morir en un mar de dolores y de amarguras. ¡Ah, Salvador mio! vuestro abandono me aflige á la vez y me con-

[1] Clamavit Jesus voce magna, Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? (*Matth.* XXVII, 46).

[2] Derelictus est ut amorem suum erga nos ostenderet, et amorem nostrum ad se raperet. (*De Pass. Dom.*).

suela : me aflige, porque os veo morir entregado en presa á tantos padecimientos ; mas tambien me consuela, porque me hace esperar que por vuestros merecimientos yo no seré abandonado de la divina misericordia, como lo merecia por haberos abandonado tantas veces para seguir mis caprichos. Hacedme comprender bien que si os fue tan penoso el veros privado por algunos momentos de la presencia sensible de la Divinidad, cuál seria mi suplicio si yo debiera ser privado de Dios para siempre. Yo os suplico por este cruel abandono que Vos padecísteis, que no me abandoneis, ó Jesús mio, sobre todo en el artículo de la muerte. Cuando ya todos me hubieren abandonado, no me abandoneis Vos, ó Salvador mio. Yo os conjuro, Señor, abandonado de todos, que seais mi consuelo en mi desolacion. Yo sé bien que, si os amo sin ninguna consolacion, tambien contentaré mejor á vuestro corazon. Mas Vos conoceis toda mi debilidad ; fortificadme con vuestra gracia, concededme en aquel último momento perseverancia, paciencia y resignacion.

4. Cuando Jesús se aproximaba ya á su fin, dijo : Sed tengo, *Sitio*. Señor, pregunta

Leon de Ostia, decidme : ¿de qué teneis sed? nada decís de los dolores infinitos que padeceis en la cruz, ¿y os quejais de la sed [1]? Mi sed, le hace decir san Agustin, es el deseo de vuestra salvacion [2]. ¡Oh almas! dice Jesús, esta sed no es otra cosa que la grande ansia que tengo de vuestra salvacion. Con efecto, inflamado en el amor mas puro este divino Salvador deseaba con un ardor incomprensible poseer nuestras almas, y por eso se abrasaba en el deseo de dársenos del todo por medio de su muerte. Esta fue su sed, dice san Lorenzo Justiniano [3] : san Basilio de Seleucia añade que Jesucristo dijo que tenia sed, para darnos á entender que por el amor que nos tenia moria con el deseo de padecer aun mas de lo que habia padecido. ¡Oh deseo todavía mas grande que su pasion [4]!

Ó Dios infinitamente amable, porque Vos nos amais tanto, deseais que nosotros tenga-

[1] Domine quid sitis? De cruce taces et de siti clamas. (*De Dom. Pass.*).
[2] Sitis mea salus vestra. (*In Psalm.* XXXIII).
[3] Sitiebat nos, et dare se nobis cupiebat.
[4] O desiderium passione majus!

mos sed de Vos [1], como nos lo recuerda san Gregorio. ¡Ah, divino Maestro mio! Vos teneis sed de mí, despreciable gusanillo, ¡y yo no tendré sed de Vos, Dios mio, que sois infinito! Por vuestra bondad, por los méritos de aquella sed que padecísteis en la cruz, dadme un ardiente deseo de amaros y de agradaros en todas las cosas. Vos habeis prometido concedernos todo cuanto os pidiéremos: *Petite et accipietis;* yo no os pido sino esta sola gracia, el don de vuestro amor. Soy indigno de él, mas esta será la gloria de vuestra sangre el abrasar ahora con vuestro especial amor á un corazon que en otro tiempo os hizo tantos menosprecios; el hacer un horno de caridad de un corazon lleno todo de inmundicia y de pecado. Mucho mas que esto habeis hecho ya muriendo por mí. ¡Oh Señor infinitamente bueno! yo quisiera amaros como Vos lo mereceis. Yo me regocijo del amor que os tienen las almas de vuestras enamoradas esposas, y mas aun del amor que Vos mismo os teneis, al cual reuno yo el mio, aunque tan débil como él es. Yo os amo, Dios eterno, yo os amo, ¡oh amabilidad infinita!

[1] Sitit sitiri Deus.

haced que sin cesar vaya creciendo en vuestro amor, multiplicando los actos de amor, y esforzándome á agradaros en todo, continuamente y sin reserva. Haced que aunque tan miserable y tan pequeño como soy, sea todo para Vos.

5. Nuestro buen Jesús, tocando ya el momento de rendir el último suspiro, dijo con una voz moribunda: Todo está consumado. Al pronunciar esta palabra repasó en su pensamiento toda la série de su vida, vió todas las fatigas que habia experimentado, la pobreza, los dolores, las ignominias que habia sufrido, y todas las ofreció de nuevo á su eterno Padre por la salud del mundo. En seguida, volviéndose á nosotros, repitió: *Consummatum est,* como si dijera: Ó hombres, todo está consumado, todo cumplido; la obra de vuestra redencion está acabada, la Justicia divina satisfecha, el paraíso abierto. Y ved aquí vuestro tiempo, el tiempo de los que aman [1]. Ya es tiempo, en fin, ó hombres, que os rindais á mi amor. Amadme, pues, amadme, porque yo nada mas tengo que hacer para llegar á ser amado de vosotros. Ved

[1] Et ecce tempus tuum, tempus amantium. (*Ez.* XVI, 8).

lo que he hecho para granjearme vuestro amor : por vosotros he pasado una vida llena de toda suerte de tribulaciones ; al fin de mis dias, antes de morir, he consentido en dejarme desangrar con azotes, escupir en la cara, desgarrar todo mi cuerpo, ser coronado de espinas, sufrir, en fin, los dolores de la agonía mas cruel sobre este madero en que ya me veis. ¿Qué mas me resta que hacer? Una sola cosa ; ¿el que yo muera por vosotros? pues bien, yo quiero morir : ven, ó muerte, yo te lo permito, quítame la vida por la salud de mis amadas ovejas. Y vosotras ovejas mias, amadme, amadme, porque no me es posible hacer mas para obligaros á amarme. Todo está consumado, dice el bienaventurado Taulero, todo lo que la justicia exigia, todo lo que la caridad demandaba, todo lo que podia hacer brillar el amor [1].

¡Oh, mi amantísimo Jesús, si yo pudiera decir tambien al morir : Señor, todo está consumado, yo he hecho todo lo que Vos me habeis mandado! Yo he llevado mi cruz con

[1] Consummatum est quidquid justitia exigebat, quidquid caritas poscebat, quidquid esse poterat ad demonstrandum amorem.

paciencia, yo me he esforzado á agradaros en todo! ¡Ah, Dios mio! si me fuera preciso morir al presente, yo moriria bien descontento de mí mismo, puesto que no podria decir nada de esto con verdad. Pero ¿viviré así, siempre ingrato para con Vos? Yo os ruego me concedais la gracia de agradaros durante los años que me restaren de vida, á fin de que cuando me llegue la muerte pueda deciros que al menos desde ahora he cumplido vuestra santa voluntad. Si hasta aquí os he ofendido, vuestra muerte me anima : en adelante ya no quiero haceros traicion. Mas solo de Vos es de quien yo espero mi perseverancia : por vuestros méritos, ó Jesús mio, yo os la demando, yo la espero.

6. Ved aquí que ya muere Jesús : mírale, alma mia, en los dolores de la agonía, exhalando con pena el último soplo de su vida. Mira aquellos ojos moribundos, aquel semblante pálido, aquel corazon cuya débil pulsacion apenas anuncia la palpitacion, aquel cuerpo á quien ya invade la muerte, y aquella hermosa alma á punto de separarse de él. Ya el cielo se oscurece, tiembla la tierra, los sepulcros se abren. ¡Ay de mí!

¿qué es lo que anuncian estas señales espantosas? La muerte del Criador del universo.

En fin, despues que el Salvador hubo encomendado al Padre su santa alma, lanzando desde el fondo de su afligido corazon una grande voz, bajando despues la cabeza en señal de su obediencia, y ofreciendo su muerte por la salud de los hombres, espira á violencia del dolor, y entrega su alma en las manos de su Padre muy amado [1].

Ven, alma mia, acércate al pié de este santo altar, en el que ha muerto el cordero de Dios inmolado por tí. Acércate, y considera que ha muerto á causa del amor que te ha tenido. Pídele todo cuanto quieras á tu Señor ya espirado, y espéralo todo. ¡Oh Salvador del mundo! ¡oh Jesús mio! Ved aquí, pues, á dónde al fin os ha conducido vuestro amor á los hombres! Yo os doy gracias, ó Dios nuestro, de que hayais querido perder la vida para que nuestras almas no se perdieran. Por todos os lo agradezco, pero especialmente por mí. ¡Ah! ¿quién mas que

[1] Et clamans voce magna, ait: Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. Et haec dicens expiravit. (*Luc.* XXIII, 46).

yo ha percibido el fruto de vuestra muerte? Por vuestros méritos solos, y sin yo saberlo, he sido hecho hijo de la Iglesia por él bautismo; por vuestro amor he sido tantas veces perdonado y he recibido tantas gracias especiales. Por Vos tengo la esperanza de morir en gracia de Dios, y de llegar á amarle en el paraíso.

¡Amantísimo Redentor mio, cuántas obligaciones os tengo! en vuestras manos taladradas encomiendo mi pobre alma. Hacedme comprender bien este exceso de amor: ¡un Dios muerto por mí! yo quisiera, Señor, morir tambien por Vos. Mas, ¿qué recompensa puede ser la muerte de un esclavo culpable por la muerte de su Señor y de su Dios? Al menos yo quisiera amaros con todas mis fuerzas; mas sin vuestro socorro, ó Jesús mio, nada puedo. Ayudadme, pues, y por los méritos de vuestra muerte hacedme morir á todos los amores terrenos, á fin de que no ame sino á solo Vos, que tanto mereceis mi amor. Yo os amo, bondad infinita, yo os amo, soberano bien, y os pido con san Francisco que muera á todo por vuestro amor, en recono-

cimiento del amor infinito que os ha llevado hasta morir por mí y para ser amado de mí [1]. María, Madre mia, interceded por mí.

1 Amore amoris tui moriar, qui amore amoris mei dignatus es mori.

CAPÍTULO XIV.

De los motivos de esperanza que tenemos en la muerte de Jesucristo.

1. Jesús es la única esperanza de nuestra salvacion; fuera de él no hay salvacion en otro alguno [1]. Yo soy la puerta única, dice él mismo, y el que entrare por mí hallará ciertamente la vida eterna [2]. ¿Qué pecador hubiera podido esperar jamás el perdon, si Jesús no hubiera satisfecho por nosotros á la Justicia divina con su sangre y con su muerte [3]? Este es tambien el motivo de que se sirve el Apóstol para esforzarnos, cuando dice: Si la sangre de los cabritos y de los toros inmolados borraba entre los judíos las inmundicias exteriores de sus cuerpos para ser admitidos á los santos ministerios, ¡cuánto mas la sangre inmaculada de Jesucristo, que el amor ha derramado por nosotros, purifica-

1 Non est in alio aliquo salus. (*Act.* IV, 12).
2 Ego sum ostium, per me si quis introierit, salvabitur. (*Joan.* X, 9).
3 Dolores nostros ipse portavit. (*Isai.* LIII, 4).

rá nuestras almas del pecado, para hacernos prestar un culto verdadero á Dios vivo [1]!

Habiendo venido á la tierra nuestro amable Redentor para salvar á los pecadores, y viendo que ya estaba escrita la sentencia de condenacion fulminada contra nosotros á causa de nuestros pecados, ¿qué es lo que hace? Con su muerte expia la pena que nosotros merecíamos, y borrando con su sangre el acta de nuestra condenacion, á fin de que la Justicia divina no tuviera ya que demandarnos la satisfaccion de que éramos deudores, la clava él mismo en la cruz en que murió [2].

«Cristo entró una sola vez en el santuario, «como Pontífice de una redencion eterna [3].» ¡Ah Jesús mio! si Vos no hubiéseis encontrado este medio para obtenernos el perdon, ¿quién jamás hubiera podido hallarlo? Con

[1] Si enim sanguis hircorum et taurorum sanctificat ad emundationem carnis, quanto magis sanguis Christi, qui per Spiritum Sanctum semetipsum obtulit immaculatum Deo, emundavit conscientiam nostram ab operibus mortuis ad serviendum Deo viventi! (*Hebr.* IX, 13, 14).

[2] Delens quod adversus nos erat chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, et ipsum tulit de medio affigens illud cruci. (*Coloss.* II, 14).

[3] Christus introivit semel in sancta, aeterna redemptione inventa. (*Hebr.* IX, 12).

razon exclamaba David: Publicad, ó bienaventurados, los ingeniosos secretos que el amor de nuestro Dios ha inventado para salvarnos [1]. Pues ¡oh mi dulce Salvador! ya que me habeis tenido tanto amor, no ceseis de protegerme. Vos me habeis arrancado por vuestra muerte de las manos de Lucifer: yo encomiendo mi alma en vuestras manos, á Vos es á quien toca salvarla [2].

2. «Hijuelos mios, dice san Juan, esto «os escribo para que no pequeis. Mas si al«guno pecare, tenemos por abogado con el «Padre á Jesucristo el justo, y él es propi«ciacion por nuestros pecados [3].» Jesucristo ni aun con su muerte cesa de interceder por nosotros delante del Padre eterno: tambien ahora es nuestro abogado, y parece que, como dice el Apóstol, no tiene en el cielo otro oficio que el de inclinar á su Padre á com-

[1] Annuntiate studia ejus. (*Psalm.* IX, 12).

[2] In manus tuas commendo spiritum meum: redemisti me, Domine Deus veritatis. (*Psalm.* XXX, 6).

[3] Filioli, haec scribo vobis ut non peccetis, sed et si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum, et ipse propitiatio est pro peccatis nostris. (*I Joan.* II, 1, 2).

padecerse de nosotros [1]. Y todavía añade el mismo Apóstol que para esto subió al cielo el Salvador [2]. Al modo que los rebeldes son desterrados por sus crímenes de la presencia de su rey, así tambien nosotros pecadores jamás hubiéramos sido dignos de ser admitidos á la presencia de Dios, ni aun para pedirle perdon. Mas Jesús, como nuestro Redentor, se presenta por nosotros delante de Dios, y por solos sus méritos nos obtiene la gracia que habíamos perdido. ¡Oh! que la sangre del Redentor clama y pide misericordia en nuestro favor, mejor aun que la sangre de Abel pedia venganza contra Cain [3]. Mi justicia, dijo Dios á santa Magdalena de Pazzi, se ha cambiado en clemencia por la venganza que he tomado en la carne inocente de Jesucristo: no, la sangre de este mi Hijo no me pide venganza como la de Abel; no me pide sino misericordia y compasion, y á esta voz no puede menos de aplacarse mi

1 Semper vivens ad interpellandum pro nobis. (*Hebr.* VII, 25).

2 Ut appareat vultui Dei pro nobis. (*Hebr.* IX, 24).

3 Accessistis ad mediatorem Jesum et sanguinis aspersionem, melius loquentem quam Abel. (*Hebr.* XII, 24).

justicia. Esta sangre le ata las manos de tal suerte que no puede, por decirlo así, servirse de ellas, para tomar de los pecadores la venganza que habia resuelto.

3. No olvideis jamás la gracia que os dispensa el que es vuestro fiador [1]. ¡Ah Jesús mio! yo era incapaz despues de mis pecados de satisfacer á la Justicia divina; pero Vos habeis querido con vuestra muerte satisfacer por mí. ¡Qué ingratitud, pues, no seria la mia, si yo olvidara esta gran misericordia! No, Redentor mio, yo no quiero olvidarla jamás; yo quiero agradecérosla siempre y testificaros mi eterno reconocimiento amándoos, y haciendo todo lo posible para agradaros. Ayudadme con el socorro de aquella gracia que me habeis merecido con tantos trabajos. Yo os amo, Jesús mio, amor mio, esperanza mia.

4. Ven, paloma mia, en las aberturas de la piedra [2]. ¡Oh, qué refugio tan seguro hallarémos siempre nosotros en aquellas aberturas de la piedra, esto es, en las llagas de Jesucristo! Las aberturas de la piedra, dice

1 Gratiam fidejussoris ne obliviscaris. (*Eccli.* XXIX, 20).

2 Veni, columba mea, in foraminibus petrae. (*Cant.* II, 14).

san Pedro Damiano, son las llagas del Señor; aquí es donde él ha establecido toda nuestra esperanza [1]. Aquí serémos curados de la desconfianza que nos inspira la vista de nuestros pecados; aquí hallarémos armas para defendernos cuando nos viéremos tentados á pecar nuevamente. Tened confianza, yo he vencido al mundo [2]. Si no teneis bastante fuerza, nos dice el Salvador, para resistir á los asaltos del mundo que os ofrece sus placeres, confiad en mí, porque yo le he vencido, y por lo mismo vosotros le venceréis tambien. Pedid á mi Padre que en el nombre de mis merecimientos os dé la fortaleza de que teneis necesidad; y yo os prometo que todo cuanto le pidiéreis en mi nombre os lo concederá [3]. Y en otro lugar nos ha confirmado esta su promesa, diciendo que cualquiera gracia que pidamos á Dios en nombre de su amor, él mismo, que es una misma cosa con el Padre, nos la concederá [4].

[1] Foramina petrae, sunt vulnera Redemptoris; in his enim nostram spem constituit. (*Ep.* 41).

[2] Confidite, ego vici mundum. (*Joan.* XVI, 33).

[3] Amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis. (*Joan.* XVI, 23).

[4] Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio. (*Joan.* XIV, 13).

¡Ah, Padre eterno! apoyado en los méritos y en estas solemnes promesas de Jesucristo, yo no os pido ya los bienes de la tierra, sino únicamente vuestra gracia. Es cierto que por los ultrajes que os he hecho no merezco ni perdon ni gracias; mas si yo no las merezco, vuestro Hijo me las ha merecido, dando su sangre y su vida por mí. Por el amor, pues, de este Hijo perdonadme: dadme un gran dolor de mis pecados y un amor grande hácia Vos. Ilustradme á fin de que yo conozca cuán amable es vuestra bondad y cuán grande es el amor que me habeis tenido desde la eternidad. Hacedme conocer vuestra voluntad y dadme fuerzas para cumplirla perfectamente. Señor, yo os amo y quiero hacer todo lo que Vos quisiéreis.

5. ¡Oh, cuán grande esperanza de salvacion nos da la muerte de Jesucristo! ¿Quién nos condenará? dice el Apóstol; ¿será este mismo Redentor que para no condenarnos á la muerte eterna, se ha condenado á sí mismo á morir tan dolorosamente sobre una cruz [1]? De aquí es de donde santo Tomás de

[1] Quis est qui condemnet? Christus Jesus qui mor-

Villanueva saca un poderoso motivo para esforzarnos á todos, diciendo: ¿Qué tienes que temer, pecador, si tú quieres dejar el pecado? ¿Cómo te condenará el que ha muerto para no condenarte? ¿Cómo te desechará cuando tú vuelvas á sus piés, el que ha venido del cielo para buscarte cuando tú huias de él [1]? Pero nuestro mismo Salvador nos da motivos todavía mas poderosos de confianza diciéndonos por boca del profeta Isaías: Oveja mia querida, ten confianza: mira cuánto me has costado: yo te llevo escrita en mis manos, en estas llagas que he recibido por tí: ellas me gritan sin cesar para que te ayude y te defienda de tus enemigos: ámame y ten confianza [2].

Sí, Jesús mio, yo os amo y confio en Vos; el redimirme os ha costado muy caro, mas el salvarme no os cuesta nada: vuestra voluntad es que todos se salven, y que ninguno se pierda. Si mis pecados me amedrentan, vues-

tuus est, qui etiam interpellat pro nobis? (*Rom.* VIII, 34).

[1] Quid times, peccator? quomodo damnabit poenitentem qui moritur ne damneris? quomodo abjiciet redeuntem qui de coelo venit quaerens te?

[2] Ecce in manibus meis descripsi te: muri tui coram oculis meis semper. (*Isai.* XLIX, 16).

tra bondad me asegura; porque mas deseais Vos hacerme bien que yo recibirlo. ¡Ah, mi amantísimo Redentor! os diré con Job: Aun cuando, ó amor mio, Vos me arrojárais de vuestra presencia, nunca dejaria yo de esperar en Vos que sois mi Salvador [1]. Esas vuestras llagas, esa sangre preciosa, son motivos demasiado poderosos en mí, para no esperar toda suerte de bienes de vuestra misericordia. Yo os amo, Jesús mio, yo os amo y yo espero.

6. El glorioso san Bernardo, hallándose un dia enfermo, se vió transportado al tribunal de Dios, en el que le acusaba el demonio de sus pecados, y le decia que no merecia el paraíso. El Santo respondia: Es verdad que yo no merezco el paraíso; pero Jesús tiene dos títulos á este reino; el uno porque es Hijo natural de Dios, el otro porque lo ha conquistado con su muerte: él se contenta con el primero, y me cede el segundo, y por eso pido el paraíso, y lo espero. Nosotros podemos tambien decir lo mismo, desde que san Pablo nos dejó escrito que Jesucristo quiso

[1] Etiam si occiderit me, in ipso sperabo, et ipse erit salvator meus. (*Job*, XIII, 15).

morir consumido de dolores para alcanzar el paraíso á todos los pecadores arrepentidos y resueltos á corregirse [1]. Sobre lo cual añade el Apóstol: Corramos con paciencia á la batalla que nos está propuesta: poniendo los ojos en el autor y consumador de la fe, Jesús, el cual por los méritos de su pasion nos ofrece la victoria y la corona [2].

El mismo Señor nos ha dicho que subia al cielo para prepararnos en él un lugar [3]. Ha dicho, y continúa diciendo á su Padre, que pues nos ha confiado á él, quiere tenernos consigo en el paraíso [4]. ¿Y qué mayor misericordia podíamos esperar del Señor, dice san Anselmo, que la de haber dicho el Padre eterno al pecador, sentenciado por sus pecados al suplicio del infierno sin ningun medio para librarse de él: Toma á mi Hijo, y ofré-

[1] Et consummatus, factus est omnibus obtemperantibus sibi causa salutis aeternae. (*Hebr.* v, 9).

[2] Curramus ad propositum nobis certamen aspicientes in auctorem fidei et consummatorem Jesum, qui postposito sibi gaudio sustinuit crucem confusione contempta. (*Hebr.* XII, 1).

[3] Non turbetur cor vestrum, quia vado parare vobis locum. (*Joan.* XIV, 1).

[4] Pater, quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum. (*Joan.* XVII, 24).

cele por tí: y haber repetido el Hijo: Tómame, y líbrate del infierno [1]?

¡Ah, tierno Padre mio! yo os doy gracias por haberme dado á este vuestro Hijo por mi Salvador: yo os ofrezco su muerte, y por sus méritos os pido misericordia: y á Vos, Redentor mio, os doy continuas acciones de gracias por haber dado vuestra sangre y vuestra vida á fin de librarme de la muerte eterna. Venid, pues, á socorrer á vuestros siervos rebeldes, ya que los habeis redimido con un tan gran precio [2]. ¡Oh Jesús, única esperanza mia! Vos me amais, Vos sois todopoderoso; hacedme santo. Si yo soy débil, fortificadme; si estoy enfermo por falta de mis pecados, haced descender sobre mi alma una gota de vuestra sangre, y sanadme. Concededme vuestro amor y la perseverancia final, haciendo que yo muera en vuestra gracia. Dadme el paraíso; en el nombre de vuestros méritos yo os lo pido, yo lo espero. Yo

[1] Quid misericordius intelligi valet quam quod peccatori unde se redimeret non habenti, Deus Pater dicat: Accipe Unigenitum meum et da pro te; et Filius dicat: Tolle me, et redime te?

[2] Te ergo quaesumus, famulis tuis subveni, quos praetioso sanguine redemisti.

os amo, Dios amabilísimo, con toda mi alma, y espero amaros siempre. Ayudad á un pecador miserable que quiere amaros.

7. Teniendo, pues, por pontífice sumo á Jesús, Hijo de Dios, que ha penetrado hasta lo mas alto de los cielos, permanezcamos firmes en la fe que profesamos; porque el Pontífice que tenemos no es tal que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades; por el contrario, él ha experimentado como nosotros toda especie de tentaciones, salvo el pecado [1]. Puesto que tenemos, continúa el Apóstol, un Salvador que nos ha abierto el paraíso, cerrado un tiempo para nosotros por el pecado, tengamos una confianza indestructible en sus méritos; porque habiendo querido por su bondad tomar parte en nuestras miserias, sabe bien compadecerse de nuestros males. Lleguemos, pues, confiadamente al trono de la gracia, al cual por medio de Jesucristo tenemos entrada, á fin de hallar en él todas las gracias de que

1 Habentes ergo Pontificem magnum, qui penetravit coelos, Jesum Filium Dei, teneamus confessionem. Non enim habemus Pontificem qui non possit compati infirmitatibus nostris: tentatum autem per omnia pro similitudine absque peccato. (*Hebr.* IV, 14).

necesitamos [1]. ¿Cómo podemos dudar, añade de san Pablo, que habiéndonos dado Dios á su Hijo no nos haya dado con él todos sus bienes [2]? El cardenal Hugo comenta así estas palabras: ¿No nos dará lo menos, que es la gloria eterna, aquel Dios que nos ha dado lo mas, que es su propio Hijo [3]?

¡Oh mi soberano bien! ¿Qué os retribuiré yo, pobre como soy, por un tan gran don como el que me habeis hecho de vuestro propio Hijo? Yo os diré con David: El Señor retribuirá por mí [4]. Señor, yo no tengo nada que daros: solo vuestro mismo Hijo puede agradecéroslo dignamente por mí, como lo ha hecho. ¡Oh Padre mio, el mas misericordioso de todos los padres! por las llagas de Jesús os ruego que me salveis. Yo os amo, bondad infinita, y porque os amo, me arrepiento de haberos ofendido. Dios mio, Dios

1 Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno. (*Hebr.* IV, 16).

2 Pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit? (*Rom.* VIII, 32).

3 Non dabit minus, id est vitam aeternam, qui dedit majus, id est Filium suum?

4 Dominus retribuet pro me. (*Psalm.* CXXXVII, 8).

mio, quiero ser todo vuestro; aceptadme por el amor de Jesucristo. ¡Ah, mi benéfico Criador! habiéndome dado Vos á vuestro Hijo, ¿podeis ya rehusarme vuestros bienes, vuestra gracia, vuestro amor, vuestro paraíso?

8. San Leon asegura que los bienes que la gracia de Jesucristo nos ha alcanzado por su muerte, son aun mayores que los males que nos habia hecho la envidia del demonio por el pecado de Adan [1]. Esto mismo es lo que dice claramente el Apóstol escribiendo á los romanos: No ha sido el pecado como el don: en donde el pecado habia abundado, sobreabundó la gracia [2]. El cardenal Hugo explica así estas palabras: La gracia de Jesucristo es todavía mas poderosa que el pecado [3]. No hay comparacion, dice el Apóstol, entre el pecado del hombre y el don que Dios nos ha hecho dándonos á Jesucristo. Grande fue el pecado de Adan, pero mucho mas grande ha sido la gracia que Jesucristo nos ha merecido por su pasion. Yo he venido al mundo,

[1] Ampliora adepti sumus per Christi gratiam, quam per diaboli amiseramus invidiam. (*Serm. de Asc.*).

[2] Non sicut delictum, ita et donum; ubi abundavit delictum, superabundavit gratia. (*Rom.* v, 15, 20).

[3] Christi gratia majoris est efficaciae quam delictum.

dice altamente el Salvador, á fin de que los hombres muertos por el pecado reciban por mí no solo la vida de la gracia, sino una vida mas abundante que la que ellos habian perdido por el pecado [1]. Por eso la santa Iglesia, en los transportes de su alegría, llama feliz la culpa que nos mereció tener un tan gran Redentor [2].

Héme aquí, ó Dios Salvador mio, yo obraré con confianza y nada temeré [3]. Si, pues, ó Jesús mio, Vos que sois un Dios todopoderoso, sois tambien mi Salvador, ¿cómo temeré condenarme? Si hasta ahora os he ofendido, ya me arrepiento de todo corazon. En adelante quiero serviros, obedeceros y amaros: espero firmemente que Vos, Redentor mio, que tanto habeis hecho y sufrido por mi salvacion, no me negaréis ninguna de las gracias que hubiere menester para salvarme [4].

[1] Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant. (*Joan.* x, 10).

[2] O felix culpa quae talem ac tantum meruit habere redemptorem!

[3] Ecce, Deus salvator meus, fiducialiter agam, et non timebo. (*Isaí.* xii, 2).

[4] Fiducialiter agam, immobiliter sperans nihil ad sa-

9. Vosotros sacaréis agua de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel dia: Alabad al Señor é invocad su nombre [1]. Las llagas de Jesús son los dichosos manantiales de donde nosotros podemos recibir todas las gracias, si las pedimos con confianza. Y saldrá una fuente de la casa del Señor, y ella regará el terreno en que antes no crecian sino espinas [2]. La muerte de Jesús es precisamente, dice Isaías, esta fuente prometida que ha inundado nuestras almas con las aguas de la gracia, y que por su poderosa virtud ha convertido las espinas del pecado en flores y frutos de vida eterna. El Redentor en su amor, dice san Pablo, se ha hecho pobre en este mundo, para que por los méritos de su pobreza nosotros nos hiciésemos ricos [3]. Nosotros por el pecado éramos ignorantes, injustos, malos, esclavos del infierno; mas muriendo Jesu-

lutem necessarium ab eo negandum, qui tanta pro salute mea fecit et pertulit. (*S. Bonav.*).

[1] Haurietis aquas de fontibus Salvatoris, et dicetis in illa die: Confitemini Domino, et invocate nomen ejus. (*Isai.* XII, 3).

[2] Et fons de domo Domini egredietur, et irrigabit torrentem spinarum. (*Joël*, III, 18).

[3] Propter vos egenus factus est, ut illius inopia divites essetis. (*II Cor.* VIII, 9).

cristo, dice el Apóstol, y satisfaciendo por nosotros, hemos llegado á ser sabiduría de Dios, justicia, santificacion y redencion [1]. Es decir, como lo explica san Bernardo, que él ha venido á ser nuestra sabiduría instruyéndonos, nuestra justicia perdonándonos, nuestra santidad por su ejemplo, y nuestra redencion por su pasion, librándonos de las manos de Lucifer [2]. En una palabra, dice san Pablo, los méritos de Jesucristo nos han enriquecido de todo bien, en tanto grado que no nos falta nada para merecer recibir todo género de gracias [3].

¡Oh Jesús mio, oh Jesús mio, cuán bellas esperanzas me da vuestra pasion! Dulce Maestro, ¡cuánto os debo yo! ¡Oh, si jamás os hubiera yo ofendido! Perdonadme todas las injurias que os he hecho: abrasadme del todo en vuestro amor, y salvadme por toda la eternidad. Y ¿cómo pudiera yo temer no al-

[1] Factus est nobis sapientia à Deo, justitia, sanctificatio, et redemptio. (*I Cor.* I, 30).

[2] Sapientia in praedicatione, justitia in absolutione, sanctificatio in conversatione, redemptio in passione. (*Serm.* XII *in Cant.*).

[3] In omnibus divites facti estis in illo, ita ut nihil desit vobis in ulla gratia. (*I Cor.* I, 5).

canzar el perdon, la salvacion y todas las gracias que necesito, de un Dios todopoderoso que ha dado toda su sangre por mí? ¡Ah, Jesús mio, esperanza mia, por no perderme á mí habeis querido perder vuestra vida! ¡No permita Dios que yo os pierda, ó bien infinito! Si os he perdido por lo pasado, ya me arrepiento: no, en adelante no quiero ya abandonaros: á Vos toca el ayudarme, á fin de que ya no os pierda mas. Señor, yo os amo, y quiero amaros siempre. Ó María, despues de Jesús Vos sois la esperanza mia: decid á vuestro Hijo que Vos me protegeis, y yo me salvaré. *Amen, así sea.*

CAPÍTULO XV.

Del amor que el Padre eterno nos ha manifestado dándonos á su Hijo.

1. Dios ha amado tanto al mundo, dice Jesucristo, que le ha dado á su propio y único Hijo [1]. Tres cosas debemos considerar en este don: quién es el que da, lo que da y el amor con que lo da. Y desde luego es bien sabido que cuanto mas elevado es el que da, tanto mas precioso es el don. Si alguno recibe una flor de mano de un monarca, estima en mas esta flor que un tesoro. Pues bien: ¡cuánto deberémos estimar el don que nos viene de la misma mano de Dios! Pero ¿cuál es este don que nos hace Dios? Su propio Hijo. Era poco para el amor de Dios Padre el habernos colmado de sus bienes en la tierra; convenia además que llegara hasta darse á sí mismo en la persona de su Verbo encarnado. No es ya un siervo suyo, no es tampoco un Ángel, es su mismo Hijo lo que ha dado, di-

[1] Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret. (*Joan.* III, 16).

canzar el perdon, la salvacion y todas las gracias que necesito, de un Dios todopoderoso que ha dado toda su sangre por mí? ¡Ah, Jesús mio, esperanza mia, por no perderme á mí habeis querido perder vuestra vida! ¡No permita Dios que yo os pierda, ó bien infinito! Si os he perdido por lo pasado, ya me arrepiento: no, en adelante no quiero ya abandonaros: á Vos toca el ayudarme, á fin de que ya no os pierda mas. Señor, yo os amo, y quiero amaros siempre. Ó María, despues de Jesús Vos sois la esperanza mia: decid á vuestro Hijo que Vos me protegeis, y yo me salvaré. *Amen, así sea.*

CAPÍTULO XV.

Del amor que el Padre eterno nos ha manifestado dándonos á su Hijo.

1. Dios ha amado tanto al mundo, dice Jesucristo, que le ha dado á su propio y único Hijo [1]. Tres cosas debemos considerar en este don: quién es el que da, lo que da y el amor con que lo da. Y desde luego es bien sabido que cuanto mas elevado es el que da, tanto mas precioso es el don. Si alguno recibe una flor de mano de un monarca, estima en mas esta flor que un tesoro. Pues bien: ¡cuánto deberémos estimar el don que nos viene de la misma mano de Dios! Pero ¿cuál es este don que nos hace Dios? Su propio Hijo. Era poco para el amor de Dios Padre el habernos colmado de sus bienes en la tierra; convenia además que llegara hasta darse á sí mismo en la persona de su Verbo encarnado. No es ya un siervo suyo, no es tampoco un Ángel, es su mismo Hijo lo que ha dado, di-

[1] Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret. (*Joan.* III, 16).

ce san Juan Crisóstomo [1]. Tambien la Iglesia santa exclama en los transportes de su admiracion: ¡Oh maravillosa dignacion de vuestra ternura para con nosotros! ¡Oh rasgo incomprensible de caridad! para redimir al esclavo habeis entregado al Hijo [2].

¡Oh Dios infinito! ¿cómo habeis podido usar para con nosotros de una ternura tan admirable? ¿Quién jamás podrá comprender un tal exceso de amor, que para rescatar al esclavo hayais querido dar á vuestro Hijo único? ¡Ah, Dios mio, bondad suma! puesto que Vos nos habeis dado lo que teniais de mas precioso, es muy justo que yo os dé lo mejor que tengo. Vos me pedís solo mi amor, y yo no os pido tampoco sino vuestro amor. Ved aquí, pues, mi pobre corazon, yo lo consagro todo entero á amaros. Criaturas todas, cualesquiera que seais, salid fuera de mi corazon, haced lugar á mi Dios, que lo merece todo entero, y quiere poseerlo totalmente y sin ningun rival. Yo os amo, ó Dios de

[1] Non servum, non Angelum, sed Filium suum donavit.

[2] O mira circa nos tuae pietatis dignatio! O inaestimabilis dilectio caritatis! ut servum redimeres Filium tradidisti. (*Exult. in Sabb. S.*).

amor, yo os amo mas que á ninguna otra cosa, y no quiero amar sino á Vos solo, mi Criador, mi tesoro, mi todo.

2. Dios nos ha dado á su Hijo, ¿y por qué motivo? Únicamente por amor. Pilato por un temor humano entregó Jesús á los judíos [1]; mas el Padre eterno nos ha dado á su Hijo por el amor que nos tiene [2]. Santo Tomás dice que en toda donacion el amor es el primer don [3]. Cuando se nos da alguna cosa, el don primero que recibimos es el del amor que nos ofrece el mismo donante en aquello que nos da; porque segun la reflexion del angélico Doctor, la única razon de todo don gratuito es el amor: de otra suerte, cuando la donacion se hace por otro motivo que el del amor, deja de ser un verdadero don. Pues bien, la donacion que el Padre eterno nos hace de su Hijo, ha sido un verdadero don del todo gratuito y sin ningun mérito de nuestra parte: por esto se dice que la Encarnacion del Verbo se hizo por la operacion del Espíritu Santo, es decir, únicamente por

[1] Tradidit voluntati eorum. (*Luc.* XXIII, 25).

[2] Pro nobis omnibus tradidit illum. (*Rom.* VIII, 32).

[3] Amor habet rationem primi doni. (*Part.* 3, *q.* 38, *art.* 2).

amor, como se expresa el mismo Doctor [1].

Pero no es solamente por puro amor el habernos dado Dios á su Hijo, es tambien por un amor inmenso; y ved aquí precisamente lo que el mismo Jesús quiso declarar cuando dijo: *Sic Deus dilexit mundum*. Así amó Dios al mundo. Esta palabra *sic*, así, dice san Juan Crisóstomo, significa la vehemencia del amor con que Dios nos hizo este gran don [2]. ¡Ah! ¿qué mayor amor podia Dios manifestarnos que condenar á muerte su Hijo inocente, para salvar á unos miserables pecadores como nosotros [3]? Si el Padre eterno fuera capaz de padecimiento, ¿qué pena hubiera experimentado cuando se vió en algun modo forzado por la justicia á condenar este Hijo, á quien ama tanto como á sí mismo, á morir con una muerte tan cruel y tan ignominiosa? Él ha querido que espirara en medio de los tormentos y de las angustias, dice Isaías [4].

[1] Ex maximo Dei amore provenit ut Filius Dei carnem sibi assumeret. (*III p. q.* 32, *a* 1).

[2] Verbum *sic* significat amoris vehementiam.

[3] Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum. (*Rom.* VIII, 32).

[4] Et Dominus voluit conterere eum in infirmitate. (*Isai.* LIII, 10).

Imaginaos, pues, que veis al Padre eterno teniendo á Jesús muerto entre sus brazos, y diciéndonos: O hombres, este es mi Hijo carísimo, en quien tengo todas mis complacencias [1]. Ved aquí cómo he querido tratarle por vuestras iniquidades [2]. Ved aquí cómo le he condenado á morir en una cruz, sumergido en la mayor afliccion, abandonado hasta de mí mismo que le amo tan tiernamente. Todo esto he hecho yo á fin de obtener vuestro amor.

¡Oh bondad infinita! ¡oh misericordia infinita! ¡oh amor infinito! ¡oh Dios de mi alma! puesto que por mí habeis querido la muerte del mas caro objeto de vuestro corazon, yo os ofrezco por mí el gran sacrificio que vuestro Hijo os ha hecho de sí mismo; y á nombre de sus méritos os ruego me concedais el perdon de mis pecados, vuestro amor y vuestro paraíso. Grandes son las gracias que yo solicito, pero mas grande es todavía el precio que os presento. Por el amor de Jesucristo, ó Padre mio, perdonadme, y salvadme. Si hasta ahora os he ofendido, ya me

[1] Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui. (*II Petr.* I, 17).

[2] Propter scelus populi mei percussi eum. (*Isai.* LIII, 8).

arrepiento de ello mas que de ningun otro mal; y al presente os estimo y os amo mas que á ningun otro bien.

3. ¡Oh cielos! ¿quién, pues, podia amarnos hasta tal punto, sino un Dios de amor infinito? San Pablo dice: Dios, que es rico en misericordia, por su extremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente en Cristo [1]. El Apóstol llama *extremado* este amor que Dios hizo resplandecer dándonos á los hombres, por medio de la muerte de su Hijo, la vida de la gracia perdida por nuestros pecados. Mas no, este amor no fue extremado para un Dios que es el amor mismo [2]. San Juan dice que enviando su Hijo al mundo, para merecernos por su muerte el perdon y la vida eterna, quiso hacernos ver con esto hasta dónde llegaba la grandeza del amor de un Dios para con nosotros [3].

[1] Deus autem, qui dives est in misericordia, propter nimiam caritatem qua dilexit nos, cum essemus mortui peccatis, convivificavit nos in Christo. (*Ephes.* II, 4).

[2] Deus caritas est. (*I Joan.* IV, 16).

[3] In hoc apparuit caritas Dei in nobis, quod Filium suum unigenitum misit Deus in mundum ut vivamus per eum. (*I Joan.* IV, 9).

Nosotros estábamos muertos por el pecado á la vida de la gracia, y Jesús por su muerte nos ha resucitado. Nosotros éramos miserables, feos y abominables; mas Dios, por medio de Jesucristo, nos ha hecho ricos, hermosos y amables á sus divinos ojos [1]. *Gratificavit*, esto es, nos ha hecho graciosos y agradables; sobre lo cual hace san Crisóstomo esta pregunta: Si á un pobre leproso cubierto de úlceras y del todo asqueroso le curara alguno de la lepra, y además le hiciera hermoso y rico, ¿qué reconocimiento no conservaria este á su bienhechor? Pues ¿cuánto mas deudores somos nosotros á Dios; puesto que, hallándose nuestras almas desfiguradas y aborrecibles por el pecado, no solamente las ha librado del pecado por Jesucristo, sino que además las ha hecho hermosas y amables? El Apóstol dice que Dios nos ha colmado en Jesucristo de toda suerte de bendiciones espirituales para el cielo [2]. Y Cornelio Alápide lo comenta así: Nos ha enriquecido de todos

[1] Gratificavit nos in dilecto Filio suo. (*Ephes.* I, 6).

[2] Benedixit nos omni benedictione spirituali in coelestibus in Christo. (*Ephes.* I, 3).

los dones espirituales [1]. *Bendecir* de parte de Dios, es hacer bien; luego dándonos el Padre eterno á Jesucristo nos ha llenado de todos los dones, no terrenos en el cuerpo, sino espirituales en el alma, *in coelestibus*, dándonos por medio de su Hijo una vida celestial en este mundo y una gloria celestial en el otro.

Bendecidme, pues, hacedme bien, ó Dios de amor, y sea vuestro beneficio el absorber todo mi amor en Vos [2]. Haced que el amor que me habeis tenido me inflame de amor en vuestra bondad. Vos merecíais ser amado con un amor infinito: mas yo os amo con todo el amor de que soy capaz, yo os amo mas que á ninguna otra cosa, yo os amo mas que á mí mismo, yo os hago donacion de toda mi voluntad, y ved aquí la gracia que os pido: hacedme en adelante vivir y obrar en todo segun vuestra divina voluntad, que no quiere sino mi bien y mi eterna salvacion.

4. Mi Rey y Señor, decia la Esposa sagrada, me ha introducido en la cámara del

[1] Benefecit nos omni dono spirituali.
[2] Trahe me vinculis amoris tui.

vino [1], es decir, me ha puesto á la vista todos los beneficios de que me ha colmado para obligarme á amarle; *ordinavit in me caritatem*. Dice un autor, que Dios á fin de conquistar nuestro amor ha enviado, por decirlo así, contra nosotros un ejército de beneficios, hijos de su amor [2]. Mas la dádiva especial que nos hizo de su Hijo, dice el cardenal Hugo, fue aquella flecha reservada predicha por Isaías: Él me ha puesto, dice, como una flecha escogida, y me ha escondido en su aljaba [3]. Así como un cazador, continúa el Cardenal, guarda la mejor flecha para dar el último golpe al venado, del mismo modo Dios entre todos sus beneficios retuvo á Jesús en su seno como en reserva, hasta que llegó la plenitud de la gracia; entonces lo envió como para dar el último golpe, y herir de amor los corazones de los hombres [4]. El apóstol san

[1] Introduxit me Rex in cellam vinariam, ordinavit in me caritatem. (*Cant.* II, 4).
[2] Instruxit contra me caritatem tanquam exercitum. (*Gasp. Sanchez*).
[3] Posuit me quasi sagittam electam, in pharetra sua abscondit me. (*Isai.* XLIX, 2).
[4] Sagitta electa reservatur: ita Christus reservatus est in sinu Patris, donec veniret plenitudo temporis; et tunc missus est ad vulneranda corda fidelium.

PUBLIOT. DE NUEVO LEON

Pedro se sentia herido de esta flecha, dice san Juan Crisóstomo, cuando decia á su Maestro: Señor, Vos sabeis que os amo [1].

¡Ah, Dios mio! yo me veo cercado por todas partes con las redes de vuestro amor. Yo tambien os amo; y si os amo, tambien sé que Vos me amais. Y ¿quién podrá jamás separarme de vuestro amor? Solo el pecado. Mas á Vos solo toca librarme por vuestra misericordia de este mónstruo infernal. Prefiero toda suerte de males, la muerte mas cruel, y aun el ser aniquilado, antes que ofenderos con el pecado mortal. Pero Vos conoceis mis caidas pasadas, Vos conoceis mi debilidad: ayudadme, Dios mio, por el amor de Jesucristo. Soy la obra de vuestras manos: Vos me habeis criado, no me desprecieis [2]. Si por mis pecados merezco que me abandoneis, ¿no merezco tambien que tengais piedad de mí por el amor de Jesucristo, que ha sacrificado su vida por salvarme? Os ofrezco sus merecimientos, que son todos mios, y por ellos os pido y espero de Vos la santa perseverancia y una buena muerte; y entre tan-

[1] Domine, tu scis quia amo te. (*Joan.* XXI, 16).
[2] Opus manuum tuarum ne despicias. (*Ps.* CXXXVI, 8).

to, la gracia de emplear lo que me restare de vida en vuestra mayor gloria. Basta ya de ofensas: me arrepiento al presente de ellas con todo mi corazon, y quiero amaros con todas mis fuerzas. No quiero resistir mas á vuestro amor, yo me entrego todo á Vos. Dadme vuestra gracia y vuestro amor, y haced de mí lo que os agradare. Dios mio, yo os amo, y solo pido amaros siempre. Oidme por los méritos de Jesucristo. María, madre mia, rogad á Dios por mí. *Amen, así sea.*

CAPÍTULO XVI.

Del amor que nos ha manifestado el Hijo de Dios queriendo morir por nosotros.

1. «Hé aquí tu tiempo, tiempo de aman-«tes... y fuiste muy extremadamente hermo-«seada [1].» ¡Cuánto es lo que debemos al Señor, nosotros los cristianos, por habernos hecho nacer despues de la venida de Jesucristo! Nuestro tiempo no es ya el tiempo del temor como lo era el de los judíos, sino el tiempo del amor; puesto que nosotros hemos visto morir un Dios por nuestra salvacion y para ser amado de nosotros. Es una verdad de fe que Jesús nos ha amado, y se ha entregado á la muerte por nuestro amor [2]. Y ¿quién hubiera podido hacer morir á un Dios todopoderoso, si no hubiese querido él mismo con plena voluntad dar su vida por nosotros [3]? Tambien san Juan observa que Jesús por su

[1] Et ecce tempus tuum, tempus amantium... et decora facta es vehementer nimis. (*Ezech.* XVI, 8).

[2] Christus dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis. (*Ephes.* V, 2).

[3] Ego pono animam meam... Nemo tollit eam à me: sed ego pono eam à me ipso. (*Joan.* X, 17, 18).

muerte nos ha dado la mayor prueba que podia darnos de su amor [1]. Por su muerte, dice un piadoso autor, Jesús nos ha dado una tan gran prueba de su amor, que despues de ella ya nada mas le restaba que hacer para mostrarnos cuánto nos amaba [2].

¡Oh mi amado Salvador! Vos os habeis entregado del todo á mí por amor, y yo tambien por amor me entrego todo á Vos. Por mi salvacion habeis sacrificado vuestra vida, y yo por vuestra gloria quiero morir cuándo y cómo Vos quisiéreis. Nada mas os resta ya que hacer para ganar todo mi amor; pero yo, ingrato de mí, os he vendido por nada. Jesús mio, yo me arrepiento ya de todo mi corazon; á nombre de vuestra pasion perdonadme, y en señal del perdon, concededme la gracia de amaros. Yo siento en mí, por vuestra gracia, un gran deseo de amaros, y desde hoy tomo la resolucion de ser todo de Vos: mas conozco mi debilidad, conozco mis continuas perfidias; solo Vos podeis sostener-

[1] Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos. (*Joan.* XIII, 1).

[2] Summum dilectionis testimonium circa finem vitae in cruce monstravit. (*Contens.* X, 2, 10).

me y hacer que os sea fiel. Ayudadme, ¡oh amor mio! haced que os ame, y nada mas os pido.

2. El bienaventurado Dionisio Cartujano dice, que la pasion de Jesucristo fue llamada un exceso [1], porque con efecto ella fue un exceso de misericordia y de amor. ¡Oh Dios! ¿quién de los fieles podria vivir sin amar á Jesucristo, si meditara frecuentemente en su pasion? Todas las llagas de Jesús, dice san Buenaventura, son otras tantas llagas del amor; ellas son como unos dardos que hieren los corazones mas duros; son llamas que abrasan las almas mas heladas [2]. El bienaventurado Enrique Suzon, para hacerse imprimir mas fuertemente en el corazon el amor de Jesús paciente, tomó un dia un cuchillo afilado y se grabó en el pecho el nombre de su tierno Maestro; despues, bañado todo en sangre, se dirigió á la iglesia, y postrado allí en tierra delante de Jesús crucificado, le dijo: ¡Oh Señor, único amor de mi

[1] Et dicebant excessum ejus quem completurus erat in Jerusalem. (*Luc.* IX, 31). Dicitur passio Christi excessus quia in ea ostensus est excessus dilectionis et pietatis.

[2] O vulnera corda saxea vulnerantia, et mentes congelatas inflammantia!

alma! ya veis mi deseo: yo hubiera querido grabaros en el fondo de mi corazon, mas esto yo no lo puedo hacer. Vos que todo lo podeis, suplid mi imposibilidad, y en lo mas profundo de mi corazon grabad vuestro nombre adorable, de manera que ni vuestro nombre ni vuestro amor puedan borrarse jamás de él.

«Mi amado es cándido y rubicundo, escogido entre millares [1].» ¡Oh Jesús mio! vuestra inmaculada inocencia os hace del todo brillante por la blancura; pero en esa cruz sois del todo rubio á causa de las heridas que habeis recibido por mí. Os he escogido por el único objeto de mi amor. Y ¿qué pudiera yo amar sino á Vos? ¿Qué otro objeto pudiera hallar en el universo mas amable que Vos, mi Redentor, mi Dios y mi todo? Yo os amo, Señor infinitamente amable, yo os amo mas que á todo; haced tambien que os ame con toda la extension de mi amor y sin reserva.

3. ¡Oh! si tú conocieras el misterio de la cruz [2]! decia san Andrés á un tirano. Es como si le dijera: ¡Oh tirano! si tú compren-

[1] Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus. (*Cant.* V, 10).

[2] Oh! si scires mysterium crucis!

dieras el amor que Jesucristo te ha tenido queriendo morir en una cruz por salvarte, abandonarias todos tus bienes y todas tus esperanzas terrenas para no amar sino al Salvador. Forzoso nos es tambien decir lo mismo á esos fieles que creen, es verdad, en la pasion de Jesús, pero que no piensan en ella. ¡Ah! si todos los hombres pensaran en el amor que Jesucristo nos ha mostrado muriendo por nosotros, ¿quién pudiera no amarle? El amado Salvador, dice el Apóstol, ha muerto por nosotros, á fin de hacerse dueño de nuestros corazones por el amor que nos ha mostrado en su muerte. Pues, ora que muramos, ora que vivamos, es justo que seamos totalmente de Jesús, á quien tanto ha costado el salvarnos [1]. ¡Oh! quién pudiera decir como san Ignacio mártir en los transportes de su amor: Que las llamas, las cruces, las bestias feroces y todos los tormentos se reunan contra mí, con tal que yo conquiste y goce de Jesucristo [2].

[1] In hoc Christus mortuus est et resurrexit, ut mortuorum et vivorum dominetur. Sive ergo morimur, sive vivimus, Dei sumus. (*Rom.* XIV, 8, 9).

[2] Ignis, crux, bestiae, et tota tormenta in me veniant: tantum ut te, Christe, fruar.

¡Oh tierno Maestro mio! Vos habeis muerto para conquistar mi alma; pero yo ¿qué he hecho para conquistaros á Vos, bien infinito? ¡Ah, Jesús mio, cuántas veces os he perdido por nada! Yo, miserable, sabia que perdia vuestra gracia por mis pecados; sabia que os causaba con ellos un gran desagrado, y con todo los he cometido. Lo que me consuela es habérmelas con una bondad infinita, que olvida los pecados cuando el pecador se arrepiente de ellos, y le ama. Sí, Dios mio, yo me arrepiento y os amo. Perdonadme por pura gracia, y reinad en adelante sobre este corazon tanto tiempo rebelde; yo os lo confio, y me entrego del todo á Vos. Decidme qué es lo que Vos quereis de mí, porque estoy dispuesto á hacerlo. Sí, Señor, yo quiero amaros, quiero contentaros en todo: dadme fuerza para ello y espero cumplir mi resolucion.

4. Muriendo Jesús no por eso ha cesado nunca de amarnos; él nos ama todavía y vuelve á buscarnos hoy con el mismo amor que le obligó á descender del cielo para buscarnos y morir por nosotros. Sabida es aquella brillante señal de amor que dió el Salvador á san Francisco Javier, en uno de sus viajes al

tiempo de una tempestad: una grande ola de mar arrebató el Crucifijo de la mano del Santo; aportando despues Javier triste y afligido á la playa, deseaba con ardor recobrar la imágen de su amado Maestro; y hé aquí que de repente vió venir hácia él un pez que llevaba el Crucifijo levantado entre sus aletas. Acercóse el Santo, y con lágrimas de ternura y de amor recibió la santa imágen, y la estrechó vivamente contra su corazon. ¡Oh, con qué amor viene Jesús al alma del que le desea! El Señor es bueno para el alma que le busca [1], pero que le busca con un verdadero amor. Pues bien, ¿pueden creer que tienen este verdadero amor, los que rehusan llevar la cruz que el Señor les envia?

Jesucristo no ha buscado ni su voluntad ni su comodidad, dice Cornelio Alápide; sino que ha sacrificado todas las cosas y hasta su misma vida por nuestra salvacion [2]. Jesús, por nuestro amor, no ha buscado los placeres de la tierra, sino los tormentos y la muer-

[1] Bonus est Dominus animae quaerenti illum. (*Thren.* III).

[2] Christus non sibi placuit. (*Rom.* XV, 3). Christus suae voluntati et commodis non servivit, sed ea omnia, et vitam pro nostra salute exposuit.

te, siendo no obstante del todo inocente: y nosotros pecadores ¿qué es lo que buscamos por amor á Jesucristo? Hallándose en la cárcel san Pedro mártir en oracion, se lamentaba de una injusticia que se le habia hecho, y decia: Pero, Señor, ¿qué he hecho yo para sufrir esta persecucion? Jesús crucificado le respondió: Y yo, Pedro, ¿qué mal hice para haber sido enclavado en esta cruz?

¡Oh mi dulce Salvador! ¿Vos preguntais qué mal habeis hecho? Vos nos habeis amado demasiado, pues que por nuestro amor habeis querido sufrir tanto. Y nosotros que por nuestros pecados hemos merecido el infierno ¿rehusarémos aceptar los padecimientos que nos enviais para nuestro bien? Jesús mio, Vos sois todo amor para quien os busca. Yo no busco ni vuestras dulzuras ni vuestras consolaciones, sino solo á Vos y vuestra voluntad; concededme vuestro amor, y tratadme despues como os agradare: yo abrazo todas las cruces que me enviáreis, pobreza, persecuciones, enfermedades, dolores; libradme únicamente del pecado, y carguen sobre mí todos los demás males; todo esto se-

rá poco aun en comparacion de lo que Vos habeis sufrido por mi amor.

5. Para redimir al esclavo, ni el Padre ha perdonado al Hijo, ni el Hijo se ha perdonado á sí mismo [1]. Así, para salvar al esclavo, el Padre no libró á su Hijo, y el Hijo no se ha librado á sí mismo. Y despues de tanto amor á los hombres, ¿podrá haber alguno que no ame á un Dios tan amante? El Apóstol asegura que Jesús ha muerto por todos nosotros, á fin de que nosotros no vivamos ya sino para Dios y para solo su amor [2]. Mas ¡ay de mí! que la mayor parte de los hombres, despues de haber muerto un Dios por ellos, viven para el pecado, viven para el demonio, y no para Jesucristo. Platon decia que el amor es el iman del amor [3], y Séneca replicaba: si quieres ser amado, ama [4]. Pues bien, muriendo Jesús por los hombres

[1] Ut servum redimeret, nec Pater Filio, nec Filius sibi ipsi pepercit. (*S. Bern. serm. in fer.* IV *hebdom.*).

[2] Pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est. (*II Cor.* V, 15).

[3] Magnes amoris amor.

[4] Si vis amari, ama.

ha llegado á parecer como un loco de amor por nosotros [1]. ¿Cómo, pues, sucede que despues de tantos prodigios de amor, no ha podido aun conquistar nuestros corazones? ¿Cómo, despues de habernos amado tanto, no ha llegado aun á hacerse amar de nosotros?

¡Oh, que no todos los hombres os aman, Jesús mio amabilísimo! Vos sois un Dios digno de amor infinito; mas ¡oh pobre Maestro mio! permitidme llamaros así, ¡Vos sois tan amable, Vos habeis hecho y sufrido tanto para ser amado de los hombres! Y ¿dónde están los que os aman? Yo veo cási todos los hombres dedicados á amar unos á sus parientes, otros á sus amigos, estos á las mas indignas criaturas, aquellos las riquezas, los honores, los placeres y hasta los animales, mas ¿cuántos de ellos hay que os amen, ó infinitamente amable? ¡Oh Dios, cuán pocos son! pero yo quiero ser uno de estos pocos, aunque pecador y miserable. Sí, hubo un tiempo en que yo os ofendia, amando indignos objetos en perjuicio de vuestro amor; mas al presente yo os amo y os aprecio mas que

[1] Stultum visum est, ut pro omnibus auctor vitae moreretur. (*S. Greg. Hom.* 6).

á ningun otro bien, y no quiero ya amar sino á Vos. Perdonadme, Jesús mio, y venid en mi socorro.

6. ¡Pues qué! ó cristiano, dice san Cipriano, Dios se contenta de tí, ¿y tú no te contentarás de tu Dios [1]? ¡Ah, mi amantísimo Jesús! yo no quiero en mí otro amor que el vuestro, yo estoy contento con poseeros, yo renuncio á todos los demás afectos, bástame vuestro amor. Ya oigo que me decís: Ponme como un sello sobre tu corazon [2]. Sí, Jesús mio crucificado por mí, yo os pongo y os pido que os pongais Vos mismo como un sello sobre mi corazon, á fin de que se conserve cerrado á todo otro afecto que no sea el vuestro. Hasta ahora os he desagradado entregando mi corazon á un amor extraño; mas al presente lo único que me aflige, es la memoria de haber perdido vuestro amor por mis pecados. En adelante ¿quién me separará jamás de vuestro amor [3]?

No ¡oh el mas amable de los maestros!

[1] Contentus est te Deus, et tu non eris contentus Deo tuo? (*S. Cypr. apud. Contens.*).

[2] Pone me ut signaculum super cor tuum. (*Cant.* VIII, 6).

[3] Quis me separabit à caritate Christi? (*Rom.* VIII, 35).

despues que me habeis hecho conocer el amor que me habeis tenido, yo no puedo vivir sin amaros. Yo os amo ¡oh amor mio crucificado! yo os amo con todo mi corazon, y os entrego esta alma tan solicitada y tan amada de Vos. ¡Ah! por los méritos de esa muerte que separó con tanto dolor vuestra santa alma de vuestro cuerpo, desatadme de todo otro amor que pudiera impedirme ser todo de Vos, y de amaros con todo mi corazon. ¡Oh María, esperanza mia! ayudadme á no amar sino á vuestro divino Hijo, de suerte que pueda yo repetir siempre con verdad el resto de mi vida: Mi amor ha sido crucificado, mi amor ha sido crucificado [1]. *Amen.*

ORACION DE SAN BUENAVENTURA.

¡Oh Jesús! que por mi amor no os habeis perdonado á Vos mismo, imprimid en mí vuestra pasion, á fin de que en todas partes tenga yo delante de mis ojos vuestras llagas, y no encuentre reposo ni consuelo sino en Vos y en la meditacion de vuestras penas. *Amen.*

[1] Amor meus crucifixus est: amor meus crucifixus est.

GRADOS DE LA PASION.

Dulcísimo Jesús, entristecido en el huerto, orando al Padre, y puesto en agonía sudando gotas de sangre: *Tened, Señor, misericordia de nosotros.*

Dulcísimo Jesús, entregado en manos de los impíos con un beso del traidor Judas, preso y atado como un ladron, y abandonado de los discípulos: *Tened, Señor*, etc.

Dulcísimo Jesús, proclamado reo de muerte por el inícuo concilio de los judíos, conducido como un malhechor delante de Pilato, menospreciado y mofado por el inícuo rey Herodes: *Tened, Señor*, etc.

Dulcísimo Jesús, despojado de tus vestiduras, y azotado cruelísimamente en una columna: *Tened, Señor*, etc.

Dulcísimo Jesús, coronado de espinas, abofeteado, herido con una caña, cubierto el semblante con un velo, vestido con un harapo de púrpura, burlado de muchos modos y harto de oprobios: *Tened, Señor*, etc.

Dulcísimo Jesús, pospuesto al ladron Barrabás, reprobado por los judíos, y condenado injustamente á la muerte de cruz: *Tened, Señor*, etc.

Dulcísimo Jesús, cargado con el pesado madero de la cruz, y conducido al lugar del suplicio como una oveja al matadero: *Tened, Señor*, etc.

Dulcísimo Jesús, contado entre los ladrones, blasfemado y escarnecido, abrevado con hiel y vinagre, y atormentado en la cruz con horribles tormentos desde la hora sexta hasta la nona: *Tened, Señor*, etc.

Dulcísimo Jesús, muerto en el patíbulo de la cruz, y atravesado con una lanza delante de tu santísima Madre, manando agua y sangre al mismo tiempo: *Tened, Señor*, etc.

Dulcísimo Jesús, bajado de la cruz, y bañado con lágrimas de tu tristísima Vírgen Madre: *Tened, Señor*, etc.

Dulcísimo Jesús, cubierto de heridas, marcado con cinco grandes llagas, embalsamado y puesto en un sepulcro: *Tened, Señor*, etc.

℣. En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades.

℟. Y cargó con nuestros dolores.

OREMOS.

¡Oh Dios! que por la redencion del mundo quisiste nacer, ser circuncidado, reprobado de los judíos y entregado con un beso del traidor Judas, atado con cordeles, y como un inocente cordero llevado al degolladero, presentado indignamente delante de Anás, Caifás, Pilato y Herodes, acusado por testigos falsos, azotado y abofeteado, vejado con oprobios, escupido, coronado con espinas, herido con una caña, cubierto el rostro con un velo, clavado y elevado en la cruz, contado entre los ladrones, abrevado con hiel y vinagre y atravesado con una lanza! Tú, Señor, por estas santísimas penas que yo, aunque indigno, repaso y medito, y por tu santísima cruz y muerte líbrame de las penas del infierno, y dígnate llevarme á donde llevaste al buen Ladron crucificado contigo: Que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por los siglos de los siglos. Amen.

ESTACIONES

EN FORMA DE DIÁLOGO

SOBRE EL CALVARIO Y DURANTE LA MISA.

«No hay un ejercicio mas capaz de con-«vertir las almas á Dios, de inspirarles mas «horror al pecado, de borrar los pecados ya «cometidos, de preservarse de los que se vean «tentadas á cometer, de entablar una vida «verdaderamente cristiana, de enriquecer las «almas con gracias y merecimientos, de ob-«tener toda suerte de bendiciones del cielo, «y de santificar y salvar á los hombres, que el «santísimo ejercicio del *Via Crucis* (ó sean «las estaciones del Calvario), cuando está «acompañado de la meditacion sobre la pa-«sion de Jesucristo,» dice el venerable Tomás de Kempis. «El enemigo de la salvacion «no puede dañar de ningun modo á los que «con una confianza filial en Jesucristo su Sal-«vador se acogen á la proteccion de la cruz, «que él escogió para ser el instrumento de su «redencion,» decia san Agustin. Ellos experimentan todavía que «de las llagas del Sal-

«vador salen unas flechas encendidas que hie-«ren los corazones mas duros, que abrasan «las almas mas heladas.» (San Buenaventura).

¡Ah! ¡qué crímen, pues, han cometido, y cuánto mal han hecho á la piedad de los fieles, ó Salvador mio, aquellos enemigos de vuestra cruz, que en su frenesí infernal destruyeron sobre el monte célebre, próximo á la capital, esos lugares venerables que recordaban tan sensiblemente á nuestra memoria el verdadero Calvario! ¡Oh Jesús! que habeis rogado por vuestros verdugos, tened tambien piedad de aquellos; convertidlos: tambien por ellos habeis derramado vuestra sangre.

Rogamos, pues, á los cristianos por el deseo que deben tener de su propia santificacion, que no olviden la pasion de Jesucristo y mediten frecuentemente sus penas. Para facilitarles esta meditacion saludable ponemos á continuacion las siguientes estaciones en forma de diálogo entre Jesucristo y el alma fiel, invitándoles á que las hagan todos los viernes en una iglesia ó en su oratorio, si no lo hacen durante el augusto sacrificio de la misa.

PRIMERA ESTACION.

JESÚS EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

Cuando el sacerdote estando ya en el altar se prepara á comenzar la Misa.

JESUCRISTO.

Mi alma está triste hasta la muerte, mi sangre fluye de todo mi cuerpo con tanta abundancia que la tierra queda regada de ella. Yo me veo reducido á la agonía.

Oid cuáles son las causas del lastimoso estado en que me veis. Es la vista de los horribles tormentos que voy á padecer; lo son vuestros pecados: lo son el amor que os tengo y vuestra insensibilidad á mi amor.

EL ALMA FIEL.

Yo que soy el culpable, yo soy quien debe padecer; no Vos, ó Jesús mio, que sois el inocente, el justo por excelencia. Yo me arrepiento amargamente de todos mis pecados. ¡Oh, cuán grande es el amor que me teneis! No quiero ser ya mas insensible á él.

Por vuestra sagrada pasion, tened misericordia de mí ahora y por toda la eternidad. Tened misericordia de todos los pecadores.

SEGUNDA ESTACION.

JESÚS POSTRADO EN TIERRA.

Al Confiteor Deo.

JESUCRISTO.

Yo me cargo con vuestras iniquidades, y quiero pagar su pena: yo derramaré toda mi sangre para expiarlas, y me sacrificaré por vosotros: ¿no os reconoceréis culpables? ¿No detestaréis los pecados que van á descargar sobre mí todos los males? ¿Todavía los cometeréis?

EL ALMA FIEL.

Sí, mi Dios, yo soy culpable, muy culpable, lo confieso. Por mi culpa, únicamente por mi culpa, he pecado. Yo quisiera poder morir de dolor de haber ofendido á un Dios infinitamente digno de ser infinitamente amado. ¡Perdon, misericordia! Yo velaré y oraré sin cesar para no caer en la tentacion. ¡Soy tan débil, tan lleno de malicia! Sostenedme pues, porque si no lo haceis yo os abandonaré, yo renegaré de Vos, yo os haré traicion. Por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

TERCERA ESTACION.

JESÚS VENDIDO POR JUDAS.

Cuando el sacerdote sube al altar.

JESUCRISTO.

Judas es uno de mis doce discípulos á quien he instruido por tanto tiempo, y á quien tan especialmente he favorecido. Él ha dado entrada á la avaricia en su corazon, y esta pasion le ha arrastrado hasta venderme á los judíos por algunas monedas de plata. ¿Con qué designio viene aquí? Es para entregarme alevosamente; él me vende con un beso pérfido. En vano le saludo con el dulce nombre de amigo, á fin de que reconozca su pecado, y pueda yo perdonarle. Atormentado por los remordimientos, confiesa que ha pecado, pero desesperado se ahorca: ¡qué profunda llaga no abre en mi corazon!

EL ALMA FIEL.

¡Oh mi Dios! ¡Á dónde no conduce una pasion de la que llega alguno á hacerse esclavo! ¡Ay! Y ¿no he imitado yo á vuestro pérfido Apóstol, acercándome á la mesa santa del altar siendo vuestro enemigo? Divino Maestro mio, yo he pecado; más por grande que sea mi iniquidad, espero en Vos, pues que ya me arrepiento de mis pecados, tanto por el ultraje que os he hecho, como porque Vos sois el Padre de las misericordias. Por vuestra sagrada pasion, etc. pág. 230.

CUARTA ESTACION.

JESÚS MANIATADO Y PRESO.

Cuando el sacerdote pasa al lado de la Epístola.

JESUCRISTO.

Átanme con cordeles mis enemigos como si fuera un malvado; ¿qué mal he hecho yo? ¿Tendrian ellos este poder, si yo no se lo diera? Con dos solas palabras acabo de postrarlos en tierra para manifestarles cuánto es mi poder.

Quiero libraros de la esclavitad del pecado, y romper las cadenas de vuestras pasiones. Yo quiero atraeros á mí con los vínculos de mi caridad.

EL ALMA FIEL.

¡Oh Salvador mio! encarecidamente os pido que rompais mis lazos; desatad las ligaduras con que me hallo atado á las vanidades de este mundo, y á mí mismo. Llevadme tras de Vos. Haced que esté siempre íntimamente unido á Vos con las dulces cadenas de un amor puro y sin límites. Por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

QUINTA ESTACION.

JESÚS HARTO DE OPROBIOS.

Al Introito.

JESUCRISTO.

Véndanseme los ojos, como si con esto se me pudiera impedir el ver: se me hiere diciendo: «Adivina quién te dió.» Yo recibo

muchas bofetadas, mi rostro está cubierto de inmundas salivas; yo soy verdaderamente el oprobio de los hombres y la basura del pueblo. Viendo al Rey de la gloria harto de oprobios por vosotros, ¿seréis siempre tan sensibles en puntos de honor? ¿Exigiréis todavía satisfacciones? ¿Ambicionaréis siempre los primeros empleos?

EL ALMA FIEL.

¡Oh mi dulce Salvador! Yo quiero daros una pública satisfaccion por los muchos ultrajes que recibís. En adelante miraré como una verdadera dicha el ser olvidado, humillado, ultrajado y menospreciado. Mi mayor gloria será imitaros y seguiros á fin de agradaros. Por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

SEXTA ESTACION.

JESÚS NEGADO POR SAN PEDRO.

Al Kyrie eleison y las Oraciones.

JESUCRISTO.

Pedro, el primero de mis Apóstoles, el que yo habia escogido para su cabeza; el que me

habia protestado públicamente que, aunque todos los demás se escandalizaran por mi causa, él no me abandonaria nunca, y preferiria la muerte: Pedro reniega de mí; á una simple pregunta que le hace una criada, jura que no es mi discípulo, que no me conoce: lo asegura por tres veces; mas al fin él no persevera como Judas en su pecado: una sola mirada mia hace que reconozca su falta y la llore amargamente.

Desconfiad de vosotros mismos. No ceseis nunca de orar. Si llegáreis á pecar, volved prontamente á mí, y servidme despues con mayor fervor.

EL ALMA FIEL.

¡Oh mi divino Salvador! Yo no me atrevo á deciros que jamás os abandonaré: mi debilidad es extrema; mas conozco que os amo, y no quiero dejar de amaros jamás. No permitais que yo me separe nunca de vuestro amor: haced que os diga sin cesar: Señor, Vos sabeis que os amo. Por vuestra sagrada Pasion, etc., pág. 230.

SÉPTIMA ESTACION.

JESÚS DELANTE DE LOS TRIBUNALES.

A la Colecta.

JESUCRISTO.

Siendo yo soberano Juez del universo, se me conduce delante de unos jueces que tienen resuelta mi muerte. Para engañar al pueblo, me preguntan acerca de mi doctrina y discípulos: dan oidos á testigos falsos, y sentencian que yo he blasfemado y que soy digno de muerte, porque preguntado si soy el Hijo de Dios, he respondido que lo era.

¿Cuántas veces habeis vosotros dado oidos á la voz de vuestras pasiones? Acordaos siempre que un dia apareceréis delante de mi tribunal, y que yo os juzgaré segun vuestras obras.

EL ALMA FIEL.

¡Oh mi Salvador! no serán ya mis pasiones las que yo consultaré, á Vos solo escucharé; á Vos solo obedeceré. Haced que yo viva santamente para que podais juzgarme

en vuestra misericordia. Por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

OCTAVA ESTACION.

JESÚS EN CASA DE PILATO.

A la Epístola.

JESUCRISTO.

Yo soy presentado delante de Pilato. Los judíos le dicen á este, que si yo no fuera un criminal, ellos no me hubieran entregado en sus manos: me acusan de que yo perturbo la nacion, de que impido pagar el tributo al César, y de que me llamo rey.

¡Ah! ¿Yo tratado como malhechor? ¿yo que hacia todo bien, y que no he hecho sino el bien? La celestial doctrina que yo he predicado, se reduce al amor de Dios y del prójimo. Yo he dicho expresamente: Dad al César lo que pertenece al César; y muchas veces he huido para que no me proclamaran rey. Pilato supo de mi boca que yo era rey, pero que mi reino no era de este mundo. Él me pregunta: ¿qué es la verdad? mas al mis-

mo tiempo huye sin querer que yo le haga conocer la verdad.

EL ALMA FIEL.

¡Oh Salvador mio! Vos sois la misma bondad, y habeis sido infinitamente bueno para conmigo. Enseñadme á amar á Dios, y á amar á mi prójimo por Dios. Reinad en mí. Yo quiero dar lo que es debido al que es mi Dios. Por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

NOVENA ESTACION.

JESÚS EN CASA DE HERODES.

Al Evangelio.

JESUCRISTO.

Pilato no halla en mí ningun crímen, y léjos de absolverme, me remite á Herodes para ser juzgado. Herodes se lisonjeaba de que yo haria en su presencia algun milagro; y porque no satisfago su vana curiosidad, él y toda su corte me menosprecian: yo vengo á ser el objeto de su irrision, y otra vez soy remitido á Pilato, revestido con una túnica blanca para manifestar que me considera como insensato.

EL ALMA FIEL.

¡Oh Salvador mio! ¡Vos sois la sabiduría increada, Vos teneis palabras de vida eterna, y se os trata como insensato! La sabiduría del mundo sí que es una verdadera locura; yo renuncio á ella: dadme la verdadera sabiduría; yo la deseo para conducirme de modo que sea agradable á vuestros ojos. Por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

DÉCIMA ESTACION.

JESÚS COMPARADO CON BARRABÁS.

Al Credo.

JESUCRISTO.

Pilato pregunta al pueblo, que le pedia la libertad de un preso en la fiesta de Pascua: «¿Á quién de los dos quereis que os liberte, «á Barrabás ó á Jesús?» ¡De este modo se me compara con un malhechor; y todavía este malhechor es preferido á mí! El pueblo responde: «No queremos á Jesús, dadnos á Bar«rabás.» Pilato pregunta qué hará, pues, de mí, y el pueblo grita: «¡Crucifícale, que sea

«crucificado!» Cuando vosotros habeis pecado mortalmente, ¿con quién me habeis comparado y puesto en paralelo? ¿Quién es el que habeis preferido á mí? Hélo aquí: vosotros habeis preferido á mí el mundo, vuestras pasiones, el demonio; habeis pedido como los judíos mi muerte, habeis consentido en recibir como ellos el castigo que merece la muerte de un Hombre-Dios. ¿Cuáles son ahora vuestros sentimientos?

EL ALMA FIEL.

¡Oh mi Salvador! ¡yo el culpable de vuestra muerte! ¡Qué! ¡he podido yo trataros así, á Vos á quien debia amar infinitamente, si fuera capaz de teneros un amor infinito! Dios de bondad, perdonadme por la grandeza de mi dolor. Yo no preferiré ya nada á Vos. No desearé jamás nada sino á Vos. Que vuestra sangre no clame, ni pida venganza contra mí, sino que corra suavemente sobre mí para purificar este mi corazon, que ya está despedazado de arrepentimiento por haberos ofendido. Por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

UNDÉCIMA ESTACION.

JESÚS AZOTADO.

Al Ofertorio.

JESUCRISTO.

Pilato ordena que yo sea azotado. Conducido en seguida al lugar destinado para la ejecucion, soy desnudado vergonzosamente, atado con cordeles á la columna infame, y los verdugos se apresuran á saciar en mí toda su rabia. Lo que mas excita su furor son mis enemigos, son las potestades del infierno cuya hora les ha llegado ya, lo es tambien mi mismo Padre que toma venganza de mí. Ellos oyen por todas partes este gran grito: *¡Herid! ¡herid!* y ellos obedecen. ¿Quién ha podido contar los azotes que yo he recibido? Ved el estado en que se halla vuestro Salvador. Yo estoy al presente sin hermosura ni belleza, y de ningun modo se me puede ya reconocer. Desde la planta del pié hasta lo alto de la cabeza, nada sano ha quedado en mí. Mi cuerpo está tan descarnado que se pueden contar

todos mis huesos. Es una llaga horrorosa la que lo cubre enteramente. Y ¿para qué he querido sufrir un suplicio tan ignominioso y tan cruel? Solo para expiar vuestras inmortificaciones, vuestra delicadeza, vuestras inmodestias escandalosas, vuestras torpes impurezas. ¿No renunciaréis ya á ellas? ¿No las cobraréis el mayor horror? ¿No condenaréis á la penitencia los mismos miembros que habeis hecho servir al vicio, despues que me estaban consagrados?

EL ALMA FIEL.

¡Oh mi divino Salvador! ¡Qué! ¿Soy yo, son mis pecados los que os han puesto en un estado tan horrible? ¿Cómo no muero yo de dolor por haberos tratado así? No, no seré ya en adelante idólatra ciego de este cuerpo de lodo y de pecado que debe convertirse en podredumbre. Yo castigaré todos los dias con la mortificacion esta carne criminal, por la que he sacrificado muchas veces mi alma que os es tan amada. Vedme, pues, aquí, preparado á recibir vuestros castigos: castigadme, pero que sea como padre compasivo y tierno. Por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

DUODÉCIMA ESTACION.

JESÚS CORONADO DE ESPINAS.

Al Prefacio.

JESUCRISTO.

Yo soy en verdad el Rey de los reyes, y se me trata como un rey de teatro. Se me desnuda nuevamente con violencia de los vestidos pegados á mi cuerpo, y pudiera decirse que estoy revestido de un ropaje de sangre. Tíranme sobre los hombros un pedazo de escarlata usado y rasgado, para que me sirva de manto real. Introdúcenme á récios y repetidos golpes sobre la cabeza una corona de largas y agudas espinas, que al instante hacen correr por mi rostro la sangre en abundancia. Pónenme una caña en las manos á manera de cetro; y sentado en tal estado sobre un trono de ignominia, doblan por irrision la rodilla delante de mí diciéndome: *Salve, Rey de los judíos.* Estas burlas sacrílegas van acompañadas de toda suerte de iniquidades. De este modo he querido expiar vuestras vanidades, vuestro orgullo y vuestra ambicion.

EL ALMA FIEL.

¡Oh mi Jesús! sí, Vos sois mi verdadero Rey y mi Dios: Vos sois un rey lleno de dulzura: yo me adhiero á Vos para siempre: el serviros á Vos es reinar: dignaos reinar eternamente en mi corazon; yo renuncio á mis vicios por los que habeis sufrido un tan horrible tormento y tantas otras ignominias. Por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

DÉCIMATERCIA ESTACION.

JESÚS CONDENADO Á MUERTE.

Al Memento de los vivos.

JESUCRISTO.

Tal es el horrible estado en que Pilato me presenta al pueblo, diciéndole: *Ecce Homo:* Ved aquí el hombre. ¿No he podido decir, pues, con verdad por el Profeta, que soy un gusano de la tierra mas bien que un hombre; que soy el oprobio de los hombres y la escoria del pueblo? Un espectáculo tan lastimoso no mueve sin embargo el corazon de este pueblo endurecido. Persiste aun en pedir que se

me crucifique, y Pilato temiendo incurrir, con la enemistad de los judíos, en la desgracia del César, me abandona á mis enemigos para ser crucificado. Él se lava las manos como si fuera inocente de la muerte á que me condena.

Yo me someto gustoso por vuestro amor á esta injusta sentencia: yo deseo ardientemente ser bautizado en el bautismo de mi sangre; mas acordaos vosotros que habeis aprobado y suscrito esta mi sentencia con vuestros pecados. Todas las veces que habeis pecado mortalmente, habeis condenado á muerte al Hijo de Dios.

EL ALMA FIEL.

¡Oh mi amabilísimo Salvador! yo reconozco que he merecido tantas veces el infierno, cuantas son las iniquidades que tengo cometidas, y cuyo número solo Vos lo sabeis. ¡Con qué cara me atrevo á levantar hácia Vos mis ojos, al pensar en la indignidad de mi conducta! Mas, puesto que Vos habeis consentido en morir por mí, yo suplico á vuestra infinita bondad borreis la sentencia de muerte eterna que ha mucho tiempo se hubiera

ejecutado en mí, si no fuérais tan misericordioso conmigo. Yo detesto por vuestro amor todos mis pecados. Prefiero morir antes que volver á cometerlos, y quiero hacer penitencia de ellos toda mi vida. Por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

DÉCIMACUARTA ESTACION.

JESÚS CON LA CRUZ Á CUESTAS.

A la Elevacion.

JESUCRISTO.

Apenas se ha pronunciado la sentencia, cuando ya se apresuran á ponerme otra vez mis vestidos, para que por ellos pueda ser reconocido. Preséntaseme luego una cruz; ¡ah! ¡y con qué amor la abrazo yo! Mas, desfallecido por la mucha sangre que he derramado, caigo rendido bajo la pesada carga de mi cruz, que vuestros pecados la hacen aun mas pesada. Los verdugos me golpean maldiciéndome para reanimar mis fuerzas; me levanto, y luego vuelvo á caer. Obligan á un hombre extraño que se hallaba presente á ayudarme á llevar mi cruz, á fin de que

pueda llegar vivo al lugar designado para el suplicio. Mis enemigos se contristarian si no me vieran morir sobre un madero infame.

Llorad por vuestras prontas y frecuentes recaidas en el pecado. Considerad las cruces que yo os envio como favores preciosos, y llevadlas en pos de mí con alegría, y con espíritu de penitencia.

EL ALMA FIEL.

¡Oh mi Jesús! Yo quisiera derramar lágrimas de sangre por los muchos pecados que han penetrado de un dolor tan vivo vuestro adorable corazon. Yo os prometo no mas pecar; mas ¡ay! ¿no quebrantaré muy luego mis santas promesas? Asistidme continuamente con vuestro socorro: fortificadme, ayudadme sin cesar, para que no vuelva á ofenderos mortal ni aun venialmente con reflexion, y para que todas mis cruces sirvan á mi salvacion por el buen uso que haga de ellas. Por vuestra sagrada pasion, etc., página 230.

DÉCIMAQUINTA ESTACION.

JESÚS ENCUENTRA Á SU SANTA MADRE.

Al Memento de los difuntos.

JESUCRISTO.

¡Qué piélago de amargura para mi corazon y para el de mi Madre, cuando advierto que ella me acompaña, y que me mira cargado con la cruz; cuando nuestros ojos se encuentran! Lo que yo sufro la atormenta cruelmente, y el tormento que yo le ocasiono traspasa mi alma. ¡Qué compasion no tuve yo por esta tierna Madre; y qué compasion no tuvo ella por mí, su Hijo, su Dios y su único! ¿Qué corazon tendréis vosotros, si no os compadeceis de la desolacion que cubrió nuestros corazones? Alma ingrata, ¿serás insensible á las reconvenciones que te hacemos? Tú eres la que despedazas nuestras entrañas. ¿Qué mal te ha hecho mi Hijo? te dice mi Madre. Y yo te digo: ¿Qué mal te ha hecho ella? Compadécete de nosotros y de tí mismo. Desde este momento renuncia de todo tu corazon al pecado. Muere para

siempre á él, que es la única causa de nuestras penas.

EL ALMA FIEL.

¡Oh divino Hijo de María! ¡Oh santa Madre de Jesús! por mas que yo os haya tan indignamente ofendido, vuestra clemencia es demasiado grande para no recibir con bondad á una criatura pecadora, que se arroja á vuestros piés con un corazon contrito. Salvador mio carísimo, yo os diré una y mil veces: ¡misericordia, ó mi Jesús, misericordia! Dignaos perdonar al esclavo mas vil de vuestra santísima Madre. Dirigiéndome despues á esta Señora, la diré con los suspiros de mi corazon mas que con las palabras de mi boca: ¡Oh María, misericordia, misericordia! Perdonad al mas indigno siervo de vuestro Hijo. Interceded por mí, á fin de que yo halle delante de él misericordia cuando me juzgare despues de esta vida. Yo os pido por sus méritos y los vuestros la salud de mi alma. Ó Jesús, por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

DÉCIMASEXTA ESTACION.

JESÚS ANTES DE SER CLAVADO SOBRE LA CRUZ.

Al Pater noster.

JESUCRISTO.

Ya estoy por fin sobre el monte deseado, en el que debo consumar mi sacrificio por vosotros. ¡Cuánta fue mi confusion cuando se me despojó otra vez de mis vestiduras! ¡Qué no sufrí yo cuando se me arrancó con ellas la piel que las estaba pegada, y cuando quitándoseme con ellas de sobre la cabeza la corona de espinas, volvieron á clavármela por la tercera vez! Tuve necesidad de ser fortificado para sufrir un tratamiento tan bárbaro; mas esto se hizo abrevándome con hiel. Al ver al Cordero de Dios tan horriblemente desollado por vuestro amor, ¿no derramarán vuestros ojos algunas lágrimas por la mucha sangre que vertieron mis heridas, y no os desnudaréis al fin de vuestros vicios?

EL ALMA FIEL.

¡Misericordiosísimo Jesús! yo hago de todo

corazon, por vuestro amor, el sacrificio de todo cuanto en mí pueda desagradaros. Os suplico me desnudeis de todo deseo de agradar al mundo; de ver y ser visto; de amar las criaturas y ser amado de ellas. Despegad mi corazon de toda aficion á la vanidad; haced que no quede en mí una sola inclinacion á las cosas de la tierra. Haced que desnudo de todos los vicios, y aun de mí mismo, no me complazca sino en las amarguras de vuestra santísima pasion. Por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

DÉCIMASÉPTIMA ESTACION.

JESÚS ENCLAVADO SOBRE LA CRUZ.

A la Comunion.

JESUCRISTO.

Yo sufro un dolor excesivo, de que no puede formarse una justa idea, mientras se me traspasan los piés y las manos con gruesos clavos, y cuando para remacharlos me revuelven los verdugos contra la tierra; entonces me veo como aplastado por el enorme peso de la cruz que no puedo sostener.

Que lo que yo padezco por vosotros con tanto amor, traspase vuestra alma y la penetre de compasion y arrepentimiento. Desead vivir y morir crucificados conmigo, para corresponder al amor que me ha llevado hasta ser crucificado por vosotros.

EL ALMA FIEL.

¡Oh Salvador mio, á quien el amor ha clavado en una cruz! Puesto que Vos sois mi cabeza y yo uno de vuestros miembros, yo debo ser clavado tambien en ella con Vos. Yo lo deseo; concededme la gracia de hacer morir mis pasiones desarregladas en esa misma cruz en que os disponeis á morir para mi redencion. Yo quiero vivir y morir crucificado con Vos en la tierra, á fin de poder reinar con Vos coronado de gloria en el cielo. Por vuestra sagrada pasion, etc., pág. 230.

DÉCIMOCTAVA ESTACION.

JESÚS MURIENDO SOBRE LA CRUZ.

A la Postcomunion.

JESUCRISTO.

Al levantarse en alto la cruz, mis nuevas heridas se dilatan, y mis padecimientos llegan á su colmo; mas ¡cómo no podeis leer los sentimientos de mi corazon, viéndome crucificado entre dos ladrones delante de un pueblo, á quien oigo vomitar tantas blasfemias contra mí!

Si ya no corren arroyos de lágrimas de vuestros ojos, levantadlos, consideradme atentamente; escuchadme, y decid si hubo jamás un amor semejante á mi amor. Yo pido por mis enemigos: yo prometo el paraíso á quien me lo suplica: yo hago donacion de mi Madre al discípulo amado, á fin de que sea la madre de los hombres: yo testifico á los hombres que tengo una sed ardiente de su salvacion: yo encomiendo mi alma á mi Padre; y estando todo consumado, voy á espirar por vuestro amor.

EL ALMA FIEL.

¿En dónde estoy yo? ¡Jesús ha muerto! ¡Mi Jesús ha muerto! ¡Jesús, el Hijo de Dios, el Autor de la vida ha muerto en una cruz, y ha muerto en ella por mí! Mi Jesús ha muerto, y su muerte es obra de mis manos: mis pecados son los que le han quitado la vida, los que le han causado semejante muerte. Las piedras se quebrantan, el sol se eclipsa, la tierra tiembla; y cuando las criaturas inanimadas se estremecen, ¿yo solo seré insensible, yo que tengo un corazon de carne? ¡Oh corazon mas que de bronce, corazon de demonio, si yo no detesto, si no huyo del pecado mas que de la muerte, si no me lamento continuamente delante de mi Jesús por haberle yo hecho morir; si no le amo el resto de mi vida con tanto mas ardor cuanto mas grave y mas frecuentemente le he ofendido!

¡Oh mi divino Redentor! Yo os suplico interpongais vuestra dolorosa pasion entre mí y los enemigos de mi salvacion, para que salga victorioso de ellos. Yo os suplico la pongais entre mí y vuestro juicio, para que á pesar de mis pecados, de que ya me arrepiento por amor vuestro, me sea aquel favorable. Por vuestra sagrada pasion, etc., página 230.

DÉCIMANONA ESTACION.

JESÚS AMORTAJADO Y SEPULTADO.

Al fin de la Misa.

MARÍA.

¡Qué espada de dolor atraviesa mi alma al recibir entre mis brazos el sagrado cuerpo de mi Hijo, cuando considero tan de cerca este cuerpo sin vida, todo despedazado; cuando es forzoso privarme de sus restos preciosos, único consuelo de mi vivo dolor! Con razon, pues, soy llamada Reina de los Mártires. La muerte ignominiosa de mi adorable Hijo se ha impreso tan profundamente en mi corazon que no la olvidaré jamás. Juzgad, pues, de aquí cuál es mi aborrecimiento al pecado: y ¡qué otra cosa desearé yo sino destruirlo en los corazones! Yo tengo presente que mi Hijo al morir me ha constituido Madre de los hombres: yo soy el refugio de los pecadores, ellos pueden venir á mí con confianza, ellos me

honrarán y enjugarán mis lágrimas todas las veces que digan con un corazon arrepentido: Mostradnos que sois nuestra Madre.

EL ALMA FIEL.

¡Oh Reina de los Mártires, mi mas tierna Madre! Yo soy vuestro hijo, y deseo participar de la incomparable desolacion en que os ha dejado la muerte de un Hijo que os era tan amado. Grabad en mí su dolorosa pasion. Alcanzadme que de tal suerte me sienta herido de ella, que muera yo al pecado, al mundo y á mí mismo. Obtenedme la vida de la gracia y los auxilios de que tengo necesidad para perseverar en ella. Alcanzadme una fe viva, una esperanza firme y un amor ardiente á mi Salvador. Yo quiero observar tan fielmente su ley santa, que pueda gozar luego despues de mi muerte del fruto de su preciosísima sangre. Por vuestra sagrada pasion, tened misericordia de mí ahora y por toda la eternidad: tened misericordia de todos los pecadores.

ORACIONES PARA LA MISA.

✠ *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.*

Señor, concededme la gracia de que yo tenga las disposiciones que debo para ofreceros dignamente con el sacerdote este augusto sacrificio. Yo os lo ofrezco, Dios mio, en union con las intenciones de Jesucristo y de la Iglesia, para rendir á vuestra divina Majestad el homenaje supremo que le es debido, para daros gracias por todos vuestros beneficios, para satisfacer por todos los pecados del mundo y particularmente por los mios, y para alcanzar por Jesucristo vuestro Hijo todas las gracias de que tengo necesidad.

Al Confiteor Deo.

Aunque para conocer mis pecados ¡oh Dios mio! no teneis necesidad de mi confesion, y aunque Vos leeis en mi corazon todas mis iniquidades, yo os las confieso delante del cielo y de la tierra, yo declaro que os he ofen-

dido con mis pensamientos, con mis palabras y con mis obras. Yo reconozco mi culpa, y os pido muy humildemente perdon de ella. Vírgen santa, Ángeles del cielo, Santos y Santas del paraíso, rogad por nosotros; y mientras que gemimos en este valle de lágrimas y de miseria, pedid por nosotros, y alcanzadnos el perdon de nuestros pecados.

Cuando el sacerdote sube al altar.

Yo adoro, Señor, vuestra misericordia, que tiene á bien permitir que el sacerdote se acerque á vuestro santuario para reconciliarnos con Vos; destruid por vuestra bondad todos los obstáculos que pudieran retardar esta reconciliacion, é impedirnos volver á vuestra amistad.

Al Introito.

Vos, Señor, que habeis inspirado á los Patriarcas tan ardientes deseos de ver descender á vuestro único Hijo sobre la tierra; comunicadme alguna parte de este santo ardor, y haced que á pesar de las miserias y embarazos de esta vida, sienta yo en mí una santa ansia de unirme á Vos.

Al Kyrie eleison.

Yo os suplico, Dios mio, con gemidos y suspiros reiterados, que tengais misericordia de mí; y aun cuando en todos los instantes de mi vida os dijera: Señor, tened piedad de mí, todavía no seria esto bastante si se mira la enormidad de mis pecados.

Al Gloria in excelsis.

La gloria que Vos mereceis ¡oh mi Dios! no se os puede dar dignamente sino en el cielo; mas con todo, mi corazon hace lo que puede en la tierra y en medio de su destierro: él os alaba, os bendice, os adora, os glorifica, os da gracias, os reconoce por el Santo de los santos, y soberano Señor del cielo y de la tierra, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

A las Oraciones.

Recibid, Señor, las súplicas que os dirigimos: otorgadnos las gracias y las virtudes que la Iglesia vuestra esposa os pide en nuestro favor. Es verdad que no merecemos que Vos nos escucheis; mas considerad que os pedimos todas estas gracias por Jesucristo

vuestro Hijo, que vive y reina con Vos por los siglos de los siglos. Así sea.

A la Epístola.

Yo considero esta Epístola como una carta que me viene del cielo para enseñarme vuestras voluntades adorables. Otorgadme, si os place, la fuerza de que necesito para cumplir lo que me ordenais. Vos, Señor, sois el que ha inspirado á los Profetas y á los Apóstoles lo que escribieron; concededme una pequeña parte de sus luces, encended al mismo tiempo en mi corazon una chispa del fuego sagrado que les abrasó, á fin de que como ellos yo os ame y os sirva sobre la tierra.

Al Evangelio.

Yo me levanto, ¡oh soberano Legislador! para testificar que estoy dispuesto á defender á costa de todos mis intereses y de mi vida misma, las verdades eternas que se contienen en este santo Evangelio. Concededme la gracia de que tenga tanta fidelidad para cumplir vuestra divina palabra, cuanta es la firmeza que me inspirais para creerla.

Al Credo.

Sí, mi Dios, yo creo todas las verdades que Vos habeis revelado á vuestra santa Iglesia; no hay una sola por la que yo no quisiera dar toda mi sangre; y en esta fiel sumision, uniéndome interiormente á la profesion de fe que el sacerdote os hace de palabra, digo al presente con el espíritu y con el corazon lo que él os dice de viva voz: que creo firmemente en Vos, y os protèsto que quiero vivir y morir en los sentimientos de esta fe pura y en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana.

Al Ofertorio.

Aunque yo no sea sino una criatura mortal y pecadora, os ofrezco por las manos del sacerdote ¡oh verdadero Dios, vivo y eterno! esta Hostia sin mancha y este precioso Cáliz, que deben ser convertidos en el cuerpo y sangre de Jesucristo, vuestro Hijo: recibid, Señor, este sacrificio inefable en olor de suavidad, y permitid que yo acompañe á esta oblacion santa el sacrificio que os hago de mi

cuerpo y de mi alma, de mis bienes, de mi vida y de todo lo que me pertenece.

Cuando el sacerdote se lava los dedos.

Lavadme, Señor, en la sangre del Cordero, para que purificado de todas mis manchas, y revestido de la ropa nupcial de vuestra gracia, pueda yo esperar ser admitido algun dia al festin que Vos preparais á vuestros escogidos en el cielo.

Al Prefacio.

Ya es tiempo, ¡oh alma mia! de elevarte sobre todas las cosas de acá bajo. Levantad, Señor, levantad Vos mismo nuestros corazones hasta Vos, y permitid que unamos nuestras débiles voces á los conciertos divinos de los espíritus bienaventurados, y que en este lugar de nuestro destierro digamos lo que ellos cantan eternamente en la mansion de la gloria. Santo, santo, santo es el Dios que adoramos, el Señor, el Dios de los ejércitos.

Al Cánon.

Padre eterno, que sois el soberano Pastor de los pastores, conservad y gobernad vues-

tra Iglesia: santificadla y extendedla por toda la tierra. Reunid todos los que la componen en un mismo espíritu y en un mismo corazon. Bendecid á nuestro santísimo padre el Papa, á nuestro Rey, á nuestro Pastor y á todos los que están en la fe de vuestra Iglesia.

Al primer Memento.

Yo os suplico, Dios mio, que os acordeis de mis parientes, de mis amigos, y de mis bienhechores espirituales y temporales. Tambien os recomiendo de todo mi corazon las personas de quienes he podido recibir algunos malos tratamientos: olvidad sus pecados y los mios; dadles parte en los méritos de este divino sacrificio, y colmadles de vuestras bendiciones en este mundo y en el otro.

A la elevacion de la Hostia.

¡Oh Jesús, mi Salvador, verdadero Dios y verdadero Hombre! yo creo que estais realmente presente en esta hostia; yo os adoro en ella de todo mi corazon.

A la elevacion del Cáliz.

¡Oh preciosa sangre, que has sido derra-

mada por nosotros en esa cruz! yo te adoro. Sáname, purifícame, santifícame. Dejad, Señor, dejad correr una gota de esta sangre adorable sobre mi alma, para lavar sus manchas, y abrasarla con el fuego sagrado de vuestro amor.

Al segundo Memento.

Acordaos, Señor, de las almas que están en el purgatorio; ellas tienen el honor de perteneceros y de ser esposas vuestras, oid particularmente á aquellas por quienes estoy mas obligado á pedir.

Al Pater noster.

Aunque yo no sea sino una miserable criatura, con todo, ¡oh gran Dios! yo me tomo la libertad de llamaros Padre mio: Vos lo quereis así, Señor: concededme, pues, la gracia de que no me haga indigno de la cualidad de hijo vuestro. Que vuestro santo nombre sea siempre bendecido y santificado. Reinad absolutamente en mi corazon, á fin de que cumpla yo vuestra voluntad en la tierra así como los Santos lo hacen en el cielo. Vos sois mi Padre, dadme, pues, si os place, este

pan celestial con que alimentais á vuestros hijos. Perdonadme, así como yo perdono de todo corazon por vuestro amor á los que me hubieren ofendido. No permitais que yo caiga jamás en ninguna tentacion; antes bien que con el auxilio de vuestra gracia triunfe yo de todos los enemigos de mi salvacion.

Al Agnus Dei.

Cordero divino, que habeis tenido á bien cargaros con los pecados del mundo, apiadaos de mí que estoy oprimido con el peso y enormidad de los mios. Cargadlos, Jesús mio, cargadlos sobre Vos, porque así los borraréis, y borrándolos me daréis vuestra paz y vuestro amor.

Al Domine non sum dignus.

¡Ay! Señor, es mucha verdad que yo no merezco recibiros: yo me he hecho del todo indigno de ello por mis pecados: yo los detesto, porque ellos me han alejado de Vos. Acercaos empero á mí ¡oh Dios mio! hablándome al fondo del corazon, y excitándome á la penitencia.

A la Comunion.

Cuando no se comulga realmente.

¡Oh mi amable Jesús! si no tengo hoy la dicha de ser alimentado con vuestra carne adorable, permitid á lo menos que yo os reciba con el espíritu y con el corazon; que me una á Vos por la fe, por la esperanza y por el amor. Yo creo en Vos, yo os amo de todo corazon, y quisiera hallarme en estado de recibiros en este divino Sacramento con todas las disposiciones que deseais de mí.

Cuando se comulga realmente en vez de la oracion precedente, se dirá la que sigue:

¡Qué bondad, ó Dios mio, la de que á pesar de mi indignidad, tengais á bien el que yo me alimente de Vos! Preparad, pues, Vos mismo en mí vuestra morada, dadme las santas disposiciones que debo tener, una fe viva, una esperanza firme, un amor sincero, un ardiente deseo de ser todo vuestro, así como Vos vais á ser todo mio, y una correspondencia plena y entera, que me haga conservar siempre la union sagrada que deseais tenga yo con Vos.

Cuando el sacerdote recoge las partículas de la Hostia.

Señor, la menor parte de vuestras gracias es infinitamente preciosa. Lo repito, yo no merezco estar sentado á vuestra mesa como vuestros amigos: mas permitidme á lo menos que yo recoja las migajas que caen de ella, como lo deseaba la Cananea. Haced que yo no menosprecie ninguna de vuestras inspiraciones, pues que esta negligencia pudiera obligaros á privarme enteramente de ellas.

A las últimas Oraciones.

Vos quereis, Señor, que vuestros fieles os rueguen siempre, porque siempre tienen necesidad de vuestras gracias, y porque los tesoros de vuestra misericordia son inagotables: infundid en nosotros este espíritu de humildad, de confianza y de amor, para que encaminándonos á Vos como lo deseais, merezcamos ser oidos por Jesucristo vuestro Hijo, que vive y reina con Vos en la gloria.

Antes de la Bendicion.

Santísima y adorable Trinidad, sin principio y sin fin, por Vos hemos comenzado este sacrificio, y por Vos tambien lo concluimos: dignaos hacer que os sea agradable, y como Vos sois en vuestro Ser un abismo de majestad, sed tambien para nosotros un abismo de misericordia, y no nos despidais sin habernos dado antes vuestra santa bendicion.

Al último Evangelio.

Verbo eterno, por quien han sido hechas todas las cosas, y que, habiendo encarnado por nosotros en la plenitud de los tiempos, instituísteis este augusto sacrificio; humildemente os agradecemos el que nos hayais concedido asistir á él en este dia para recibir sus saludables efectos. ¡Que todos los Ángeles y Santos os alaben en el cielo, y que comencemos nosotros á bendeciros en la tierra, conduciéndonos de un modo digno de Vos en todo el curso de nuestra vida!

ESTACIONES

DE LA PASION DE JESUCRISTO.

Jesucristo ha muerto, y por nosotros ha muerto, y para obrar nuestra salvacion ha muerto. Es, pues, muy justo, muy conveniente el recordar frecuentemente la memoria de su muerte, el meditar lo que ha padecido en el curso de su pasion: esto se hará con fruto poniendo delante de nuestros ojos las diferentes estaciones de la pasion, que son en número de siete: y para facilitar su ejercicio se han dispuesto estas estaciones de modo que puedan leerse todos los viernes del año, y particularmente las dos últimas semanas de Cuaresma: ejercicio siempre utilísimo, porque la devocion á la pasion de Jesucristo se ha mirado en todos tiempos como la devocion de los predestinados.

PRIMERA ESTACION.

Jesucristo en el huerto de Getsemaní.

¡Oh Jesús, Salvador mio! que habeis sudado sangre y agua en el huerto de Getsemaní con solo la vista de vuestros tormentos y de mis pecados; y que os desnudásteis de vuestra fortaleza para revestiros de mis flaquezas, hasta el punto de que os fuera enviado un Ángel del cielo para fortificaros: yo os adoro bañado todo en sangre: yo os tributo humildes gracias por haber querido sufrir tanto por mí. Yo detesto todos los pecados que os han causado una tan triste agonía, y estoy resuelto á morir antes que volver jamás á renovar vuestra pasion interior. Concededme la gracia de que conciba de mis iniquidades un tan grande y tan vivo dolor, que resista en adelante, hasta derramar sangre, á las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne, y que me conforme en todas las cosas con vuestra divina voluntad, así como Vos lo hicísteis entonces con la de vuestro Padre celestial. Amen.

SEGUNDA ESTACION.

Jesús en casa de Anás y de Caifás.

¡Divino Jesús! que conducido primeramente á la casa de Anás, y preguntado por él acerca de vuestra doctrina, recibísteis con una dulzura admirable de un vil criado una bofetada tan ignominiosa como cruel; que llevado despues á casa de Caifás fuísteis harto de oprobios en presencia de este orgulloso pontífice, por los escribas y ancianos del pueblo, á causa de haber declarado vuestra filiacion divina y el poder que un dia ejerceréis, como Hijo del Hombre, para juzgar á los vivos y á los muertos: yo me compadezco de las injurias que entonces se os hicieron, y deploro la ceguedad de Caifás, que ocupando un destino por el que debia examinar la falsedad de las acusaciones hechas contra Vos, en lugar de hacerse él mismo vuestro defensor, dijo que merecíais la muerte. Yo me arrojo á vuestros piés ¡oh mi Juez y mi Rey! para pediros perdon de haberos tantas veces abofeteado y ultrajado, no solo en vuestra

persona por mis enormes pecados, sino tambien en la de mi prójimo, puesto que reconoceis por hecho á Vos mismo todo el mal que se hace á aquel. Yo hago una firme resolucion de sufrir en adelante por Vos todas las injurias que se me hicieren, y de no ofenderos jamás en la persona de mis hermanos, ni en acciones, ni en palabras, ni por cólera, ni por venganza. Amen.

TERCERA ESTACION.

Jesús en casa de Pilato y de Herodes.

Yo os doy gracias, dulce Jesús mio, porque presentado ante los tribunales de Pilato y de Herodes, y preguntado por estos jueces, guardásteis el mayor silencio en todas las acusaciones y calumnias que contra Vos se vomitaron, como un inocente cordero que enmudece y no resiste al que le trasquila. Vos pudísteis descubrir delante del primero los misterios de vuestro reino, y hacerle conocer la fuerza de la verdad; y delante del segundo hubiérais podido hacer milagros que le impidieran trataros como un loco, y vestiros con una túnica blanca como un insensato. Concededme, pues, la gracia de que refrene mi lengua y de que no me altere por ningunas maldiciones ni afrentas. Súfralas yo sin quejarme, como Vos habeis sufrido el ser menospreciado por Herodes y toda su corte, y comparado con un ladron sedicioso y homicida por Pilato. Dadme tambien fuerzas para no irritarme por las persecuciones de mis enemigos, á fin de que siguiendo vuestros preceptos posea yo mi alma con la paciencia; que por ella desarme á los que me injurian; y en fin, que recibiéndolo todo con accion de gracias, lo refiera únicamente á la mayor gloria de vuestro santo nombre. Amen.

CUARTA ESTACION.

Jesús azotado en el pretorio.

¡Oh Jesús! víctima inocente, nutrido y como engrosado de paciencia: yo os adoro atado á la columna para ser azotado, y ofreciendo á vuestro Padre celestial la sangre que vais á derramar en este suplicio. Mi corazon está tanto mas afligido del lastimoso estado á que os habeis reducido, cuanto que yo soy quien os ha azotado por las manos de los des-

apiadados verdugos que han rasgado y como surcado vuestra carne. Yo oigo en el fondo de mi corazon vuestra divina voz que me dice: Hijo mio, alma pecadora, yo he sufrido esta horrorosa lluvia de azotes, esta cruel flagelacion, por tus impurezas y libertades criminales, para expiar el amor desordenado que tienes de tu carne, tu sensualidad, tus inmodestias, tu molicie; por tí he sufrido unas llagas tan profundas. ¡Ah! Señor, ya reconozco mis culpas, y os suplico encarecidamente, por vuestros dolores, que santifiqueis mi cuerpo y mi alma, que laveis el uno y la otra en esta preciosa sangre, y no permitais que sean jamás ensuciados aquellos con ningun pecado. Sanad mis llagas con las vuestras, y así como consentísteis en ser despojado de vuestras vestiduras, y atado desnudo á la columna, me desnudeis á mí del hombre viejo y de sus obras criminales para revestirme del nuevo, que ha sido criado á vuestra semejanza en la santidad y en la justicia. Amen.

QUINTA ESTACION.

Jesús subiendo al monte Calvario.

¡Oh Jesús mio, el mayor de todos los reyes! que despues de haber sido coronado de espinas, y no estando aun harto de oprobios y tormentos, aunque agotado de fuerzas, quisísteis todavía llevar hasta el monte Calvario la cruz que debia ser el instrumento de vuestro suplicio; yo os adoro en esta estacion de vuestra pasion. Yo beso con el espíritu las huellas de vuestros piés, y me asombro al reflexionar las incomodidades insoportables de este nuevo camino, de este extraño viaje que emprendeis por mí, de todos los pasos que dísteis en él, y del extremado cansancio de vuestro cuerpo, ya extenuado con tantos otros padecimientos. Concededme la gracia de que yo abrace animosamente todas las cruces que agradare á vuestra Providencia enviarme; y pues me convidais á caminar tras de Vos, á renunciarme á mí mismo y llevar mi cruz, dadme fuerza para cumplir lo que me mandais, y la gracia necesaria para aprovechar-

me del consejo que dísteis á las santas mujeres que seguian vuestros pasos, de llorar sobre sí mismas y sobre sus hijos mas bien que sobre Vos. ¡Oh! haced que yo llore con ellas; pero sea por la dureza de mi corazon y por el exceso de mis pecados, que son la verdadera causa de vuestras penas. Amen.

SEXTA ESTACION.

Jesús clavado en la cruz.

Esta es, ¡oh mi Redentor y mi Dios! la mas dolorosa de las estaciones que habeis andado en todo el curso de vuestra pasion, ella es tambien la mas ignominiosa; esta es la estacion de la muerte. Las otras han sido pasajeras y solo por algun tiempo; mas esta es permanente: Vos os quedais en ella, espirais en ella, y en ella consumais el sacrificio: esta es la obra del inconcebible amor que habeis tenido á los hombres; no tanto son los clavos los que os han pegado y fijado á este madero infame, cuanto la caridad que habeis tenido con vuestros enemigos. Yo os adoro, os amo, y me ligo á Vos para siempre, ¡oh mi divino Redentor! y os suplico cumplais en mí vuestra palabra atrayéndome á Vos de tal suerte, que desnudándome de toda aficion á las cosas de acá abajo, no piense ya sino en sufrir por Vos y en morir con Vos en la cruz. ¡Oh Jesús, vida mia, que habeis muerto por mí! ¡oh dulcísimo Cordero inmolado por mi salvacion! víctima de amor y de paciencia, que pudiérais descender de la cruz á pesar de vuestros verdugos, fijadme tambien á mí en el bien; que pierda yo la vida antes que haceros morir en mi corazon. Yo entrego mi espíritu en vuestras manos, y pues que muriendo me habeis abierto el camino del paraíso, fijadme en aquella dichosa mansion de vuestros escogidos, y desde entonces ya no temeré nunca dejaros ni perderos. Amen.

SÉPTIMA ESTACION.

Jesús en el sepulcro.

Despues de tantos tormentos, ¡oh Salvador mio! era ya tiempo de dar principio al reposo. La inocencia de vuestra vida, y mas aun la divinidad de vuestra persona, exigian

una honrosa sepultura, un sepulcro glorioso, una morada tranquila y pacífica. Esta, Señor, os fue concedida al fin despues de haber sido embalsamado vuestro cuerpo, y depositado en un sepulcro nuevo; manos virginales desempeñaron este buen oficio: los Ángeles de paz permanecen constantes cerca de Vos, y vuestros fieles amigos, que se hallaban presentes en el espíritu á vuestro entierro, no tardaron en daros personalmente señales de su tierna compasion. Sepultad, si os place, con Vos, todos mis deseos y todos mis sentidos: amortajadme como en un sudario con todos los méritos preciosos que os ha costado el rescatarme: embalsamadme con los exquisitos perfumes de vuestra santa muerte y de vuestras virtudes: depositadme en la profunda llaga que hizo la lanza en vuestro corazon, á fin de que ella me sirva de sepulcro mas precioso que el de todos los mármoles. Aquí es, donde invisible á todos los bienes de este mundo, viviré yo como extranjero sobre la tierra, hasta que llegue á gozar de Vos en la patria celestial. Amen.

RELOJ DE LA PASION.

Hora 1. Despídese Jesús de su Madre antes de la cena.
2. Lava los piés á los Apóstoles, é instituye el santísimo Sacramento.
3. Sermon de la cena, y va al huerto.
4. Hace oracion en el huerto.
5. Pónese en la agonía.
6. Suda sangre en ella.
7. Es entregado por Judas, y atado.
8. Es conducido á casa de Anás.
9. Es llevado á la de Caifás, y abofeteado.
10. Es vendado, maltratado y escarnecido.
11. Es conducido al concilio, y juzgado reo de muerte.
12. Es llevado á Pilato, y acusado.
13. Es escarnecido por Herodes.
14. Es vuelto á Pilato, y pospuesto á Barrabás.
15. Es azotado en la columna.
16. Es coronado de espinas, y presentado al pueblo.
17. Es condenado á muerte, y camina al Calvario.

18. Es desnudado y crucificado.
19. Ruega por los que le crucifican.
20. Encomienda al Padre su espíritu.
21. Muere Jesús.
22. Es atravesado con la lanza.
23. Es bajado de la cruz, y entregado á su Madre.
24. Es sepultado, y dejado en el sepulcro.

FIN.

EL LIBRO DE LA VIDA,

JESUCRISTO.

OPÚSCULO

DE SANTA ÁNGELA DE FOLIÑO.

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

por

D. A. C.

18. Es desnudado y crucificado.
19. Ruega por los que le crucifican.
20. Encomienda al Padre su espíritu.
21. Muere Jesús.
22. Es atravesado con la lanza.
23. Es bajado de la cruz, y entregado á su Madre.
24. Es sepultado, y dejado en el sepulcro.

FIN.

EL LIBRO DE LA VIDA,

JESUCRISTO.

OPÚSCULO

DE SANTA ÁNGELA DE FOLIÑO.

TRADUCIDO AL ESPAÑOL

por

D. A. C.

Á LAS ALMAS DEVOTAS

DE JESÚS CRUCIFICADO.

Precioso es el opúsculo que os presentamos, amadas en Jesucristo, precioso sobre tantos otros libros de piedad que habrán llegado á vuestras manos, pues estamos seguro que no podréis leerlo sin sentiros impulsadas á postraros á los piés de Jesucristo crucificado con la firme resolucion de amarle como santa Angela de Foliño, que abrasada en su amor lo dictó para confortar á sus hijos espirituales.

Lo recomendamos á vuestro devoto corazon, y para que tanto el vuestro como el mio puedan recoger el fruto de estas santas máximas, roguemos al divino Redentor que nos haga dignos de su gracia. De poco nos servirá tener entre manos el Libro de la vida, *si no aprendemos en él á merecer aquella eterna vida, que está preparada en el cielo para los que pisando las*

riquezas, la vanidad y los placeres del mundo, solo anhelan por conseguirla.

Para obtener tan dichoso fin, nos ayudará tanto mas la lectura de este precioso opúsculo, cuanto sea mas vivo en nosotros el deseo de imitar á la Santa que lo escribió. Marchemos, pues, como ella por el camino que conduce á la inteligencia del Libro de la vida, *Jesucristo, bajo el amparo y proteccion de la inmaculada Virgen su santísima Madre. Valete.*

EL LIBRO DE LA VIDA,

JESUCRISTO.

CAPÍTULO I.

De las tres compañías de Jesucristo.

Este Libro de la vida no es otra cosa que Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Verbo eterno y Sabiduría del Padre, que se dignó venir al mundo, para enseñarnos con su vida, con su doctrina y con su muerte los caminos de la vida.

Es, pues, de la mayor importancia conocer cuál haya sido su vida y su doctrina, y cuáles los continuos ejemplos que nos dió mientras vivió en carne mortal; porque su vida es el modelo al que han de conformarse cuantos desean salvarse.

¿En qué ha consistido, pues, la vida de Jesucristo? en una rigurosa penitencia, com-

pañera suya inseparable mientras vivió en carne mortal. En efecto, desde aquel momento en que fue criada su bendita alma, é infundida en su santísimo cuerpo, en las virginales entrañas de su Madre purísima, hasta aquel último en que la separó de él la muerte acerbísima de cruz, no estuvo jamás sin esta compañera: cosa que no acaeció á la Vírgen santísima, ni á los Apóstoles, ni á otro alguno de los Santos.

Esta compañera, que dió el eterno Padre á su Hijo muy amado para que no le dejase solo ni un momento en este mundo, consiste en las tres cosas siguientes: 1.ª en una suma, perfectísima y continua pobreza; 2.ª en un sumo, perfectísimo y continuo desprecio; y 3.ª en un sumo, perfectísimo y continuo dolor, las cuales tres forman como las tres compañías de Jesucristo, que le siguieron en todos los pasos de su vida, para enseñarnos con este su ejemplo, que estas son las compañías que con preferencia á todo debemos elegir y amar, y con las que hemos de abrazarnos hasta la muerte. Ellas fueron el camino por donde Jesús en cuanto hombre subió á los cielos; y por lo mismo son el camino recto y

real, por donde puede y debe caminar el alma hácia Dios, por ser necesario y conforme que los miembros del cuerpo tengan la vida que tuvo su cabeza, y que estén asociados á la misma compañía, á que lo estuvo aquella.

CAPÍTULO II.

De la suma, perfectísima y continua pobreza de Jesucristo.

La primera compañía de Jesucristo, LIBRO DE LA VIDA y de nuestra salvacion, fue una suma, perfectísima y continua pobreza. Esta se dividió en tres grados: el primero fue una pobreza grande; el 2.° otra mayor unida á la primera; y el 3.° una perfectísima unida á la precedente.

El primer grado de la pobreza de Jesucristo, LIBRO DE LA VIDA y Maestro de las almas, es el haber querido no tener en este mundo cosa alguna temporal, no poseer campos, ni viñas, ni huertos, ni haber tenido poder alguno de ninguna clase; ni poseer oro, ni plata, ni aun cobre. Nada tuvo propio; ni aceptó, ni quiso aceptar cosa alguna de este mundo sino para aliviar la extrema indigencia de su vida corporal, fatigada por el hambre, la sed, el frio y el calor, cosas todas que le causaron mucha angustia, y que recibió con grande austeridad y aspereza.

Para las necesidades de su cuerpo no se sirvió de cosa alguna delicada ó exquisita, sino de lo mas grosero y comun que encontraba, segun el lugar y tiempo, en el país en que mendigó Jesucristo; y vivió sin tener casa propia, ni clase alguna de albergue.

Mayor que la primera fue la segunda pobreza de Jesucristo, porque quiso vivir y ser pobre de amigos y parientes, de toda familiaridad con los grandes y amistad con los poderosos del mundo: no teniendo ni queriendo tener por parte de su Madre, ni por la de san José, su padre putativo, ni por la de sus discípulos, amigo alguno, que por él se interesase para evitarle una bofetada, un martillazo ó una palabra injuriosa. Quiso nacer de una muy humilde y pobre Madre, y ser educado por su padre putativo san José, que era un pobre carpintero. Se despojó del afecto y relaciones de los reyes, de los potentados, de los pontífices y de los sábios; y del amor de sus amigos y consanguíneos hasta el punto, que no hizo nunca cosa alguna, ya fuese por respecto á su Madre, ó á sus parientes, ó á otra cualquiera persona, que pudiese ser impedimento al deber que se ha-

bia impuesto de conformarse en todas sus acciones con la voluntad de su Padre celestial.

La tercera y suma pobreza de Jesucristo fue el despojarse voluntariamente de sí mismo, mostrándose pobre, sin embargo de ser dueño de todo. Se hizo pobre, y, desnudándose de su propia omnipotencia, quiso vivir y parecer á los ojos de todos como un hombre impotente, débil y flaco.

Además de las miserias humanas, especialmente en su edad infantil, y de las debilidades á que están sujetos los miserables hijos de Adan, excepto la culpa y el pecado, quiso sujetarse á sufrir las fatigas de los viajes, de la predicacion, de las curaciones y visitas. Y lo mas admirable fue que no solo tuvieron poder sobre el Salvador los pecadores, sino hasta los mismos elementos, y las cosas insensibles recibieron de aquel, que los crió, poder para atormentarle y recargar sus tormentos y fatigas; y como si fuera impotente no ponia la menor resistencia, antes sufria y se sujetaba por nuestro amor, como si no le fuera dable el resistir.

Así es como dió poder á las espinas para que traspasaran cruelmente su divina cabeza; á los cordeles, para que le atasen y le ligasen á la columna; y á todos los instrumentos de su suplicio para que cruda y desapiadadamente le mortificasen. ¡Oh hijos de Dios! consolaos y sed fieles á este mismo Dios tan fiel para con vosotros; pero enterneceos al contemplar esta fidelidad tan humillada por vosotros, y esta humildad fidelísima, que por vosotros todo lo sacrifica. Contemplad como el Autor de la vida se humilló tanto solo por exaltaros, que permitió le lastimaran y maltrataran tanto las cosas insensibles, y que lo pusieran fijo en un lugar, cuando por su esencia se halla en todas partes. Así es que permitió al velo que cubriese aquellos ojos, que son la misma luz y claridad que ilumina todo lo criado; permitió á los azotes que cruelmente le golpeasen: dió facultad á los clavos para que traspasasen aquellos piés y aquellas manos con que habia dado vista á los ciegos y oido á los sordos; la dió á la cruz para que lo sostuviera desnudo, herido, traspasado y ensangrentado, y lo presentara á la vista de todos lleno de confusion hasta que hubo espirado; dió licencia á la hiel y al vinagre para llenarle su boca de amargu-

ra ; y, lo que no se puede decir sin estremecerse, le dió á la lanza para entrar, abrir y traspasar aquel divinísimo costado, entrañas y corazon, á fin de que saliese sangre y agua en tal abundancia, que fue suficiente para correr por la tierra.

Estas criaturas podian y debian obedecer á su propio Criador y Señor, y no á los hombres ingratos que de ellas abusaban ; pero la profundísima, fidelísima y extraordinaria humildad de esta Majestad soberana quiso abatir y confundir la soberbia de nuestra nada. El Autor de la vida, aquel que existe por sí solo quiso anonadarse y estar sujeto á todas las criaturas, aun á las insensibles, para que tú, que estabas muerto por el pecado, y como insensible por las cosas divinas, recibieras la vida por medio de esta humildísima abyeccion de Jesús, quien, sin saberlo tú, ¡oh hombre! te amó con un amor tan puro y tan excesivo, que por tí quiso anonadarse y formar en tí un ser perfectísimo. Hubiera podido y debido doblarse la lanza, y no obedecer á la criatura que abusaba de ella, y no herir ni traspasar el costado de su propio Hacedor y Señor ; ni los demás instrumentos de

la pasion hubieran podido ni debido lastimar á su propio Autor, si no hubieran recibido de él el poder de hacerlo.

Igual poder dió el mismo Señor á los soldados que lo crucificaron, á Pilato que le condenó, á los judíos y á otros hombres malvados que le acusaron, le calumniaron, le insultaron, hirieron y se mofaron de él ; que le juzgaron, le sentenciaron y crucificaron, cuando podia con una sola palabra impedirlo todo, y trastornar con un solo signo todos los esfuerzos de sus enemigos y reducirlos á la nada, ó mandar á uno de sus Ángeles, aunque no fuera sino el último de las Potestades ó de las Virtudes, que los arrojase á todos de un solo golpe al mas profundo del mar. Si él mismo no hubiera permitido esto, y no se hubiera mostrado pasible y flaco, seguramente ninguna criatura hubiera podido causarle el menor daño. ¿Qué mas? Si se sometió á los elementos, al frio, al calor, á la hambre, á la sed y á las otras criaturas insensibles, ocultando su poder, fue para elevar á los hombres, miserables mortales, para hacerlos superiores á las tribulaciones, para redimirlos y hacerlos invencibles por la

gloria de su Resurreccion. Y lo que es mas todavía dió al demonio poder para tentarle, acosarle, y por medio del hombre malvado, miembro de Satanás, le dió poder de perseguirle hasta la muerte, para librar al hombre de su poder. El invencible Señor, el Autor de todas las cosas se mostró pasible, el Criador se manifestó impotente, y siendo el Rey fortísimo del universo se hizo débil; no rehusó someterse al demonio, á las criaturas insensibles y á toda tribulacion é injuria, á toda pena, dolor y afliccion, confundiendo en esto nuestra delicadeza, por la que no solo no buscamos las tribulaciones y penitencia, sino que, en cuanto depende de nosotros, no queremos admitir las que Dios nos manda, y murmuramos contra las disposiciones de su Providencia.

En segundo lugar, se despojó Jesucristo, y practicó la perfectísima pobreza haciéndose pobre de su sabiduría infinita. En efecto quiso Nuestro Señor aparecer como un hombre simple, ignorante, imbécil y el mas abatido de los hombres del mundo. No quiso mostrarse como filósofo, ni doctor locuaz, ó como disputador fantástico, ni como escriba

ú hombre famoso y célebre en todo género de ciencias: al contrario, conversaba con los hombres con suma humildad, sencillez y mansedumbre, mostrándoles el camino de la verdad en la verdad de su vida, que fue un tejido de virtudes y de milagros. Siendo como era la Sabiduría del Padre, el Señor de las ciencias y el inspirador de los Profetas, si hubiese querido podia valerse de la ciencia, y de la fuerza del raciocinio y del ingenio para adquirirse celebridad y gloria; pero como no cuidaba sino de exponer con sencillez la verdad, no solo fue tenido por simple é idiota, sino aun por fatuo y blasfemo. Y así mostrándonos el camino de la verdad, nos enseñó que no debemos ensoberbecernos con el talento, ni la ciencia, ni aspirar entre las gentes á la fama de maestros, ni á mendigar ningun género de vanagloria.

En tercer lugar, se despojó de sí mismo y se hizo pobre de la fama de su santidad, de su bondad é inocencia. ¡Cosa verdaderamente admirable! Su vida fue tan oculta y misteriosa, que hubo hombres que no le tuvieron por santo, sino por pecador y amigo de pecadores. Quiso ser tenido por un vil seduc-

tor, como un blasfemo y conspirador contra su patria : quiso ser contado entre los malvados, y condenado á muerte entre dos ladrones, mientras con su poder estaba obrando nuestra redencion en medio de la tierra.

Podia haber adquirido fama de santidad, y que todo el universo le reconociera por el Santo de los Santos, pues que no habia cometido pecado alguno, sino que habia cargado con los pecados de todos, y guardar para sí, el mayor de todos los Santos y Rey de las virtudes, aquella reputacion de santidad, que él mismo habia dado á su siervo san Juan Bautista. Mas, al contrario, salva la verdad de la doctrina, de la vida y de la justicia, quiso despojarse y hacerse pobre de la fama de santidad para condenar la hipocresía con que nosotros buscamos la gloria entre los hombres, aparentando buenas obras que no hacemos, ó excusando las malas con el solo fin de obtener fama de santidad é inocencia.

En cuarto lugar, se despojó por sí mismo, puede decirse, del imperio y principado y de todo el señorío que tenia sobre todas las cosas. Porque siendo Rey de reyes y Señor de

los que dominan, y rey tal que su reino no tendrá fin, viviendo entre los hombres, se presentó como un siervo miserable vendido y traficable. Rehusó el reino cuando las turbas intentaron proclamarle rey, y quiso mas bien ser súbdito de un rey el mas impío, obedecerle, sujetarse á sus gravámenes, y someterse á su tribunal y á sus juicios. Mas no fue solo al rey de la tierra que se sometió, sino que fue obediente aun al mas vil de sus criados, á sus ministros y verdugos que le azotaron y clavaron en una cruz.

Este mismo Rey de los reyes declaró delante de Pilato que su reino no era de este mundo : que no habia venido á dominar á los hombres, sino á estar sujeto : que en este mundo no queria ser señor, ni príncipe, ni pontífice, sino mas bien ser simple súbdito, y presentarse como un vil esclavo anonadándose del todo. En efecto, estuvo sujeto á su humilde y pobre Madre y á su Padre putativo, obsequiándolos y sirviéndolos hasta la edad de treinta años. Buscó discípulos que predicaran su doctrina ; pero pocos, plebeyos y pobres, portándose con ellos no como rey ó señor, sino declarándoles que no ha-

bia venido para ser servido sino para servir, y que el fin de su mision era el dar la vida para la redencion de ellos y de todos los hombres.

Así es que, á pesar de ser el maestro y la cabeza de sus discípulos, fue el primero en padecer el hambre, la sed y las angustias; y no fue su maestro para arrogarse la primacía entre ellos, sino para ser el primero en sufrir las aflicciones y desprecios, tratándoles con tanta humildad que les sirvió en la mesa, y les lavó los piés y las manos. ¡Qué grande, pues, no ha de ser nuestra locura, cuando vemos las ignominias y desprecios que ha sufrido el Señor y Rey de reyes, y sin embargo aspiramos continuamente á las dignidades y supremacía, y frenéticos por una vana independencia, rehusamos toda clase de yugo, no queremos estar sometidos á nadie, y procuramos sustraernos á toda sujecion y dependencia! ¡Oh Salvador nuestro! no permitais que esto nos suceda jamás. Sabemos que los superiores sufrirán mas fuerte castigo, y que darán estrecha cuenta de su vida y hasta de los pecados de sus súbditos. Este Libro de la vida, que se nos abre por

sí mismo y se nos presenta para nuestro ejemplo, debe confundir nuestra soberbia, y, obligándonos á imitarle, excitarnos á la sujecion á nuestros superiores y sacrificar nuestra propia voluntad por el amor de aquel que por nosotros se sometió á todos.

Esta es la suma, perfectísima y continua pobreza del Hombre-Dios, Jesucristo, Salvador de todos, quien, aunque dueño de todas las riquezas, quiso presentarse entre nosotros pobre para inflamarnos en el amor de la pobreza. Por el ardentísimo amor con que nos amó fue pobre de intereses, de voluntad y de espíritu mas de lo que se puede creer de cualquiera criatura; pobre, digo, necesitado y mendigo; pobre de las cosas temporales y de amigos; pobre en la humana sabiduría, en la fama de santidad y en las dignidades: y siendo pobre, predicó la pobreza, declaró que serian bienaventurados los pobres y constituidos jueces de este mundo. Condenó los malos ricos, y con sus palabras y ejemplos predicó que era condenable el mal uso de la riqueza y de la abundancia de los bienes antedichos. Pero, ¡oh dolor! ¡oh vergüenza! esa pobreza de espíritu está en el dia dester-

rada del mundo, y nadie quiere seguirla; y lo que es mas detestable todavía, es que leemos en este Libro de vida, y oimos predicar y ensalzar esta pobreza de espíritu, y sin embargo en la realidad la impugnamos en un todo, ya sea con nuestra voluntad, ya con nuestras palabras y acciones.

El mundo aborrece esta pobreza que ama Jesucristo, que la declara bienaventurada, y con la que estuvo tan estrechamente desposado, que no hay hombre, ni mujer, ni criatura alguna que pueda decir que la esté tan íntimamente unida. Sí, bienaventurado es aquel que en este mundo sigue el ejemplo de Cristo en el ejercicio de la penitencia. Pero ¡ay de mí! ¡ay de mí! Hemos oido, sabemos y creemos firmemente de qué modo estuvo vestido el Hijo de Dios, nuestro Criador y Redentor, nuestro iluminador y Maestro; de qué comidas y bebidas se sirvió; los ornamentos de que usó; en qué casas y palacios estuvo albergado; de qué amigos y familia estuvo rodeado; á qué ciencias y género de estudios se aplicó, etc., etc.: y sin embargo queriendo continuar en llamarnos cristianos y en gloriarnos de ello, no queremos de ningun modo seguir á Jesucristo en la pobreza de hecho, ni aun en la de espíritu, asemejándonos á él en el deseo, por mas que digamos de palabra que es feliz la condicion del pobre y dichosa la pobreza; porque de hecho detestamos la condicion y perfeccion de la pobreza de Jesucristo. Pero andémonos con cuidado, porque no practicando la doctrina que nos ha enseñado este Doctor y Maestro, rechazando tanta salud como en el estado de pobreza nos ofrece, y no teniendo otra ambicion que la de conseguir las riquezas temporales, nuestra penitencia y nuestra profesion de cristianismo no van por el camino recto de Jesucristo, sino que torpemente de él se alejan.

¡Bienaventurado y verdaderamente feliz aquel, como el mismo Señor nos lo asegura, que ama la pobreza en cada una de las cosas mencionadas, y que de hecho y no solo de palabra quiere ser pobre de bienes temporales, de amigos, de placeres y deleites, de variedad de ciencias, de fama de santidad, y de toda dignidad y supremacía! Mas si alguno no pudiere despojarse enteramente de las cosas dichas, deponga, á lo menos en cuanto

pueda, todo afecto á ellas. Verdaderamente es bienaventurado el tal pobre, porque suyo será el reino de los cielos. Pero el que hiciere lo contrario será infeliz y maldito, pues su porcion será la extrema pobreza y la perpétua indigencia en los calabozos infernales, donde sufrirá el hambre y una sed continua; de donde ningun amigo, ni hermano, ni padre podrán rescatarlo; donde ni ayudarlo podrán siquiera, ni él mismo tendrá medio de evitarlas, ni le valdrá la sabiduría mundana, antes será de hecho privado de todas aquellas cosas que quiso obtener contra la doctrina de Cristo, y allí será atormentado por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO III.

Del voluntario desprecio de Jesucristo.

La segunda compañía, á la que estuvo continuamente unido Jesucristo mientras vivió en este mundo, fue el voluntario y perfecto desprecio de sí mismo, queriendo sufrir siempre la abyeccion, la ignominia y la vergüenza. Efectivamente vivió como un siervo despreciable, vendido y no rescatado; y no solo como siervo, sino que quiso ser tenido como un siervo malvado é inícuo, y como tal burlado de todos, escarnecido, cargado de oprobios, atado, golpeado, azotado, y por fin, sin haber dado para ello ningun motivo, condenado como vil y miserable reo á morir entre ladrones en la mas infame y vergonzosa muerte, sin tener quien le defendiese. Si durante el curso de su vida quiso alguno darle muestras de honor temporal, siempre se opuso á ello de palabra y de obra, desechando toda alabanza mundana, y aceptando voluntariamente y sufriendo los desprecios, á los cuales no daba por su parte ninguna oca-

pueda, todo afecto á ellas. Verdaderamente es bienaventurado el tal pobre, porque suyo será el reino de los cielos. Pero el que hiciere lo contrario será infeliz y maldito, pues su porcion será la extrema pobreza y la perpétua indigencia en los calabozos infernales, donde sufrirá el hambre y una sed continua; de donde ningun amigo, ni hermano, ni padre podrán rescatarlo; donde ni ayudarlo podrán siquiera, ni él mismo tendrá medio de evitarlas, ni le valdrá la sabiduría mundana, antes será de hecho privado de todas aquellas cosas que quiso obtener contra la doctrina de Cristo, y allí será atormentado por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO III.

Del voluntario desprecio de Jesucristo.

La segunda compañía, á la que estuvo continuamente unido Jesucristo mientras vivió en este mundo, fue el voluntario y perfecto desprecio de sí mismo, queriendo sufrir siempre la abyeccion, la ignominia y la vergüenza. Efectivamente vivió como un siervo despreciable, vendido y no rescatado; y no solo como siervo, sino que quiso ser tenido como un siervo malvado é inícuo, y como tal burlado de todos, escarnecido, cargado de oprobios, atado, golpeado, azotado, y por fin, sin haber dado para ello ningun motivo, condenado como vil y miserable reo á morir entre ladrones en la mas infame y vergonzosa muerte, sin tener quien le defendiese. Si durante el curso de su vida quiso alguno darle muestras de honor temporal, siempre se opuso á ello de palabra y de obra, desechando toda alabanza mundana, y aceptando voluntariamente y sufriendo los desprecios, á los cuales no daba por su parte ninguna oca-

sion ni motivo. El Dominador del mundo fue de cási todos perseguido, burlado y escarnecido, sin razon y sin que hubiese él ofendido ni injuriado á nadie. Siendo niño, fue luego de nacer perseguido, viéndose obligado á escapar á una tierra de idólatras; cuando mayor fue por unos llamado samaritano y poseido del demonio; por otros gloton, bebedor de vino, seductor y falso profeta: por aquí decian de él: *No es profeta, no es justo, ni hace milagros por la virtud de Dios, sino que arroja los demonios con el poder de Belcebub, príncipe de los demonios.* Unos le llevaron á la cima de un monte para precipitarle en un despeñadero; otros cogieron piedras para tirárselas, levantando contra él un clamoreo en que se le prodigaron las injurias, las befas, las calumnias y las blasfemias de los que conjuraban contra él, é inventaban todo género de falsedades y embustes para perderle. Por fin, le prendieron de un modo el mas vil llevándole á diversos jueces, tribunales y consejos, y allí unos le escupian al rostro; otros le daban bofetadas: unos le vistieron de un manto de burla; otros le coronaron de espinas, y doblando ante él

la rodilla por mofa, le daban golpes en la cabeza: unos le vendaban los ojos, y lo exponian á toda suerte de irrisiones; otros le azotaban: aquellos, cual mastines sedientos de sangre, le enseñaban sus dientes, pidiendo á gritos su condenacion á muerte, como la de un público malhechor; y habiéndoles sido abandonado, le condujeron al patíbulo cargado con su cruz y abandonado hasta de sus propios discípulos. Uno de estos le negó; le entregó otro, y los demás huyeron. Quedó solo y desnudo el dia solemne de la Pascua en medio de aquella turba que se reuniera para celebrarla, y, clavado como reo en una cruz en medio de dos ladrones, fue levantado en alto. Moribundo ya, y lamentándose y orando por sus verdugos, era insultado por los que le decian: *Ah, tú el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo.* Y otros gritaban: *Si ha salvado á otros, ¿por qué no se salva á sí mismo?* Á su vista estaban echando suertes sobre su vestido; y mientras agoniza y pide de beber le presenta uno hiel y vinagre en lugar de agua; y otro, despues de haber espirado ya, le traspasa con una lanza su costado; y des-

pues que fue depuesto y descendido de la cruz, quedó desnudo sobre la tierra por no haber cómo darle sepultura, que hubo de tener de limosna. Ni aun entonces faltaron algunos enemigos suyos, que levantaron querellas delante de Pilato, diciéndole : *Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor, cuando todavía estaba en vida, despues de tres dias resucitaré.* Despues unos dudaron de la verdad de su resurreccion, y otros la negaron. Así es, pues, como en su vida, en su muerte y despues de ella se halló en un continuo desprecio, ignominia y envilecimiento ; y lo sufrió todo para llegar en cuanto hombre á la gloria de su exaltacion, y para elevarnos á nosotros á la eterna felicidad. Por lo tanto, el glorioso Hijo de Dios se constituyó nuestro modelo, nuestro ejemplar, nuestro Doctor y Maestro á fin de que despreciemos la gloria temporal, y para que no solo no andemos en su busca, sino que la rehusemos, aun cuando se nos presente y se nos ofrezca.

Jesús no buscó ciertamente su propia gloria en todo el discurso de su vida, sino la de su Padre celestial, humillándose á sí mismo, y anonadándose hasta tomar la forma de es-

clavo, y ser obediente hasta la muerte, y no muerte ordinaria, sino cruel, ignominiosísima é infame, cual es la de cruz. Pero ¡oh dolor! ¿qué hombre hay en el dia que tenga amor á tal compañía? es decir : ¿quién hay que huya de los honores, que elija lo que es propio de la pobreza, de la condicion humilde y de los destinos bajos, y que prefiera ser abatido, despreciado y anonadado? ¿Quién hay que no quiera lucir por el bien que hace, ó por los bienes que posee, y ser alabado de los aduladores? Y sin embargo, ninguno va por el verdadero camino, ni adelanta un solo paso para ponerse en él, si no trabaja por unirse por un verdadero amor con Jesucristo, cabeza del cuerpo moral de los fieles.

Hay algunos que dicen : yo amo y quiero amar á Dios, y no siento que el mundo no me honre ; mas no quiero que se me avergüence, ni ser envilecido, ni vituperado, ni recibir tampoco en presencia de nadie confusion alguna. Pero esto es un signo evidente de poca fe, de poca justicia, de poco amor y de mucha tibieza. Porque, ó cometió la falta, que le mereció la pena, la confusion y la crítica, de la que pocos pueden justamente

excusarse, ó no la cometió. Si la cometió, ya sea con actos públicos ú ocultos, debe como verdadero penitente resignarse con paciencia á satisfacer por su culpa con el alma y cuerpo, y esto por dos razones: la primera, porque aquella pena, aquella confusion y vergüenza sobrellevadas con paciencia, satisfacen á Dios y al prójimo: la segunda, porque así lo dispone la divina Justicia. Y si no hubiese cometido falta alguna real ni de voluntad ni de accion, debe no obstante sobrellevar toda la vergüenza y confusion permitida por Dios, y sufrirla con cien veces mas paciencia que la primera, y aun con júbilo, ya porque con ello tiene la dicha de parecerse á Jesucristo inocente y cubierto de confusion, ya porque aquella pena, confusion y vergüenza se convertirán en aumento de gracia, y es claro que creciendo el mérito de la gracia, ha de crecer el don y el premio de la gloria. Por otra parte sufriendo la vergüenza y confusion no merecidas por falta propia, se adelanta mucho y crece en perfeccion el alma santa, haciéndose mas amiga de Dios; así como se perfeccionan aquellos que sufren por amor de Dios la pobreza y las tribulaciones.

Jesucristo amó la abyeccion y huyó de los honores para enseñar á sus discípulos y amigos el modo de crecer en méritos y en gracia. Esta fue, pues, la segunda compañía, unida continuamente á la vida de Jesucristo. Por lo que, si queremos considerar bien el principio, el medio y el fin extremo de la vida de Jesucristo, Hijo de Dios, verémos que toda consiste en la humildad, en vivir en este mundo sin honor, despreciado y reprobado del mundo y de sus amadores.

CAPÍTULO IV.

Del sumo y continuo dolor de Jesucristo.

La tercera compañía, á la que el alma de Jesucristo estuvo continuamente unida, fue el sumo dolor que experimentó desde el mismo instante en que fue infundida en su santísimo cuerpo. Porque, como en el mismo momento, en que aquella alma santísima fue unida al cuerpo humano y á la Divinidad, fue súbitamente colmada de una suma sabiduría, con ella supo, consideró y comprendió universal y singularmente todas y cada una de las penas que habia de sufrir todo el tiempo que estaria unida á su cuerpo mortal, y así comenzó en el mismo instante á experimentar un dolor sumo. Pues, así como en la víspera de su muerte agonizó con tanta tristeza que tuvo un sudor de sangre que corrió hasta la tierra, porque preveia la crueldad de la pasion y muerte que iba á sufrir; así tambien el alma de Cristo, previendo estos futuros tormentos, fue afectada de un sumo dolor, aunque por entonces no sufriese el

cuerpo lo que sufrió en la víspera de su pasion. Preveia aquella santa alma los cuchillos cortantes de las pésimas lenguas, y las injurias y maldiciones que contra él habia de vomitar cada una en particular; sabia y continuamente consideraba por quién seria muerto, cómo, cuándo y cuánto seria afligido; y recordaba que para esto habia venido al mundo. Por esto cuando reflexionaba como seria vendido, entregado, preso, negado, desamparado, atado, abofeteado, escarnecido, herido, acusado, maldecido, blasfemado, azotado, juzgado, reprobado, condenado, y conducido cual si fuera un ladron á sufrir la espantosa muerte de cruz, despojado, desnudado, muerto y traspasado con una lanza, se le despedazaba el corazon, y no le dejaba ni un solo momento sin angustias. Sabia todos los golpes de martillo que sobre él descargarian, los muchos azotes, y la ferocidad de los judíos, el derramamiento de su preciosa sangre, y las lágrimas que habia de verter; tenia siempre presentes y consideraba todos sus suspiros, sus quejas, sus dolorosos lamentos y los de su [illegible]sima Madre, y todas estas cosas no podian menos de

nar su entendimiento y su corazon de mortales angustias y de un sumo y continuo dolor. De todo lo que resulta que toda la vida de Jesucristo estuvo unida á un sumo dolor, y á una suma tristeza y afliccion.

Además de esto Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Libro de la vida, tuvo que sufrir dolores sin cuento en todo el curso de su vida mortal. Al nacer no fue puesto en un baño, ni colocado sobre un colchon de blandas plumas: no fue envuelto en blandas y delicadas pieles como los hijos de los grandes de este mundo, sino colocado sobre pajas, y reclinado sobre el pesebre de un establo en medio de dos animales. Apenas nacido este tiernísimo Infante, comenzó á sufrir en su cuerpo las incomodidades, pues se vió obligado á huir á Egipto, peregrinando con su dulcísima y tierna Madre y con san José por aquellos vastos desiertos, sin socorro humano. Siendo grandecito siempre iba á pié, subiendo á Jerusalen, segun lo mandado por la ley, á pesar de que Nazaret distaba de Jerusalen mas de dos jornadas.

Cuando llegó á la edad de los treinta años, despues de recibido el bautismo, se retiró al

desierto, donde ayunó por espacio de cuarenta dias y fue acosado del hambre hasta tal punto, que creyó el demonio poder valerse de ella para inducirle á pecado, esperando reducirle al primer golpe. Caminaba á pié predicando en los lugares, en las villas y ciudades, padeciendo hambre, sed, lluvia, calores, vientos y frio; sudando y fatigándose por todas estas incomodidades, y por último sufriendo el suplicio de la muerte. Á todos estos trabajos se sometió para enseñar á los hombres el camino de la verdad, para destruir los embustes y el imperio del demonio, para mostrar cuán útil es la penitencia, y para hacer ver á los hombres que la felicidad, el bien y la gloria del hombre consisten en sufrir los dolores y la tribulacion, demostrándonos con su ejemplo que debemos aceptar todas estas cosas.

No hay lengua que pueda explicar, ni aun entendimiento que pueda imaginar cuáles fueron sus dolores en el tiempo de la pasion. Fue en Jesucristo inefable y de muchas maneras el dolor, y fue mucho mas intenso y mas agudo todavía por el sumo afecto con que amaba y se compadecia del género humano.

nar su entendimiento y su corazon de mortales angustias y de un sumo y continuo dolor. De todo lo que resulta que toda la vida de Jesucristo estuvo unida á un sumo dolor, y á una suma tristeza y afliccion.

Además de esto Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Libro de la vida, tuvo que sufrir dolores sin cuento en todo el curso de su vida mortal. Al nacer no fue puesto en un baño, ni colocado sobre un colchon de blandas plumas: no fue envuelto en blandas y delicadas pieles como los hijos de los grandes de este mundo, sino colocado sobre pajas, y reclinado sobre el pesebre de un establo en medio de dos animales. Apenas nacido este tiernísimo Infante, comenzó á sufrir en su cuerpo las incomodidades, pues se vió obligado á huir á Egipto, peregrinando con su dulcísima y tierna Madre y con san José por aquellos vastos desiertos, sin socorro humano. Siendo grandecito siempre iba á pié, subiendo á Jerusalen, segun lo mandado por la ley, á pesar de que Nazaret distaba de Jerusalen mas de dos jornadas.

Cuando llegó á la edad de los treinta años, despues de recibido el bautismo, se retiró al

desierto, donde ayunó por espacio de cuarenta dias y fue acosado del hambre hasta tal punto, que creyó el demonio poder valerse de ella para inducirle á pecado, esperando reducirle al primer golpe. Caminaba á pié predicando en los lugares, en las villas y ciudades, padeciendo hambre, sed, lluvia, calores, vientos y frio; sudando y fatigándose por todas estas incomodidades, y por último sufriendo el suplicio de la muerte. Á todos estos trabajos se sometió para enseñar á los hombres el camino de la verdad, para destruir los embustes y el imperio del demonio, para mostrar cuán útil es la penitencia, y para hacer ver á los hombres que la felicidad, el bien y la gloria del hombre consisten en sufrir los dolores y la tribulacion, demostrándonos con su ejemplo que debemos aceptar todas estas cosas.

No hay lengua que pueda explicar, ni aun entendimiento que pueda imaginar cuáles fueron sus dolores en el tiempo de la pasion. Fue en Jesucristo inefable y de muchas maneras el dolor, y fue mucho mas intenso y mas agudo todavía por el sumo afecto con que amaba y se compadecia del género humano.

No solamente se dolia en comun de la perdicion del linaje humano, condenado y esclavo de Satanás; sino que sentia un sumo dolor de compasion por cada uno de sus indivíduos; y no solo por los pecados en comun de cada persona, sino segun la medida y la cantidad de cada una de sus culpas, y de la pena que ciertísimamente sabia que habia incurrido y habia de sufrir en lo futuro. Y así cuantos fueron y son los pecados de los hombres, cuantos son los que comete y cometerá cualquiera de ellos, otros tantos fueron en Jesucristo los dolores por su compasion é infinita misericordia. Pero así como son innumerables los hombres y sus pecados, y era inmensa la pena incurrida, ó que debian incurrir; así tambien el dolor que por nuestro amor debia experimentar, fue sumo é infinito.

Jesús amaba inefablemente á todos y á cada uno de sus elegidos, y con aquel amor entrañable, que abrasaba de continuo su corazon, se dolia y se compadecia de ellos, segun la falta de cada uno, la ofensa cometida ó por cometer, y sufria con sumo dolor todas y cada una de las penas que por ellas debian su-

frir. Tal fue la compasion, y tanto el dolor que afligió al dulcísimo corazon de Jesús por nuestros pecados, que la misma suma piedad con que nos compadecia le hizo sufrir el tormento de la cruz, que es una muerte horrenda, con dolores infinitos, para poder con ellos aplacar la divina Justicia, redimirnos y librarnos de las penas merecidas.

Hubo tambien en Cristo un sumo dolor por compasion propia, esto es, hácia sí mismo, porque se compadecia de la dolorosa inefable pena que sobre sí veia venir. Conocia y consideraba Jesús que él era el enviado del Padre para llevar sobre sí los dolores y penas de todos los hijos de Adan, sin que hubiese otro que pudiese aliviarle de tan inexplicable dolor, pues que él era el único destinado á este efecto, y por lo tanto se compadecia de sí mismo con sumo dolor. Si conociera alguno que cierta é infaliblemente habia de sobrevenirle un gran dolor, ó una grande pena; y si tuviera siempre grabada en su imaginacion esta idea, sin duda se compadeceria de sí mismo, y seria tanto mayor su pena, cuanto mas comprendiese la gravedad de las penas y dolores que iban á descargar sobre sí. Pues to-

das estas circunstancias se hallaron en Jesucristo sobre todo cuanto el humano entendimiento puede considerar.

Jesucristo tuvo un dolor de piedad para con su misericordiosísimo Padre, porque amó y ama infinitamente á su Padre, señor de toda misericordia y de toda piedad. Sabiendo Jesús que su eterno Padre amaba inmensamente á los hombres, movido de piedad y de misericordia hácia ellos, él mismo se ofreció á venir al mundo para redimirles; y como él es infinitamente amado de su Padre, experimentaba un infinito dolor por la compasion que le tenia el eterno Padre á causa de la muerte afrentosa que iba á sufrir por conformarse con su paternal voluntad, y humillarse á sí mismo hasta morir en la cruz por obedecerle: y esta especie de dolor, que puede llamarse divino, es imposible explicarla. Digo tambien que fue en Jesús inefable el dolor por ser concebido, permitido y ordenado por la inefable sabiduría de Dios, la cual inefable y eterna dispensacion, unida eterna é inefablemente con Cristo, como Verbo eterno del Padre, dispuso que lo sobrellevase con sumo dolor: y cuanto mas admirable es esta divina

dispensacion, tanto mas intenso fue en Cristo el dolor que de ella resultaba, en términos que no hay humano entendimiento, ni angelical, que sea capaz de comprender cuál sea el estado de aquel dolor. Además, esta permision fue el orígen de todos sus dolores; y como es imposible que comprenda el entendimiento humano, ni aun el angélico, la infinita caridad que demostró con haber querido redimirnos con su muerte; así es tambien imposible comprender el infinito dolor que interiormente experimentó. Este dolor resultó de la luz inefable que se dió á Cristo, la que iluminándole inefablemente, y viviendo en él mismo por divina dispensacion, y transformándole en dolor, se lo causaba tan agudo que es imposible explicarlo. Veia Cristo que le habia sido dada una medida inefable de tan excesivo dolor, que por esto mismo estaba oculta y era superior á toda humana criatura, siendo él, en cuanto Dios, la fuente, el orígen y la providencia de la divina luz que le habia sido comunicada.

Hubo igualmente en Jesucristo un gran dolor de compasion por su dulcísima Madre, porque la amaba y la ama mas que cualquie-

ra otra criatura, por haber recibido de ella sola su carne, y porque mas que otra criatura sentia ella las penas de su Hijo á proporcion del alto y nobilísimo conocimiento que de él tenia en grado muy superior á cualquiera otra. Por esto la compadecia y lamentaba, viéndola sumamente afligida y angustiada en su alma y cuerpo. El dolor de María llegaba á lo sumo; y este mismo dolor afectaba á su santísimo Hijo, teniendo siempre por base la divina Providencia.

Fue tambien inmenso en Jesucristo el dolor de la ofensa que crucificándole hacian los judíos á su Padre, infinitamente amado, porque no han cometido los hombres, ni han de cometer pecado mayor que el de crucificar y hacer morir al Hijo de Dios. Esta ofensa enorme debió de conmover inmensamente á Jesucristo; y le obligó á prorumpir en aquellas palabras: *Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt,* no menos el dolor y compasion de su Padre ultrajado, que el de los hombres que le ultrajaban. Tal vez por este delito hubiera condenado de nuevo el eterno Padre á todo el linaje humano, si Jesucristo, olvidándose en su agonía de todo otro dolor,

no hubiese aplacado su divino Padre con aquella benigna súplica hecha con lágrimas y en alta voz.

Tuvo además Jesucristo un gran dolor de compasion para con sus Apóstoles y discípulos. Dolíanse estos y las santas mujeres que le habian seguido, y estaban llenos de aflicion al verle padecer. Y como Cristo los amaba tiernamente, experimentó un grandísimo dolor cuando vió dispersos y atribulados á sus discípulos.

Además de todos estos dolores, experimentó Jesús otro de tal naturaleza, que este Hombre-Dios entregado y crucificado fue herido por él con cuatro géneros de espadas. La primera fue la de la crueldad criminal de los endurecidos y obstinados corazones de aquellos, que, llenos de furor contra Jesús, no omitian diligencia ni industria alguna para hallar la mas cruel y horrorosa manera de exterminar de la tierra al Señor que habia venido para salvarlos. La segunda fue la malicia y la injusticia de aquella extremada ira y odio que continuamente le tenian los que le crucificaron. Todos sus pensamientos, su perversa intencion é inícua voluntad, fueron otros tan-

tos cuchillos que traspasaron el alma de Jesucristo. La tercera fue la malicia y la perfidia de las lenguas que contra él clamaban. Todas las acusaciones, las detracciones, los consejos inícuos, las befas, las derisiones, las burlas, las blasfemias, las maldiciones, los falsos testimonios y la injusta sentencia fueron otros tantos dolores que sufrió su alma moribunda. La cuarta fue el cruelísimo acto de su pasion, llevado hasta su fin con la mayor ferocidad, y esto se hace fácilmente comprensible á cualquiera que lo considere. Todos los tirones de los cabellos, de la barba y de la cabeza, todos los empujones, las cadenas, las bofetadas, las salivas y golpes que le dieron, fueron otros tantos dolores de su pasion, especialmente cuando le taladraron sus piés y manos con los clavos, que eran ásperos, gruesos y desiguales en toda su longitud, y cuadrados; resultando de esto que aquellos piés y manos así taladrados, despedazados y destrozados con tan bárbaro tormento, le causaron un dolor que no hay lengua que lo pueda explicar. Aun cuando sus piés y manos no hubiesen sido enclavados en un leño, siempre hubiera sido atrocísima su pasion. Pero esta

crueldad subió de punto estirándole sus piés y manos, y todo su cuerpo, dislocándole y desconcertándole sus huesos y nervios para que alcanzasen á los agujeros que habian hecho en el durísimo tronco. No les bastó esto, sino que levantaron en alto la cruz, y lo expusieron desnudo al frio, al viento y á la vista de la multitud. La gravedad y peso de su cuerpo pendiente de sus manos y piés, hacia que la dureza de los clavos fuese mejor sentida, y que la sangre de las heridas brotase sin intermision, para que de este modo fuese consumada toda la malicia y ferocidad de los judíos.

Para comprender alguna cosa de tan excesivo dolor, debemos considerar que el mismo Hombre-Dios, Jesús, tanto para mostrarnos que no lo sufria por sí, sino por nosotros, como porque nos doliéramos y compadeciéramos entrañablemente de sus dolores y tormentos, agobiado por el peso de tanta agonía exclamó: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* No podia ser abandonado de Dios, siendo Dios él mismo, pero manifestó que era tambien hombre cuando se declaró abandonado en sus tormentos. Con aquel

grito nos manifestó el agudísimo inefable dolor que padecia entonces por nosotros, y nos convidó á que nos condoliéramos de él y le compadeciéramos continuamente.

No se crea que sufrió solo mientras estuvo pendiente en la cruz, pues como dijimos, desde el momento en que fue formado y se organizó su cuerpo y se le infundió el alma, y en que simultáneamente se unió á entrambos el divino Verbo, quedó colmada aquella alma de una sabiduría suma é inefable, y desde aquel instante se le representaron todas las cosas presentes y futuras : y por lo mismo desde aquel momento sintió ya los agudísimos inexplicables dolores que le aguardaban. Y así por disposicion divina toleró este dolor desde que fue infundida al cuerpo su santísima alma hasta que de él se separó.

Esto significan aquellas palabras con que frecuentemente declaraba que convenia llevar la cruz, y con que aseguraba á sus discípulos que él la llevaba no por sí sino por ellos y por nosotros. Aquellas palabras: *Tristis est anima mea usque ad mortem* fueron dichas por el Señor para excitarnos mas eficazmente á la compasion de su dolor.

Y este dolor con todas las antedichas circunstancias fue vehemente y acerbo á causa de la nobleza de su alma, la que cuanto mas santa y mas noble era, tanto mas mortificada estaba de un agudo é intenso dolor. Porque siendo aquella santísima alma sumamente noble, la causaban una suma angustia las injurias y aflicciones que recibia : y como todos los dolores procedian de la disposicion inefable de la Divinidad, desolaban de tal modo el alma de Cristo, que redundaba el dolor hasta el cuerpo y lo afligia con vehemencia.

La grandeza de este dolor se aumentaba por la nobleza y delicada finura de su cuerpo virginal, formado por la operacion del Espíritu Santo, y por lo mismo mas sensible y capaz de mayor dolor que otro cualquiera nacido de mujer. Á mas de esto fue agudísimo en Jesucristo el dolor con respecto á su persona, que es divina, lo que hacia que fuese infinita la ofensa que contenia toda injuria y afliccion que se le causaba, porque no se hacian únicamente contra su humanidad, sino contra la divinidad, que se traslucia en todas sus palabras y acciones. Y por

lo tanto tenia una infinita razon de dolerse, é inefablemente se dolia de todos los vituperios y ultrajes que se le hacian.

En medio de todos estos dolores que padecia y sufria el Salvador del mundo y Hombre-Dios Jesucristo, no amenazaba, ni maldecia, ni se defendia, ni se vengaba; acusado no se excusaba; no apartaba el rostro cuando le escupian y abofeteaban, ni retiraba las manos ó los piés cuando le extendian en la cruz; sino que entera y absolutamente se abandonó á la malignidad de sus enemigos, valiéndose de su iniquidad para obrar á su despecho, y á pesar de su ingratitud, la obra de la redencion humana.

Parece increible; y sin embargo en el acto mismo de la pasion, que contra él consumaba la perversidad de los judíos, les daba Jesús ejemplo de paciencia, les enseñaba la verdad, y con llanto y clamor rogaba por ellos á su eterno Padre. En vez de tomarles en cuenta y castigarlos por su grandísimo pecado, que merecia causar la ruina y destruccion de la especie humana, y aun del universo entero, recibieron mayores beneficios, pues con aquellos mismos dolores y penas que

le hacian sufrir, satisfacia Jesús por todos nuestros dolores. Entonces fue cuando redimió y abrió las puertas del paraíso á los que le crucificaban y á todos los hombres, reconciliándoles con su eterno Padre: entonces fue cuando los colmó de gracia y los volvió á la condicion de hijos de Dios por aquello mismo con que el mundo se habia hecho digno de la condenacion, pues con la muerte de Jesús acababa de cometer la criatura la mas atroz injuria contra su Criador. ¡Oh piedad! ¡Oh inmensa misericordia la del Señor! ¡Oh benignidad infinita, que apenas puede imaginarse! porque de donde abundó la mayor de las iniquidades, de allí mismo sobreabundó una tal y tan grande gracia, que verdaderamente no tiene fin.

Todo este misterio lo cumplia aquella infinita benignidad y misericordia, para que nos sirviese de ejemplo en toda tribulacion y adversidad; y para que no solo no hiciésemos mal á nuestros enemigos, sino tambien para que procurásemos hacerles bien por amor á nuestro Redentor. Si un Ángel, si algun Patriarca, Profeta ú otro cualquiera de los Santos nos hubiese dado un ejemplo

semejante, ¿no deberíamos por ventura seguirlo? ¡Qué obligacion, pues, tan grande no tendrémos de no mirar con indiferencia, antes de cumplir perfectísimamente y con suma diligencia, un ejemplo tal de vivir, que nos ha dado la misma Sabiduría de Dios, verdad infalible que no puede engañarse ni engañarnos, y que para ello se revistió de nuestra carne en medio de nosotros!

Sabemos y confesamos que el Hijo de Dios pasó toda su vida en tales y tantos dolores, que, no solo sufrió con paciencia las tribulaciones ocasionadas por circunstancias fortuitas, sino que las eligió y las buscó espontáneamente él mismo, que no habia pecado, ni pudo pecar de manera alguna, y halladas las amó, se sometió á ellas, las sufrió, y predicó con su doctrina evangélica que son bienaventurados cuantos las soportan como él. Porque no se contentó con alabar y beatificar con solas palabras las aflicciones del alma y del cuerpo, tomadas por Dios, y llevadas en paciencia; sino que él mismo las toleró en su alma y cuerpo mayores que no las sufrió jamás ningun otro; y nos aseguró francamente que no es posible alcanzar la vida eterna por

otro camino, ni de otro modo que por medio del dolor, de la pena y de la tribulacion. Este es, pues, el camino real que nos conduce á Dios; y es un insensato aquel que, apartándose del que nos ha trazado el Hijo de Dios, nuestro Criador, marcha por otro diferente, rehusando seguir á Nuestro Señor y Redentor, que se ha dignado ser nuestro guia.

Sabia el Señor, y conocia muy bien cuántos bienes se esconden en los dolores y tribulaciones, y por eso los eligió y los tomó; por eso huyó de los deleites, detestó los consuelos temporales, y predicó contra todas estas cosas. Mas como se inclina á ellas nuestra naturaleza corrompida, parece podian en cierto modo ser excusables aquellos que huian de las tribulaciones y corrian en busca de los deleites, antes que el verdadero Dios y Hombre hubiese repudiado estos y elegido y tomado aquellas en sí mismo, como muchos siglos antes lo habia hecho anunciar él mismo por la boca de sus santos Profetas. Pero, despues que el Hijo de Dios eligió para sí tal y tanta adversidad, ¿quién será tan infeliz é insensato que pueda dudar de esto, ó que no vea una verdad tan claramente demostrada,

tan altamente predicada, y por este Señor tan solemnemente practicada y propuesta al mundo por ejemplo? ciertamente nadie. Y así, ¿de qué condenacion no serémos dignos nosotros, que siendo unos miserables y viles pecadores, no solo no tomamos en espíritu de penitencia las tribulaciones, ni queremos recibirlas; sino que evitamos con impaciencia y rechazamos con murmuracion aquellas que Dios nos manda por su infinita misericordia, ó permite que nos sobrevengan con el fin de retraernos ó purgarnos del pecado, y nos lamentamos quejándonos del que nos las envia ó permite, buscando consuelos y remedios para librarnos de ellas?

¡Oh infelices y verdaderamente miserables de nosotros, que no solo no abrazamos de corazon las aflicciones y penas temporales que nos vienen por remedio y curacion de nuestros pecados; sino que aun tenemos la descortesía de rehusarlas cuando nos las ofrece Jesucristo, nuestro sapientísimo Médico! Así sucede que, si por la voluntad y disposicion de la suma sabiduría de Dios nos acomete un poco de frio, buscamos al momento el consuelo del fuego y nos arropamos mas; si vienen los calores del verano, vamos en busca de refrescos; si nos duele la cabeza ó el estómago, nos quejamos, suspiramos, nos desolamos, hacemos llamar el médico, y todo son medicinas, meterse en cama, y que se nos administren las cosas mas delicadas para mitigar el dolor, nos volvemos á Dios y á sus Santos conjurándoles incesantemente que nos retornen la salud, prometiéndoles con votos de ayunar, de ir en peregrinacion, y hacer ciertas oraciones; y hacemos tales y tantas cosas para apartar de nosotros los dolores y las aflicciones, que nos son tan útiles, cuales no haríamos por conseguir la remision de nuestros pecados, ni el bien de nuestras almas.

Á mas de esto, si disponiéndolo, ó permitiéndolo Dios para nuestra utilidad, se nos hace algun daño ó injuria, nos turbamos al momento, nos conmovemos, nos montamos en cólera, proferimos lamentos, juzgamos malignamente, murmuramos, quizás maldecimos y nos vengamos del injuriador como podemos, rechazamos toda injuria, huimos y evitamos toda molestia sin querer tolerar con paciencia y conformidad ninguno de los do-

lores, aflicciones ó adversidades con que quiere curarnos el Médico celestial.

¡Cuánto no se hace y no se inventa, cuánto no se piensa y no se gasta para evitar los dolores, las aflicciones y las adversidades que Dios misericordiosamente nos permite ó nos envia! Pero debemos estar persuadidos que es mucho mas saludable y meritorio el sobrellevar voluntariamente las aflicciones y penitencias que Dios nos envia, que las que nosotros elegimos y hacemos á nuestro gusto. Mejor conoce el Médico celestial, que el hombre enfermo é ignorante, las tribulaciones y adversidades que le convienen para purgar, instruir y perfeccionar su alma.

Las tribulaciones y penitencias escogidas á voluntad nuestra sirven algunas veces á la vanagloria, mientras que las que nos vienen por disposicion divina y son aceptadas con gran paciencia, y mejor aun, si se puede, con placer, se esconden á la vista de los hombres, que ignoran si las sufrimos por necesidad, y con violencia de nuestra voluntad.

Y por lo tanto os digo y os aconsejo ¡oh hijos! que aguanteis el frio, el calor y sus ardores, la calentura, el sudor, el dolor de ca-

beza, del estómago ó de otra cualquiera parte del cuerpo, mientras no peligre su conservacion; que no andeis solícitos en buscar los remedios, á no ser que esteis reducidos á una suma necesidad, y que se os impidiese por ello el adelantamiento del bien espiritual de vuestras almas. Igualmente os digo que, si permitiéndolo ó disponiéndolo Dios, nos acaeciese pobreza, muerte de amigos, opresion, persecucion, oprobios, golpes, ó rapiña, no nos encolericemos; antes suframos estas cosas no solo con paciencia, sino como buscadas y escogidas por nosotros, y dadas por el sapientísimo Médico, Salvador nuestro, aceptándolas con gran placer por su amor y para nuestro bien. Entonces nos serán mas meritorias, que si nosotros mismos las emprendiésemos por nuestra propia voluntad en espíritu de penitencia.

¡Oh miserables! todavía me queda que añadir, que no solo huimos de sufrir, como Jesús sufrió los dolores y aflicciones que Dios en su sapientísima misericordia nos envia, sino que nos oponemos formalmente á la voluntad divina, corriendo dia y noche tras los placeres y deleites corporales, y buscando

con todo cuidado los consuelos temporales y vanidades del mundo. Este no es ciertamente el camino del Hombre-Dios, Jesucristo, salvador de todos. ¿Cómo podrá jamás dirigirse hácia Jesús, que es camino, guia y ejemplar de dolor, aquella miserable alma que quiere tener siempre consuelo en este mundo? Por cierto que el alma cuerda, y que quiere vivir sábiamente en este mundo, no debe buscar otra cosa que el dolor, como lo hizo y practicó su divino maestro Jesús; y si tiene una sola chispa de verdadero amor, no debe buscar otro lugar, ni otro estado, que aquel que tuvo Jesús, esto es, el dolor, la afliccion y angustia, y en esto debe cifrar únicamente sus consuelos.

Y no digo esto solamente por respecto á las cosas terrenas y corporales, sino tambien con respecto á las espirituales; porque en el servicio de Dios no debemos cuidarnos de buscar los consuelos que en él se hallan. ¿Por ventura María, la amantísima Madre de Jesús, viendo atormentado y moribundo en la cruz á su divino Hijo, se ocupó en buscar dulzuras y consuelos? No por cierto, sino angustias, amarguras y dolores. Lo mismo

debe hacer nuestra alma, porque no habiendo tenido mas que penas en este mundo el divino Maestro, seria indicio de poco amor y de mucha presuncion en aquella alma que desease ser tratada aquí mejor que su Maestro, y recibir de Jesucristo otra cosa que dolor.

Mas agrada á Dios la obra del pobre, que le sirve fielmente por solo amor, y sin costo ni ofrenda alguna para su culto, que la del rico, que emplea en ello grandes sumas, y le sirve con la esperanza de alcanzar bienes espirituales. Y así el alma que se enriquece y es colmada de la gran dulzura que experimenta en el servicio de Dios, ejercitándose en él y sirviéndole por su amor, no tiene tanto mérito, cuanto alcanza aquella que corre igualmente hácia Dios y le sirve con el mismo semejante amor, pero sin ninguna consolacion, antes sufriendo el peso de las aflicciones y dolores. Así vemos claramente ese rayo de luz que sale de la vida de Jesucristo, que es el camino; luz divina que nos enseña que debemos caminar hácia Dios y en Dios por el dolor; y que por los mismos grados que ha recorrido nuestra cabeza, Jesu-

cristo, hemos de andar nosotros que somos sus miembros místicos, pues nunca se ha visto que vaya por un camino la cabeza de un hombre y por otro sus piés y manos. De este modo por la pobreza temporal hallará el alma una riqueza eterna; por el desprecio y la ignominia un sumo honor y grandeza de gloria; y por una corta y momentánea penitencia, pues la vida del hombre se puede llamar un momento, hecha con pena y dolor, poseerá con gran dulzura y consolacion no menos que el sumo bien. Es bien justo que el alma sirva á Dios por ser quien es; porque es digno de ser infinitamente amado y servido por toda criatura con gran reverencia, á causa de su infinita y altísima bondad. Á él sea dado el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Así sea.

Sea, pues, dada gloria al omnipotente Dios por habernos sacado de la nada, dándonos el ser que tenemos y formándonos á su semejanza.

Sea dado el honor, la virtud y la gloria á este misericordiosísimo Señor, porque de miserables cautivos, desterrados y condenados, que éramos, ha querido redimirnos y exal-

tarnos por medio del dolor, del desprecio, de la pobreza y de la pasion de su santísimo Hijo. Sea además la gloria al benignísimo y misericordiosísimo Dios, en quien tanto ha prevalecido la bondad y misericordia, que ha querido hacernos participantes de su reino, dándonos á cada uno los medios de llegar á él. Allí gozarémos de su compañía y de su mismo gozo, si aquí queremos participar de la tribulacion, del dolor, del desprecio y de la pobreza, que fueron las compañías queridas de su Hijo.

Si para gozar del reino celestial fuera preciso lograr la posesion del oro, plata, piedras preciosas y demás riquezas; ó bien si se lograra por el valor, el talento ó la fuerza, no siendo todos iguales, ni teniendo todos estas cosas, no podria ser de todos el reino de los cielos. Mas se ha dignado poner por precio á su gloria unas cosas, que todos pueden fácilmente conseguir en todo tiempo y en abundancia. En efecto no hay nadie, que si quiere, no pueda ser pobre por Cristo; que no pueda trabajar, ó llevar á lo menos con resignacion y humildad la penitencia y el desprecio. Y como la vida humana está rodeada

de todos estos males, debe por amor de Dios tolerarlos con paciencia y de buen grado cuando le sobrevienen, para entrar en su reino.

Bendito sea aun mas y mas este Dios bendito, que no prescribe muchos y largos sufrimientos de tales cosas, como precio de su reino, sino solo la brevísima duracion de esta vida, que en realidad no es mas que un instante comparada con la eternidad de aquel.

Á la verdad, si por el amor de Dios y de su reino fuese necesario sufrir las cosas mas ásperas, mas duras y mas penosas por el espacio de millares de siglos, deberíamos aceptarlas con gran deseo, á manos juntas, y aun con inmenso júbilo y accion de gracias: y ¿cuánto mas ahora que nos es concedido y otorgado esto por nuestro misericordiosísimo Dios, con la sola condicion de sufrirlas durante el curso de nuestra vida, que no es nada, como acabamos de decir, comparada con la duracion del reino de los cielos, que no tendrá fin?

Bendito sea además el gloriosísimo Dios, que mostrándose á nosotros visiblemente, y viviendo con nosotros, quiso prometernos de

palabra la posesion y cambio de este su reino, estableciéndolo firmemente y confirmándolo con su ejemplo. No, no cabe ya mas lugar de dudar que podamos y debamos obtener su reino por medio de los trabajos, aflicciones y penitencias de esta corta vida, despues que nos consta que así él lo ha prometido; y lo que es mas aun, despues que él lo confirmó con su ejemplo, queriendo sobrellevar las tribulaciones, y no entrando en posesion de su reino sino despues de haber sufrido un sumo dolor, suma pobreza y sumo desprecio.

Venid, pues, venid, ¡hijos de Dios! corred á la cruz de Cristo, al dolor, á la pobreza, al desprecio, y transformaos con todas vuestras fuerzas en este Dios-Hombre atormentado, que nos amó hasta el punto de sufrir por nosotros las amarguras de una muerte tan dolorosa, de tanta ignominia y tan inexplicable, solo por redimirnos y darnos el ejemplo de sufrir por su amor cuanto hay de acerbo.

La perfeccion y el distintivo de los verdaderos hijos de Dios, es el amar á Dios y al prójimo; y así como este Hombre-Dios crucificado nos amó fiel y purísimamente, sin

tener de sí propio piedad alguna, antes abandonándose todo al dolor por amor nuestro: así quiere tambien absolutamente que le correspondan del mismo modo sus hijos legítimos, en cuanto de ellos dependa, y en todas ocasiones.

Por lo que sabed, ¡oh hijos de Dios! que este Hombre-Dios me está continuamente diciendo que os advierta y os exhorte á serle fieles, porque él es fidelísimo; y á uniros al prójimo, asociándoos con él por un decidido y fiel amor. Porque el que es fiel con Dios, lo es tambien con su prójimo: y este Hombre-Dios crucificado nos mostró claramente con su doctrina y su muerte en cuánto grado, y en cuántos modos fiel y purísimamente nos amó.

En vista de todo lo dicho, ¿serémos todavía infieles á Dios, no pensando sériamente y de continuo en su abyeccion, en su pobrísimo nacimiento, en su fatigosa predicacion, en su dulcísima y verdadera doctrina, ni en su dolorosa muerte, sufrida por nosotros? ¿Por qué nuestro corazon ha de apartar su vista de estas referidas saludables cosas, sin que su humilde ignominiosa muerte nos haga morir al mundo y al pecado? ¿Qué hombre, pues, habrá que se atreva á corresponder con poca fidelidad á esta leal y divina fidelidad? Venid, pues, ¡oh hijos mios benditos! mirad esta cruz, y á Cristo muerto en ella por nuestras iniquidades, y llorad conmigo, porque nosotros fuimos y somos la causa de tanto dolor con nuestros innumerables delitos. Vosotros tambien los que no habeis ofendido á Dios tanto como yo, que no soy mas que miseria y pecado, no lloreis menos ni compunjais menos vuestro corazon de dolor, á causa de no haber resistido al pecado, aunque la gracia de Dios os haya conservado la vida, y os haya perdonado por los méritos de la cruz de Jesucristo. Y vosotros, inocentes y santos, diferentes de mí, que soy una pecadora, y cuantos sois semejantes á mí, no tengais menos motivos de doleros. Porque, cuanto mayor es la gracia que recibísteis, tanto mas deudores sois á Jesús, que os la mereció. Es cierto que no le fuísteis agradecidos cuanto debíais, porque manchásteis alguna vez vuestra vida, y quizás perdísteis vuestra pureza. Por lo tanto á todos conviene dolerse, todos deben lamentar-

se y levantar los ojos de su espíritu hácia la cruz. Al aspecto de esta cruz, que el alma no alcanza á ver y conocer bien sino mediante la continua oracion, se obtiene el pleno conocimiento del pecado, el dolor y contricion de él, y una luz de profunda humildad. Al aspecto de esta cruz, revolviendo el alma todos y cada uno de sus pecados, y pensando en Jesucristo dolorido y afligido por todos y cada uno de ellos, se compunge, se duele, y es impulsada por la pena que le causa á castigarse y á reformarse á sí misma, y á cada uno de sus miembros y sentidos.

Mirad tambien, ¡oh hijos benditos de Dios! y contemplad el ejemplar de la vida de este Hombre-Dios dolorido; y tomad de él el modelo de la divina perfeccion. Contemplad el Libro de la vida, esto es, la vida y la muerte de este Hombre-Dios dolorido y crucificado. El aspecto de su pasion y cruz infunde en el alma un profundo conocimiento de la culpa, é inspira una verdadera contricion con una profundísima humildad. Ve tambien allí el alma y conoce la multitud de sus pecados, y como ofendió á Dios con todos sus miembros. Ve tambien venir sobre sí la inefable

difusion de la divina piedad; esto es, conoce cuántas y cuán crueles penas sufrió este Hombre-Dios en cada uno de los miembros de su bendito cuerpo por los pecados de cada uno de nuestros miembros. Y así considera el alma en esta cruz cuánto y cómo ha ofendido á Dios en su cabeza peinándola, aliñándola, ungiéndola y haciendo tantos otros actos de vanidad por agradar al hombre contra Dios; y despues comprende como este Dios y hombre hizo penitencia por estos pecados en su sagrada cabeza, por la grave pena que sufrió en ella cuando le arrancaron sus cabellos; cuando fue taladrada por las espinas de su corona, herida con la caña y quedó teñida toda de su preciosísima sangre.

Lo mismo piensa el alma de los otros miembros, como llevo dicho, por el aspecto de la cruz; en cuyo acto el Hombre-Dios, entrando como en coloquio con el alma, y como arguyendo con ella, la hace pasar revista por todos sus miembros, y no solo considera la multitud de los pecados, pertenecientes á cada miembro, sino tambien su gravedad. Porque la infinita gravedad de cada pecado se descubre manifiestamente cuando el alma, mi-

rando la cruz, advierte y conoce que aquella culpa no podia satisfacerse, ni la pena y ofensa perdonarse de otra manera que por tal y tanta penitencia como el mismo Dios hecho hombre se dignó hacer por ella; lo que es incomprensible al entendimiento humano.

En este Libro de la vida ve el alma mas claramente que en otro alguno la divina justicia, y la razon por que es imposible que el pecado quede sin castigo: y ve que el eterno Padre quiso que su Hijo sufriese la pena de muerte y los tormentos de la cruz, á fin de que los pecados del género humano fuesen de este modo perdonados: ve asimismo en este Libro la infinita bondad y misericordia de Dios, como fue movida de piedad hácia nosotros, queriendo él mismo satisfacer por nuestros pecados, mas bien que abandonarnos al desprecio, al dolor y á la condenacion eterna. Allí descubre tambien la infinita voluntad de Dios, y su infinita solicitud y cuidado en salvarnos y conducirnos á nuestra verdadera patria, sin omitir nada por hacer, hasta morir en cruz, por colocarnos en el goce eterno de su beatísima compañía.

Ve tambien el alma la infinita sabiduría

con que Dios, de una manera inefable y superior al alcance de toda criatura, supo ejecutar la obra de nuestra Redencion, en la que desplegó toda su infinita misericordia, sin faltar en lo mas mínimo, antes cumpliendo exactamente las exigencias de su justicia: como supo salvarnos y exaltarnos con su muerte sin padecer ningun detrimento en su naturaleza divina; venciendo y obrando nuestra salvacion en el santo árbol de la cruz, como el seductor y homicida del género humano nos habia perdido por medio del árbol prohibido. Y en todo esto obró de tal manera, que mientras parecia morir entonces reanimaba todas las cosas, y destruia la muerte de todos; y por medio de sus tormentos, dolores é ignominias preparaba las delicias, la alegría y el gozo al género humano, y le facilitaba la eterna gloria: logrando igualmente por la ignominia de su cruz, que parecia á los hombres la mayor de las locuras, confundir á toda la sabiduría del mundo, y haciendo resplandecer con tal locura la divina sabiduría. Todas estas y otras muchas cosas, que son inefables, se manifiestan en la cruz

al que atentamente, y con la ayuda de la divina gracia, la considera.

Ve además el alma en este Libro de vida la mansedumbre de Dios, por la que, mientras padecia hasta morir, no maldijo ni se vengó; antes bien en medio de las injurias que se estaban cometiendo contra su persona, alcanzó para aquellos mismos que le crucificaban el perdon y la gloria del paraíso. Ve igualmente la infinita humildad de un Dios, que siendo el Rey de la gloria le hizo tolerar una muerte tan afrentosa como la de cruz. Ve por fin, como el tormento de la cruz fue á un tiempo para el hombre la libertad y redencion del infierno, la conquista del paraíso, y su reconciliacion con Dios; siendo al mismo tiempo nuestro ejemplo y enseñanza de la virtud, nuestra fortaleza contra los enemigos, y el precio de nuestra dicha sempiterna, á la que por ella podemos llegar, aunque miserables, y sin ella no nos queda posible ningun otro camino.

Infinitas, pues, son las cosas que podemos leer en este bendito Libro, verdadero Libro de la vida y de la verdad inefable,

Nuestro Señor Jesucristo, Hijo bendito de Dios omnipotente á quien sea dado el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

FIN.

Barcelona 31 de julio de 1852.
Reimprimase. — Dr. Ezenarro, *Vicario General.*

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	Pág.
Al piadoso lector.	5
Prefacio del traductor francés.	7
Invocacion á Jesús y á María.	11
CAPÍTULO PRELIMINAR. De cuán útil sea la meditacion sobre la pasion de Jesucristo.	14
CAPÍTULO PRIMERO. Del amor que Jesucristo nos ha manifestado, queriendo satisfacer él mismo á la Justicia divina por nuestros pecados.	24
CAP. II. Jesús ha querido sufrir mucho por nosotros, para hacernos comprender la grandeza del amor que nos tiene.	37
CAP. III. Jesús por nuestro amor ha querido sufrir desde el principio de su vida los dolores de la pasion.	50
CAP. IV. Del gran deseo que tuvo Jesús de padecer y morir por nuestro amor.	58
CAP. V. Del amor que Jesús nos ha manifestado legándosenos á sí mismo en alimento antes de su muerte.	67
CAP. VI. Del sudor de sangre y de la agonia de Jesús en el huerto.	82
CAP. VII. Del amor que Jesús nos ha testificado sufriendo tantos menosprecios durante su pasion.	93
CAP. VIII. Sobre la flagelacion de Jesucristo.	108
CAP. IX. De la coronacion de espinas.	122
CAP. X. Del Ecce Homo.	131
CAP. XI. De la sentencia de muerte contra Jesucristo, y de su camino hasta el Calvario.	139

CAP. XII. De la crucifixion de Jesús. 153
CAP. XIII. De las últimas palabras de Jesús sobre la cruz, y de su muerte. 168
CAP. XIV. De los motivos de esperanza que tenemos en la muerte de Jesucristo. 183
CAP. XV. Del amor que el Padre eterno nos ha manifestado dándonos á su Hijo. 201
CAP. XVI. Del amor que nos ha manifestado el Hijo de Dios queriendo morir por nosotros. 212
Oracion de san Buenaventura. 223
Grados de la Pasion. 224
Estaciones en forma de diálogo sobre el Calvario y durante la Misa. 227
Oraciones para la Misa. 257
Estaciones de la Pasion de Jesucristo. 269
Reloj de la Pasion. 279

EL LIBRO DE LA VIDA,

JESUCRISTO.

Á las almas devotas de Jesús crucificado. 283
CAPÍTULO PRIMERO. De las tres compañías de Jesucristo. 285
CAP. II. De la suma, perfectisima y continua pobreza de Jesucristo. 288
CAP. III. Del voluntario desprecio de Jesucristo. 303
CAP. IV. Del sumo y continuo dolor de Jesucristo. 310

FIN DEL ÍNDICE.

LIBROS Y HOJAS VOLANTES

QUE HA DADO Á LUZ

LA LIBRERÍA RELIGIOSA

FUNDADA EN BARCELONA

BAJO LA PROTECCION

DE LA VIRGEN SANTÍSIMA DE MONSERRAT

Y DEL GLORIOSO SAN MIGUEL

EN EL AÑO DE 1848.

Las obras que ha publicado hasta el presente son las siguientes, advirtiéndose que muchas se han reimpreso varias veces. Se hallan de venta en Barcelona librería de *Riera*, y en provincias en casa los señores Encargados nombrados al efecto.

Obras en 4.° mayor.

—La santa Biblia en español por el P. Scio. Seis tomos á 210 rs. en piel de color y relieve.

—Vindicacion de la Biblia. Un tomo á 39 reales id.

Obras en 4.°

—Estudios filosóficos por Augusto Nicolás. Tres tomos á 36 rs. en pasta.

—Historia de la Iglesia por Alzog. Cuatro tomos á 44 rs. id.

—Historia eclesiástica de España por La Fuente. Cuatro tomos á 44 rs. id.

—Historia de las Variaciones por Bossuet. Dos tomos á 22 rs. id.

—Historia de la Compañía de Jesús por Cretineau-Joli. Seis tomos á 66 rs. id.

—El Protestantismo por Augusto Nicolás: á 11 reales id.

—Pensamientos de un creyente por Debreyne: á 11 rs. id.
—Las Criaturas por Sabunde: á 11 rs. id.
—Ensayo sobre el Panteismo por Maret: á 11 reales id.
—La Cosmogonía y la Geología por Debreyne: á 11 rs. id.
—La Teodicea por Maret: á 11 rs. id.
—Larraga novísimamente adicionado por el Excelentísimo é Ilmo. Sr. Claret: á 24 rs. id.
—Manual de los Confesores por Gaume: á 14 reales id.

Obras en 8.° *mayor.*

—Año cristiano por Croisset. Diez y seis tomos á 160 rs. en pasta.
—El hombre feliz por Almeida: á 10 rs. id.
—Exposicion razonada de los dogmas y moral del Cristianismo por Barran. Dos tomos á 20 rs. id.
—Historia de la sociedad doméstica por Gaume. Dos tomos á 20 rs. id.
—Las Glorias de María por S. Ligorio: á 10 rs. id.
—El Espíritu de S. Francisco de Sales: á 10 rs. id.
—La única cosa necesaria por Geramb: á 10 rs. id.
—El Catolicismo en presencia de sus disidentes por Eyzaguirre. Dos tomos á 20 rs. id.
—Meditaciones del P. Luis de La Puente. Tres tomos á 30 rs. id.
—Del Papa.—De la Iglesia galicana en sus relaciones con la Santa Sede. Dos tomos á 20 rs. id.
—Catecismo de Perseverancia por Gaume. Ocho tomos á 80 rs. id.
—Sermones de Mision, escritos unos y escogidos otros por el misionero apostólico Antonio María Claret y Clará, arzobispo de Santiago de Cuba. Tres tomos á 27 rs. id.
—Coleccion de pláticas dominicales por el Ecxmo. é Ilmo. Sr. Claret. Siete tomos á 63 rs. id.
—Tratado de la Usura por el abate Marco Mastrofini: á 10 rs. id.

—Catecismo con 48 estampas explicado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo á 6 rs. en pasta.
—Id. id. en catalan: á 6 rs. id.
—Catecismo de Feller. Cuatro tomos á 24 rs. id.
—Vida devota por san Francisco de Sales: á 6 reales id.
—Las delicias de la Religion: á 6 rs. id.
—Confesiones de san Agustin. Dos tomos á 12 reales id.
—Historia de la Reforma por Cobbet. Dos tomos á 12 rs. id.
—Nuevas cartas por Cobbet: á 6 rs. id.
—Preparacion para la Navidad de Jesús por san Ligorio: á 6 rs. id.
—Tesoro de proteccion en la santísima Vírgen por Almeida: á 6 rs. id.
—Armonía de la Razon y de la Religion por Almeida. Dos tomos á 12 rs. id.
—Combate espiritual. Dos tomos á 12 rs. id.
—La existencia de Dios por Aubert: á 6 rs. id.
—Las notas de la Iglesia por Aubert: á 6 rs. id.
—La conformidad con la voluntad de Dios por Rodriguez: á 6 rs. id.
—Historia de María santísima por Orsini. Dos tomos á 12 rs. id.
—Instruccion de la Juventud por Gobinet. Dos tomos á 12 rs. id.
—La Biblia de la Infancia por Macías: á 6 rs. id.
—La divinidad de la Confesion por Aubert: á 6 reales id.
—La Tierra Santa por Geramb. Cuatro tomos á 24 rs. id.
—Guia de pecadores por el V. Granada. Dos tomos á 12 rs. id.
—Reflexiones sobre la naturaleza por Sturm. Seis tomos á 36 rs. id.
—Obras de santa Teresa. Cinco tomos á 30 rs. id.
—Reloj de la pasion por san Ligorio: á 6 rs. id.

—Católica infancia por Varela: á 6 rs. id.
—Vida de santa Catalina de Génova: á 6 rs. id.
—Verdadero libro del pueblo por Madama Beaumont: á 6 rs. id.
—¿Á dónde vamos á parar? por Gaume: á 6 rs. id.
—El Evangelio anotado por el Excmo. é Ilmo. señor Claret: á 4 rs. id.
—Veni-mecum por el Ilmo. Sr. Caixal: á 7 rs. en piel de color y relieve.
—Las delicias del campo, ó sea agricultura cubana por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. en media pasta.
—Llave de oro para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. en pasta.
—El Nuevo manojito de flores para los confesores por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. id.
—Vida de san Luis Gonzaga: á 6 rs. id.
—Virginia. Tres tomos á 18 rs. id.
—Ejercitatorio de la vida espiritual por el Padre Fr. Francisco García de Cisneros: á 6 rs. id.
—El hombre infeliz consolado, por el señor abate D. Diego Zúñiga: á 6 rs. id.
—Historia de santa Isabel de Hungría por el Conde de Montalembert. Dos tomos á 12 rs. id.
—Práctica de la viva fe de que el justo vive y se sustenta por el P. Fr. Tomás de Jesús: á 5 rs. id.
—Historia del Cristianismo en el Japon, segun el R. P. Charlevoix: á 6 rs. id.
—Manual de erudicion sagrada y eclesiástica por D. Bernardo Sala, monje benedictino: á 7 rs. id.
—Del matrimonio civil: opúsculo formado con la doctrina del P. Perrone en su obra *Del matrimonio cristiano:* á 6 rs. id.
—Meditaciones para todos los dias de Adviento, novena y octava de Navidad y demás dias hasta la de la Epifanía inclusive, por san Ligorio, á 5 rs. id.
—Ejercicios espirituales de san Ignacio explicados por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. id.
—De la oracion y consideracion por el V. Granada. Dos tomos á 12 rs. id.

Obras en 16.°

—Caractéres de la verdadera devocion por el Padre Palau: á 4 rs. en pasta.
—El arte de encomendarse á Dios por el P. Bellati: á 4 rs. id.
—Las horas sérias de un jóven por Sainte-Foix: á 5 rs. id.
—El Camino recto por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 5 rs. en piel de color y relieve.
—Id. id. en catalan: á 4 rs. id.
—Ejercicios para la primera comunion por el Excelentísimo é Ilmo. Sr. Claret: á 3 y medio rs. id.
—La verdadera sabiduría por el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Claret: á 4 rs. en pasta.
—Coleccion de opúsculos por el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Claret. Cuatro tomos á 20 rs. id.
—Tardes ascéticas, ó sea una apuntacion de los principales documentos para llegar á la perfeccion de la vida cristiana, por un monje benedictino: á 4 rs. id.
—El Párroco con los enfermos, ó sea algunos avisos prácticos para los principiantes en dicha carrera: á 3 rs.

Opúsculos sueltos.

—Avisos á un sacerdote: á 30 rs. el ciento.
—Avisos muy útiles á los padres de familia: á 30 reales el ciento.
—Avisos muy útiles á las casadas: á 30 rs. el ciento.
—Avisos muy útiles á las viudas: á 30 rs. el ciento.
—Avisos saludables á los niños: á 30 rs. el ciento.
—Avisos saludables á las doncellas: á 26 rs. el ciento.
—Avisos á un militar cristiano: á 24 mrs. el ejemplar.
—El rico Epulon en el infierno: á 22 rs. el ciento.
—Reflexiones á todos los Cristianos: á 24 rs. el ciento.

—Resúmen de los principales documentos que necesitan las almas que aspiran á la perfeccion: á 24 rs. el ciento.

—Los tres estados del alma: á 20 rs. el ciento.

—Reglas de espíritu que á unas religiosas muy solícitas de su perfeccion enseñan san Alfonso Ligorio y el V. P. Senyeri Juniore: á 20 rs. el ciento.

—Respeto á los templos: á 22 rs. el ciento.

—Galería del desengaño: á 26 rs. el ciento.

—La Escalera de Jacob y la puerta del cielo: á 30 reales el ciento.

—Maná del cristiano: á 15 rs. el ciento.

—Idem en catalan: á 15 rs. el ciento.

—El amante de Jesucristo: á 24 mrs. el ejemplar.

—La Cesta de Moisés, á 24 mrs. el ejemplar.

—Religiosas en sus casas, ó las hijas del santísimo é inmaculado Corazon de María: á real y cuartillo el ejemplar.

—Breve noticia del orígen, progresos, gracias é instrucciones de la Archicofradía del sagrado Corazon de María, para la conversion de los pecadores; junto con una Novena, para impetrarla del Corazon inmaculado de María: á real el ejemplar.

—Socorro á los difuntos: á 24 mrs. el ejemplar.

—Bálsamo eficaz para curar un sinnúmero de enfermedades de alma y cuerpo: á 24 mrs. el ejemplar.

—Antídoto contra el contagio protestante: á 30 reales el ciento.

—El viajero recien llegado. Obrita muy importante en las actuales circunstancias: á 26 rs. id.

—Compendi ó breu explicació de la doctrina cristiana en catalan: á 28 maravedís uno.

—El Protestantismo por P. J. P.: á 24 mrs.

—Id. id. en catalan: á 24 mrs.

—El Ferrocarril por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 24 mrs.

—La Época presente por el Excmo. é Ilmo. Señor Claret: á 24 mrs.

—La Mision de la mujer por el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Claret: á 23 rs. el ciento.

—Las Conferencias de san Vicente para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 50 rs. el ciento.

—Cánticos espirituales por el Excmo. é Ilmo. Señor Claret: á real.

—Devocionario de los párvulos por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 40 rs. el ciento.

—Máximas espirituales, ó sea reglas para vivir los jóvenes cristianamente, edicion corregida y aumentada por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Cuba: á 24 mrs.

—Ramillete de lo mas agradable á Dios, y útil al género humano, por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 22 rs. el ciento.

—Devocion del santísimo Rosario por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Cuba: á 23 rs. el ciento.

—Excelencias y novena del glorioso san Miguel por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo D. Antonio María Claret: á 22 rs. el ciento.

HOJAS VOLANTES

ESCRITAS POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo D. Antonio María Claret y Clará.

Á 64 RS. LA RESMA.

---

1. Máximas cristianas: puestas en verso pareado para mejor retenerlas en la memoria.
2. Máximas cristianas: puestas igualmente en verso pareado.
3. Cédula del Rosario de María santísima.
4. Modo de rezar el Rosario. Contiene los quince Misterios, Ofrecimiento, y Letanía lauretana.
5. Cédula contra la blasfemia.
6. Specimen vitæ sacerdotalis.
7. Fervorosa y cariñosa exhortacion, que dis-

tribuyen impresa los misioneros inmediatamente antes de empezar su santo ministerio.

8. Aviso importantísimo que distribuyen los mismos antes de terminar sus santas tareas.

9. Memoria ó recuerdo de la Mision, para distribuir luego de concluida.

10. Propósitos para conservar el fruto y gracia de la santa Mision.

11. Oracion de san Bernardo: Acordaos, piadosísima Vírgen María... *Va seguida de una jaculatoria.*

12. Suspiros y quejas de María santísima dirigidos á los pecadores verdugos de su santísimo Hijo.

13. Breve instruccion que dió el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo Claret á un hombre sencillo que encontró por un camino, antes de despedirse de su compañía.

---

21. Amenazas del eterno Padre y modo de evitarlas.

22. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida.

---

34. Alma perseverante que no se deja seducir.

35. Alma del Epulon en el infierno.

36. Triunvirato del universo, ó sea necesidad de la confesion.

37. La santa Ley de Dios.

38. Cédula del coro de niñas de la piadosa Union.

39. Cédula del coro de niños de id.

40. Devocion al Corazon agonizante de Jesús.

41. Máximas para niños y niñas, ó sea Escalera para subir los mismos al cielo.

42. Prácticas cristianas para todos, ó sea Escalera para id.

NOTA. Para completar los números intermedios que faltan, se imprimirán sucesivamente otras hojas por el estilo.